



JUAN MARÍA de LA MENNAIS

**CUADERNO DE BITÁCORA
DE UN FUNDADOR**

Hermano Jean-Pierre Le Rest



Claves de crecimiento

DATOS DE LA EDICIÓN FRANCESA

Equipo de producción: Hermano Jean-Pierre Rest, Hermano Louis

Balanant, Michel Tanguy Creación del modelo: Marie Colin

Coordinación editorial: Michel Tanguy

Versión original del texto en francés ISBN 978-2-95055678

© Cong. Hermanos de la Instrucción Cristiana. Ploërmel 2020

EDICIÓN EN ESPAÑOL

Traducción del texto en español: Hermano Mariano Gutiérrez

Versión del texto español ISBN: 978-84-09-25356-2

Depósito legal: LG BI 01790-2020

JUAN MARÍA DE LA MENNAIS 1780-1860

Cuaderno de bitácora de un Fundador



Precisiones:

- El significado de las palabras seguidas de asterisco (*) se ofrecerá en el índice del libro.
- El autor, que ha consultado largamente la correspondencia de Juan M^a de la Mennais, incluye palabras y giros suyos en el texto sin entrecomillarlos.
- El Departamento de Côtes-du-Nord es el nombre que tenía antes de ser remplazado por su nominación actual de Côtes-d'Armor.

PRÓLOGO

“Nada permanece estable a nuestro alrededor, nosotros mismos estamos también en continuo cambio” escribía Juan M^a de la Mennais en 1835. Cuando los 5 primeros Hermanos Menesianos - cuya media de edad era de 29 años - salieron de Ploërmel, el 27 de noviembre de 1837 para fundar la Primera Misión en la Guadalupe, nuestra Congregación sólo tenía 18 años de existencia. Su juventud era su fuerza, su audacia, su pasión y su energía para atreverse a arriesgarlo todo. No obstante, su fragilidad era inmensa: formación superficial y rápida, personal insuficiente, porvenir incierto, ... Pero nuestros Fundadores aceptaron el reto de ‘seguir teniendo confianza’. La vida es de los que se arriesgan a ponerse en camino.

Éste es el camino que proponemos al lector para que lo recorra en compañía de Juan M^a de la Mennais, hombre actual, que nos compromete en el camino de la ‘educación integral de las personas’. Su mensaje abre un nuevo porvenir a los jóvenes de hoy. Despierta, ilumina y anima a los que quieren seguirlo. Nos invita a la novedad.

Este libro se dirige al gran público. Es de lectura fácil, nos ayuda a descubrir - paso a paso - la figura de un hombre de carácter bien templado y de un educador con inventiva, cuyo itinerario nos transporta a su tiempo y, a la vez, nos acerca al nuestro.

Este ‘relato de una vida’ nos hace entrar paulatinamente en el secreto de alguien apasionado de Dios y del hombre, con una atención particular hacia los niños y los jóvenes. El lector puede seguir - a su ritmo - el recorrido propuesto. Cada etapa estimula el deseo de dar un paso más junto a este compañero de camino.

El modo de relatar este libro es original. El narrador es el propio Juan M^a de la Mennais. Lo hace a modo de cuaderno de bitácora. Sin sacrificar nada a la verdad histórica, el relato es vivo, claro, preciso y dinámico. Hace contener el aliento en cada una de sus páginas.

La obra que tienes en tus manos es el resultado de un trabajo en equipo. Tengo que dar las gracias al H. Pierre le Rest, el autor, que ha invertido en él su tiempo, su energía y su creatividad. Tengo también que mencionar la inestimable ayuda de sus dos cercanos colaboradores: el H. Louis Balanant y al señor Michel Tanguy. ¡Cuántas horas invertidas verificando la exactitud de los hechos relatados y simplificando un lenguaje que quiere, a toda costa ser cercano a todos!

Más que un retorno a las fuentes, este libro es una invitación a salir a alta mar, a mirar hacia el horizonte. Su publicación está dentro del marco del 200 aniversario de la fundación de la Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel. Trata de llevarnos a *mirar el pasado con agradecimiento, a vivir el presente con pasión y a abrazar el porvenir con esperanza*. Este cuaderno de bitácora nos traza el camino: *¡sembrar con largueza y seguir adelante con la obra!*

¡Qué bonita labor para todos nosotros, sea cual sea nuestro momento vital, cualquiera que sea la etapa de nuestro caminar!

H. Hervé ZAMOR
Superior General
de los Hermanos Menesianos

INVITACIÓN A SALIR A ALTA MAR

¡Querida amiga lectora, querido amigo lector!

Como buen navegante, me he detenido a releer mi cuaderno de bitácora. Sin nostalgias, más bien con buen ánimo.

He descubierto en él como un hilo conductor. He constatado que este itinerario tenía sentido. Me he tomado tiempo para volver la vista sobre mi propia vida; ha sido la de un aventurero abierto a lo inédito, que se sorprende - lo reconozco - de la rapidez del viaje, pero que se maravilla de lo vivido.

Me he vuelto a acordar de los vientos favorables, de los tiempos de calma, de las tempestades, de los arrecifes, de los esfuerzos por mantener unida a la tripulación, de las ráfagas de los faros, de las balizas que me infundían seguridad y de la alegría de echar de nuevo pie a tierra.

¡Me doy cuenta ahora de que he sacado mucho partido a los vientos en contra! Y ¿mi vida?

Un país, una casa, paisajes, monumentos y colores que han grabado en mí, desde la infancia, el gusto por la aventura.

Una familia marcada - como todas las familias - por alegrías y por pruebas. Acontecimientos felices y desdichados, éxitos y decepciones.

Encuentros beneficiosos y - a veces - desconcertantes e indecibles sufrimientos.

Amigos fieles que me han sostenido en el caminar, y también adversarios, que han entorpecido mi camino y he tenido que superar.

A lo largo de mi historia, seguro que recordaré - y no sabéis con cuánto cariño - a mi amigo Gabriel Deshayes, sin cuyo aliento y ayuda el navío de la Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, quizá nunca se hubiera hecho a la mar.

Él, que era hijo de un campesino, se reconocía más - sin duda - en la imagen del labrador, que, a la hora de la cosecha, contempla sus tierras. Se alegraba viendo la mies lograda - que había comenzado por una diminuta simiente - extenderse a lo largo de Auray y de Ploërmel.

El hombre de campo y el hombre del mar acertaron a laborar juntos. A lo largo de este recorrido, los dos seremos compañeros de viaje.

Juan María de la Mennais.

NI FRANCÉS, NI BRETON ¡MALUINO!

¿Conocen Uds. Saint-Malo? Ahí nací yo, el 8 de septiembre de 1780 y ahí pasé mi infancia. Entren por la puerta Saint-Vincent, cercana a la torre "*Qui qu'en grogne*" / "*Por más que gruñan*", orgullosa de su divisa: "¡Éste es mi placer!" Sigán por la calle que queda enfrente y párense en el nº 5. Ahí, en esa bonita y amplia mansión vive mi familia. Suban hasta la catedral, en la que me bautizaron el mismo día de mi nacimiento, bajo el nombre de Juan María.

La villa, aunque protegida por fuertes murallas, está completamente abierta al mar. En las mareas vivas, las olas vienen a poner a prueba las altas murallas. Cuando uno camina sobre ellas recibe el azote del viento marino y respira - a pulmón abierto - un aire vivo y tonificante que invita a la actividad. Levanten Uds. los ojos al horizonte y recuerden a aquellos con cuya estatua se crucen en su paseo, que salieron de aquí, ávidos de descubrimientos y de aventuras: Surcouf, Jacques Cartier, Duguay-Trouin, ... Nuestra ciudad corsaria engendró a estos audaces hombres. Ahí fue donde yo oí la llamada de salir a alta mar para encontrarme con mis hermanos los hombres.

Esta villa ha visto nacer y ha formado a celebridades, sobre todo, en el campo de las Letras. Divisarán Uds. - a solo algunas brazadas de las murallas - el islote *Grand Bé*, donde Chateaubriand pidió reposar para siempre. La morada familiar del autor de "*El genio del cristianismo*", no caía lejos de nuestra casa.

Mi padre, Pierre-Louis Robert, es armador. Es el dueño de varios barcos. Negocia con Terranova, Rusia, Países Bajos, Inglaterra, España, Estados Unidos y las Antillas. Los relatos de sus viajes de navegante ¿abrieron mis ojos al mundo? ¿heredé de él el sentido de los negocios y el gusto por emprender? ¡No me cabe la menor duda! Fuera como fuese, él siempre dio a sus hijos ejemplo de generosidad al servicio de los pequeños y de los necesitados. Por cierto, como recompensa a su altruismo y liberalidad para con los

pobres en un momento de penuria, el rey Luis XVI le otorgó, en reconocimiento, un título de nobleza, antes de la Revolución francesa. Desde ese momento pasaría llamarse Robert *de la Mennais*, haciendo referencia al nombre de una de sus mansiones familiares. Efectivamente, como consecuencia de las pésimas cosechas de 1782, compró una cantidad considerable de grano que seguidamente repartió - a fondo perdido - entre la población, salvándola así de la hambruna. Un admirable progenitor, ciertamente, a la vez que un ciudadano comprometido, del que hubiéramos deseado - sobre todo mi hermano Féli - que hubiese estado más tiempo en casa.

Nuestra madre, Gratienne Lorin, es una mujer cultivada, entendida en música; toca el violín. La vemos muchas veces rezando. Nos educa con su ejemplo. Destila alegría a su alrededor. Desgraciadamente, fallece a los 37 años. ¡A su muerte, yo tengo 7 años! Con su partida, la casa se queda vacía, ausente de su presencia radiante. Dentro de sus muros faltará para siempre el aroma de la ternura femenina que ella supo siempre irradiar y que, ni la entrega de nuestra criada Villemain, sería capaz de llenar.

La familia tuvo seis hijos, cinco chicos y una chica, Marie. Yo era el tercero, Féli, dos años menor que yo, era el cuarto. Tres de los chicos fallecieron de muy niños. Louis-Marie, que ayudaba muy eficazmente a mi padre, falleció a los 29 años, su muerte me afectó muchísimo. Pierre-Jean, falleció a los 6 años y el benjamín, Gratien, a los 33 después de una juventud tormentosa, lejos de su tierra, en Cuba. Yo siempre me he sentido muy cercano a mi hermana Marie, a la que le gusta mucho venir a pedirme consejo cada vez que tiene que tomar una decisión importante.

Mi hermano Félicité, al que siempre llamamos Féli, es de salud muy frágil, de una extrema sensibilidad y dotado de una inteligencia muy brillante. Ávido siempre de cariño, se apoya mucho en mí, y lo seguirá haciendo siempre, mientras subsistieron los lazos que nos unieron. Siempre necesitó mi apoyo para seguir

adelante. Más tarde les hablaré de nuestra relación, que será reconfortante a la vez que profunda y dolorosa. Dado que nuestro padre está frecuentemente ausente de la casa, debido a sus negocios, es nuestro tío, apellidado Saudrais, quien asegura la presencia masculina, a la vez que alegre, un sí es no es bonachona, que suple la presencia paterna en la casa. Hombre de letras y de amplia cultura, hace gala de su humor con naturalidad. Siempre fue muy agradable al transmitir su saber. Nuestro padre le encarga la educación de sus sobrinos. Se dedica a la tarea de nuestra educación con competencia y eficacia. Féli se encuentra a sus anchas con su pedagogía inspirada en el *Emilio* de Rousseau. Recibo su enseñanza con gran interés - cierto - pero sin suscribir, en todo, sus ideas liberales.

Dejando la casa de Saint-Malo - *la ciudad amurallada*- de calles ruidosas y de dudosa limpieza, solemos ir a menudo a Les Corbières, en Saint-Servan, el pueblo vecino. La familia posee allí una elegante residencia que da vista al estuario del río Rance. Es el lugar de nuestros felices años de niños y de jóvenes. Y por si algo faltase, dispone de una rica biblioteca abierta a todas las ventanas del saber. La frecuentamos con un interés inusitado y con unas ganas de aprender, que ni el uno ni el otro abandonaremos ya el resto de nuestras vidas. Mi hermano lee todo lo que cae en sus manos. Yo no siento la necesidad de enfrascarme, como él, en cualquier tipo de lectura. Aunque no vamos al colegio, sí tenemos la suerte y los medios para adquirir una cultura amplia y diversa.

Cuando volvemos a "*la ciudad amurallada*" nos gusta recorrerla de arriba a abajo. Pasamos largo tiempo en los muelles, siempre animados. Conocemos el ritmo de las mareas. Asistimos - con curiosidad - a la estiva y al zarpar de los navíos, empezando por los de nuestro padre. Corremos por el brazo de tierra - el *Sillon* - que une la ciudad amurallada al continente. Nos subimos por las rocas. Féli, muchas veces, se queda atrás contemplando extasiado el lejano horizonte de alta mar.

ARRIESGANDO SU VIDA

- “Ud. es sacerdote ¿verdad? Venga a casa de mi padre, le ayudaremos. Soy Juan María de la Mennais”

De adolescente tengo que enfrentarme - como otros muchos creyentes - a las amenazas que se ciernen sobre el clero. Ésa de arriba, es la pregunta que le hago un día a un desconocido, vestido de marinero, que camina por “*el Sillon*”. Sorprendido, el hombre empieza a contarme una historia inverosímil que acaba por confirmar mis sospechas: efectivamente se trata de un sacerdote “*refractario*” * que rechaza el juramento impuesto por la *Constitución Civil** del clero de 1790. Por ello tiene que esconderse bajo atuendos y ropas impensadas. Se llama *Louis Vielle*. Procedía de Noyon. Se trata de un hombre cultivado, entregado a las ciencias y de sólida formación religiosa. Se une a nuestra familia, que le protege. Le pido que me guíe en mis lecturas y en mi vida espiritual.

Valoro su ayuda y admiro su valentía en aquellos duros tiempos. Efectivamente, desde 1789 la Revolución que va ganando terreno en la sociedad francesa, lleva a la práctica una política influenciada por los filósofos del siglo que finaliza. En sus comienzos, obedece a un deseo de justicia social y de igualdad, a la que se suscriben con gusto mi padre y mi tío Denys de Saudrais. Una de sus primeras consecuencias para la Iglesia es la pérdida de sus privilegios y de sus medios de acción sobre el pueblo. Gozaba de un cierto prestigio, ¡que no siempre tenía una base real!

Así fue como, desposeída la Iglesia de sus poderes administrativos por la Revolución y por la Constitución del Clero, Mgr, de Pressigny, obispo de Saint-Malo decide marchar a París. La víspera de su partida, el 17 de octubre de 1790, en el Seminario de Saint-Servan, me concede - con dispensa por mi edad -

el sacramento de la Confirmación y la Primera Comunión, acontecimiento que me marcará profundamente. Ese día, declaro ante las personas presentes, que quiero ser un día sacerdote. En ese momento tengo 10 años.

A partir de 1792, la Revolución da un giro nuevo, se hace más violenta. Para un cierto número de dirigentes del movimiento, el cristianismo es el enemigo que se opone a cualquier avance social. La Iglesia se convierte en la diana a la que hay que disparar. Ahora que había proclamado los *Derechos del Hombre*, el proceso revolucionario echa mano de métodos totalmente contrarios. Desde septiembre de 1793 a julio de 1794, el Terror se abate sobre el pueblo francés. El 15 de noviembre de 1793, llega a nuestra villa el siniestro comisario Le Carpentier, un sanguinario que, tras juicios más que superficiales, lleva a la guillotina a los sacerdotes “*refractarios*” así como a religiosos y laicos que se declaran seguidores de la religión cristiana. Con este proceder hace perecer a 120 de nuestros conciudadanos. Mi padre mismo, se libra por poco de este siniestro fin. La única forma de evitar la muerte es ocultarse, contando con amigos seguros. Yo también formo parte de esos grupos. Con riesgo de mi propia vida, me convierto en enlace para los *proscritos** amenazados continuamente y perseguidos sin cesar por las milicias gubernamentales.

Estos terribles espectáculos, los carros de los condenados, las cabezas rodando, ... han marcado toda mi historia, hay imágenes que se grabaron para toda la vida en nuestra memoria. Pero todas estas pruebas no mueven una pizca mi joven fe, más bien, todo lo contrario. Mi vocación se fortalece en este contexto de persecución. Me convengo cada día más, de que Dios me llama a servirle como sacerdote y pensando en ello empiezo a estudiar Teología.

Durante mi juventud, encuentro guías muy expertos que me han ayudado a mantener firme mi rumbo. Una de estas figuras, aunque es verdad que bastante alejado de Saint-Malo, sigue viva en mi

recuerdo. Se trata de nuestro Obispo Mgr. de Pressigny. Nunca olvidaré ni el ejemplo de su entrega, ni sus recomendaciones llenas de sabiduría, ni sus palabras de aliento. Pienso en el sacerdote Vielle, por supuesto, pero también en el sacerdote Engerran, un antiguo párroco de Saint-Malo, que visita mucho la casa de nuestra familia. Todos han contribuido mucho a que me iniciara en la Teología. No puedo olvidarme del P. Clorivière, del que conservo una preciosa carta que me escribió cuando yo tenía 17 años. En ella me anima a caminar con paso firme por el camino del sacerdocio*. *“No tengas miedo, - me decía - de la magnitud de estas obligaciones.”*

Ya casi he alcanzado la mayoría de edad. Mi padre cuenta conmigo para que empiece a hacerme cargo del negocio familiar. Tengo que darle a entender que he escuchado otra llamada, la de hacerme sacerdote.

A algunas semanas de cumplir 20 años, el 3 de diciembre de 1800, día de la fiesta de S. Francisco Javier, conocedor de mi voluntad, claramente expuesta, de comprometerme en el servicio de Dios, mi padre consiente que siga mi vocación. Atribuyo este cambio a la intercesión del apóstol de las Indias, al que con tanto ardor le rezaba yo.

Transcurre un año. Ya soy mayor de edad. Salgo de Saint-Malo camino de París, animado por un intenso deseo de volver a ver a mi obispo Mgr. de Pressigny, que ya ha regresado de su exilio, como han hecho otros muchos obispos.

El 21 de diciembre de 1801, voy a la *calle “du Bac”* a la Casa de los Padres de las Misiones Extranjeras, una sociedad fundada en 1663, para la evangelización de las regiones de Extremo-Oriente. Allí es donde encuentro - para mi alegría y para la suya - a quien tantas ganas tenía de volver a ver.

Vamos andando juntos a la iglesia de los Carmelitas, en la calle Vaugirard, donde fueron asesinados decenas de creyentes en septiembre de 1792. En este lugar - todavía con manchas de sangre - me dice:

- “Aquí, han sido asesinados eclesiásticos, y religiosos, atravesados con sables o fusilados. Puedes ver aún las huellas de la masacre. Los verdugos siguen vivos. Hijo mío, ¿piensas que no volverán a empezar otra vez?”

- “Pueden volver, Monseñor. En Bretaña, también yo he visto a sacerdotes subir al cadalso. He ayudado a proscritos a seguir con su ministerio peligroso. De ahí ha nacido mi vocación. Me sentiría muy contento de dar la vida por mi fe.”

Seguimos andando hasta el convento de las Ursulinas, calle *Saint-Jacques*. En su capilla, me ordena subdiácono junto a dos diáconos y tres sacerdotes. Esto me permite franquear la primera etapa de mi camino al sacerdocio. Le seguirán el diaconado y la ordenación.

¡Vuelvo a Bretaña con el corazón en fiesta! Mi padre recibe a su hijo con un entusiasmo cariñoso, que me tranquiliza. Mi palpable alegría le lleva a pensar que su Juan María ha encontrado su camino y que su opción no le alejará de él, al contrario, le mantendrá más unido al círculo familiar.

En cuanto a mi hermano Féli, sueña con una humanidad que el Evangelio transformaría en su espíritu y en su gobierno. Sólo tiene un deseo: vernos trabajar juntos al servicio de una iglesia que debe recuperar el orgullo y la convicción de que sólo de ella llegará la renovación de la propia sociedad.

El resto de mi preparación al sacerdocio es un poco especial. No se desarrolla en una casa destinada ello, sino sobre el propio terreno, aunque esto no impide que sea intensa y muy completa. Junto a mi hermano y bebiendo en todos los libros de que disponemos, sigo profundizando mi formación religiosa.

Mis fieles consejeros Vielle y Engerran me invitan a formar parte de un grupo de sacerdotes asociados bajo el nombre de *Sociedad de Sacerdotes del Sagrado Corazón*, fundada por el P. Clorivière, un ‘*maluino*’ futuro párroco de Paramé. Esta amistad

sacerdotal constituye para mí un apoyo único. Tengo a mi lado a personas cuyo compromiso ejemplar me infunde seguridad en mi propia elección. Estos hombres de Dios viven con una fraternidad que les ayuda a vivir su vocación, con una fidelidad sin fisuras e imitando a Cristo.

¡¿Cómo no compartir su deseo entusiasta de querer entregar la vida a la cristiandad en una Francia católica que estaba martirizada y debilitada por los acontecimientos ocurridos entre 1789 y 1795!?

Estoy preparado, listo y abierto al futuro.

CON EL ENTUSIASMO DE MIS 22 AÑOS

Ya es tarde. Hace mucho que ha caído la noche sobre mi ciudad. Al resplandor de una vela, en mi habitación, yo sigo con mi trabajo. Hace falta que mis apuntes de Teología estén acabados para mañana. No he recibido más que unas pocas lecciones, las mismas que impartiré mañana a mis alumnos. Estamos en septiembre de 1802. Soy profesor del Colegio-Seminario de Saint-Malo - a cuya fundación contribuyo, junto con mis amigos Vielle y Engerran.

Nos damos cuenta, con claridad, de la urgente necesidad de formar un clero de calidad y tan numeroso como sea posible para disponer de sacerdotes en las diócesis que carecen - cruelmente - de él, después de la Revolución. Queremos llevar a nuestros jóvenes a '*gustar la Santa Escritura*' dándoles las claves de su interpretación, a alimentarse de la tradición viva de la Iglesia, a armonizar la fe con la razón, y a adquirir una moral que les conduzca por el sendero de la dicha.

Como joven subdiácono, acabado de ordenar ayer, me veo en la tesitura de tener que iniciar en los misterios de la fe a estudiantes que tienen casi la misma edad que yo. Están divididos en varios grupos, por niveles. Tengo que adaptarme a cada uno. Con el entusiasmo de mis 22 años, me entrego decidido a esta difícil, pero - a la vez - apasionante tarea.

Odio la vaguedad y el "*más o menos*". Me entrego a fondo a preparar mis tres clases diarias con todo mi esmero, para llegar, no sólo a la inteligencia de este auditorio escogido sino también a su corazón. Estoy convencido de que sólo se aprende verdaderamente con amor y a través del amor.

Me encanta mi trabajo. Creo que tengo facilidad de palabra y que sé captar fácilmente la atención de los alumnos. La verdad es que echo mano de todos los posibles recursos pedagógicos: preguntas, debates compartidos, anécdotas, imágenes que atraen la

imaginación, sugerencias que invitan a la búsqueda personal, como escenificaciones, un poco de teatro, inventarse ciertas situaciones...

Me sirven todos los conocimientos adquiridos desde niño. Como cualquier principiante, me apoyo - es verdad - en libros de texto ya existentes, por ejemplo, en los más famosos, los de Louis Bailly, cuyo *Tratado de Teología para los Seminarios* era conocido desde el siglo XVIII en sus repetidas ediciones, pero - de él - corrijo las tendencias que no están incluidas en la gran *Tradición de la Iglesia*: el galicanismo* y el jansenismo.*

Nunca se me ocurriría suscribir, efectivamente, la doctrina galicana - dominante entonces - la que limita la autoridad del Papa en la Iglesia de Francia. No puedo admitir que el Estado, o los obispos del país, se arroguen semejante poder y se doten de una autonomía tal, sin obediencia a Roma. Siempre he tenido la intención de profundizar en este tema importante con mi hermano Féli, cuando las circunstancias lo permitan.

En cuanto al Jansenismo, sus efectos calan profundamente en la mentalidad del momento y especialmente en lo tocante a la enseñanza de la moral. El hombre es pecador, ¿alguien lo niega? Sus pasiones le pueden llevar a excesos, de los que la historia está repleta.

Verdad es que el cuerpo y sus inclinaciones pueden influir en el alma. Pero me preocupa hacer comprender a mis alumnos que la gracia es todopoderosa y que la misericordia del corazón de Dios es infinita. Nos adentramos en la doctrina de S. Alfonso de Liguori que comienza - felizmente - a difundirse. Él repite mucho que el Evangelio nos lleva a vivir confiados en Dios.

En nuestro colegio-seminario no estoy solo. Puedo apoyarme en una comunidad educativa sacrificada y entusiasta. Me acuerdo de haber escrito a nuestro obispo Mgr. Énoch: “La unión más íntima reina entre el profesorado de vuestro seminario. Se quieren los unos a los otros. Se ayudan mutuamente, siguen los

mismos métodos y están intensamente animados del mismo espíritu. Ésta perfecta unión es vuestra única riqueza.”

Madurado en esta primera experiencia, estoy dispuesto a recibir el sacerdocio*. El 23 de febrero de 1804 Mgr. Maillé me ordena sacerdote, en Rennes, con otros 23 ordenandos. Sólo tengo 24 años y es menester que solicite dispensa por mi edad. Mi cargo de profesor no habría sido suficiente. Y - hete aquí que - el 3 de noviembre del mismo año, mi obispo me nombra Vicario de la catedral de Saint-Malo. Yo no soy hombre que se aparte de sus obligaciones cuando se trata de dar a conocer el Evangelio. Acepto con generosidad esta misión suplementaria.

Comprometido con el servicio parroquial, me veo acaparado por todas las actividades que llenan la vida de un sacerdote. Los maluinios están orgullosos de contar con uno de los suyos entre el clero de su ciudad y no dudan en recurrir a los servicios de su conciudadano. Yo trato de decirles que el hombre no es grande más que cuando se relaciona con su Creador y que el privilegio más hermoso del que uno puede gozar, es el de poder hablar con Dios en la oración. Pero ¿de qué servirían estas palabras si no estuvieran acompañadas del ejemplo? Trato de vivir lo que predico. Rezo por esta parroquia y por el mundo, del que conozco sus esperanzas, como Cristo, cuyo corazón se encogía al ver las necesidades de tanta oveja sin pastor. Cuando me toca, durante los oficios dominicales, me hago cargo de los sermones, aunque sin alargarlos demasiado. Me parece que nunca deben de durar más de veinte minutos. Para que los feligreses se queden con lo esencial, me esfuerzo en utilizar frases conocidas y términos familiares fáciles de recordar. Nunca olvido que *‘de la abundancia del corazón habla la boca’* y que para hablar de Jesús a los demás, hay que escucharle primero uno mismo en la oración.

Celebro los sacramentos mediante los que Jesucristo santifica a la Iglesia. Dedico una inmensidad de tiempo a acoger a las personas que vienen a

confesarse para recibir el perdón de Dios.

También me siento llamado a guiar por los caminos de la vida espiritual a las personas - muy numerosas - de todas condiciones, que vienen a pedirme consejo o a hacerme partícipe de sus penas. En Saint-Malo, hay también anglicanos*, bastante numerosos en nuestra ciudad y saco largo tiempo para responder por escrito a sus preguntas.

Trato de transmitir a todos, la amistad con Cristo que me da vida a mí mismo. “Sigamos a Jesucristo”, - les suelo decir - “por todos sus caminos. Amemos todo lo que Él ama.”

En pocas palabras, quiero entregarme tanto a los seminaristas como a los feligreses: a todos sin medida. Mi salud no aguanta mucho. Sobre todo, cuando, a cierto agotamiento, se viene a juntar el dolor causado por la muerte de mi hermano Louis-Marie.

Sin embargo, me invitan a predicar un *‘retiro’* en Plouër-sur-Rance, una parroquia vecina de Saint - Malo.

¿Cómo negarme? Pero el esfuerzo resulta excesivo. La fatiga se va acumulando. Amenaza la enfermedad. Voy a tener que preocuparme por ello. El mismo Féli, ya ha tenido graves dificultades con su salud.

Se impone un tiempo de descanso para los dos.

¡SABER PARA SERVIR!

Desde niño, siempre me han gustado los libros y he procurado tenerlos a lo largo de toda mi vida. En efecto, estoy convencido de que hay que saber lo más posible y saberlo bien para poder servir mejor a los demás.

Desde 1802 a 1805, la preparación acelerada y casi al día, de las clases de Teología destinadas a mis seminaristas de Saint-Malo, me ha obligado a leer muchísimo sobre ese tema, claro, pero sin olvidar la Filosofía y las ‘lenguas muertas’. Todo el mundo comprende que, para enseñar a los demás, uno necesita poseer con solidez los conocimientos que luego expondrá de manera sencilla. Ya lo he dejado escrito en mi “*Memorial*”: “Notas, resúmenes, libros, esto no vale nada en comparación con un hombre hablando, explicando y que con una sola palabra disipa las dificultades y las nubes de la duda.” Y eso ¿por qué razón? porque domina la materia.

La estancia en París, que tengo que efectuar desde febrero a finales de mayo, con mi hermano Féli, por razones de salud, nos da a los dos la posibilidad de profundizar nuestra formación de una manera concreta. En la capital tenemos la suerte de encontrar personas que nos abren a los interrogantes y a los problemas de nuestro tiempo. Estas personalidades fuera de serie, de reconocido nivel intelectual, animadas - por añadidura - de una sólida espiritualidad, despojados de malicia retorcida - demasiado frecuente entonces - nos animan a proseguir nuestras investigaciones históricas y teológicas.

Mientras que Féli asiste a los cursos del Colegio de Francia, yo voy al Seminario San Sulpicio, que alberga una Comunidad de Sacerdotes que lleva ese nombre, fundada en 1641, después del Concilio de Trento, por Jean-Jacques Olier para la formación de sacerdotes.

Me introduce en el Seminario un amigo, sacerdote y médico, D. Bruté de Remur, futuro obispo de Vincennes, en Ohio, Estados Unidos. En esa residencia, entablo amistad con una eminente personalidad, el Sr. Émery, director del seminario. Este sacerdote une a su inmensa sabiduría, una profunda interioridad. Es profundamente escuchado por sus compañeros de sacerdocio. Demostró una gran valentía durante el período revolucionario. Se decía de él que era el único sacerdote que se impuso al propio Napoleón. ¡Cómo admiro su sabiduría y la fuerza de su alma! Consultaré toda mi vida a M. Émery, hasta su muerte en 1811.

De esta época datan otras amistades duraderas, ligadas a profesores como Duclaux y Garnier, el sacerdote de Quélen, futuro obispo de París, que ya formará parte de mis íntimos. En la capital, entro también en relación con algunos sabios, como el ingeniero convertido al catolicismo Sr. Teyssyre, más tarde ordenado sacerdote en 1811. Invitado - como él - a incorporarme a la *Congregación de Santa María Virgen*, tengo la vivencia de una vida cristiana, sostenida por una comunidad en búsqueda, que comparte y que ora.

Féli me acompañaba a la catedral de Notre-Dame de París a donde acudimos a escuchar la serie de conferencias que daba el sacerdote Freyssinous, cuya elocuencia sirve admirablemente al mensaje cristiano. Tocado en mi corazón, ya pienso en ese momento en el apostolado de la palabra que, más adelante, ejerceré, como sacerdote, entre mis conciudadanos bretones.

Frecuentar estos destacados lugares del saber fortalecen la profunda convicción que ya nos anima, por aquel entonces: la Iglesia debe escuchar al mundo que cambia y seguir leyéndole de nuevo el Evangelio de forma diferente. Es indispensable que la Iglesia vuelva a leer el texto bíblico de manera más ajustada, a las exigencias que se imponen en otros dominios de la cultura, en especial el mundo científico. También nos parece cada vez más necesario, volver a los escritos de los Padres de la Iglesia. Poseen una gran riqueza alimentada en la Biblia, un pensamiento cercano a la

vida diaria, mucho más sabroso que la Teología - tan abstracta - aunque se enseñe en tantas casas religiosas. Una cosa que siempre me ha extrañado es

¡que esos libros de los Santos Padres, se pueden encontrar relegados en casas de *libros de ocasión*!

Es también importante - frente a determinadas reivindicaciones - sobre todo en Francia, recordar la larga tradición de la Iglesia en el nombramiento de los obispos y mantener la suprema autoridad del Papa.

Ya de regreso a Bretaña, nos recluimos en *La Chesnaie*. Esta mansión rural bretona* - herencia de nuestra madre - se localiza en Saint-Pierre-de-Plesguen, no lejos de Dinan. Se trata de un lugar inigualable - propicio al estudio - cercano al bosque de Coëtquen. Allí se está en plena naturaleza. En el bosque, numerosos senderos esperan recibirnos en nuestras salidas a caballo. Para recuperar nuestra salud dañada, no hay nada que supere a lo que disponemos en nuestros propios terrenos.

Hemos quedado con nuestro médico de París, el Dr. Pinel, que nos quedaríamos allí para descansar, pero la llamada de los libros resulta más fuerte que su sabio consejo, así que allí estamos, enfrascados en Bossuet, en Pascal, en la Historia de la Iglesia, en "*La imitación de Cristo*" - una célebre obra de espiritualidad - que nosotros dos traducimos del latín. Siempre guardaremos un recuerdo consolador de este período tan rico y de tanta fecundidad intelectual, vivido juntos en medio de nuestra soledad bretona.

Nunca he dejado de cultivarme. Los puestos de libreros al aire libre del Sena me reconocerán nada más acercarme a sus tenderetes callejeros montados en las orillas del río. Efectivamente, cada vez que voy a París, siempre saco tiempo para deambular entre estas tiendas improvisadas buscando descubrir algún tesoro que añadir a nuestra biblioteca. ¡Este alimento intelectual es más importante que el del propio cuerpo! Un rebojo de pan, un mendrugo algo endurecido y un cacho de queso me bastan, ¡siempre que el ahorro me dé para llevarme

éste o aquel hallazgo descubierto entre estos vendedores que esconden riquezas insospechadas!

Nunca me veréis sin un libro en las manos, ya sea una obra literaria, teológica, de filosofía o de historia. ¡Nunca me podré desprender de esta vieja costumbre! Tengo que confesar que también gozan de mis preferencias los libros de física y de matemáticas. ¡Libros, libros de calidad, algo indispensable para mí!

Así debe ser también para cualquier futuro clérigo en formación. Me estoy acordando ahora de una carta que escribí al Prefecto de Ille-et-Vilaine para pedirle que tuviera a bien ceder al seminario de Saint-Malo unos dos mil seiscientos volúmenes de la biblioteca de los Capuchinos, arrumbados en la Casa consistorial de Saint-Servan desde 1792. Había libros de teología, tratados bíblicos, de historia: “Este seminario necesita una biblioteca y los libros que solicitamos para comenzarla no sirven de nada en la alcaldía de Saint-Servan, donde están olvidados, ... espero que su señoría, el Sr. Prefecto, acoja con bondad la petición que le hacemos.” Y así se hizo, para nuestra inmensa satisfacción y para beneficio de nuestro seminario.

MI “TORRENTE DE IDEAS VAGAS”

Me acuerdo mucho de aquel 13 de noviembre de 1807. Obediente a las prescripciones médicas, estoy de reposo en *La Chesnaie*, con mi hermano Féli. Son las 4 de la tarde. Acabamos de volver de andar a caballo por el bosque de la propiedad. Al terminar esta salida, sentimos una sana fatiga. Fuera, sopla un viento insistente que despoja a los árboles de sus hojas postreras. En la chimenea del salón, juegan las llamas de un fuego vigoroso junto al que Féli está acurrucado. Acabo de abrir uno de los 8 tomos del diccionario teológico de Bergier. Me he parado en la entrada: Jacobitas, que a su vez me envía a una herejía del siglo VI que trata sobre la persona de Cristo, Dios hecho hombre.

Esta entrada en la historia - agitada - de la Iglesia, me lleva de repente a un futuro por construir. Temeroso de que se me pase alguna de mis repentinas intuiciones, me siento, cojo la pluma de oca y el tintero cercano y me pongo a escribir, de un tirón, durante hora y media. Las ideas se desbordan sobre el papel como una tromba de agua: una encima de otra, revueltas. Es un surtidor de proyectos y no quiero dejar que ninguno se me olvide. Empiezo por la cabecera: “*Torrente de ideas vagas*”. Más adelante, yo he relacionado este hecho con el que evoca el gran escritor cristiano Pascal, cuando recuerda una *noche de fuego*, la del 23 de noviembre de 1654. ¡Momentos como éste son capaces de dar sentido a una vida entera!

En realidad, estas ideas ‘*no son tan vagas*’. En el centro de esta fecunda tarde de otoño, desde las cuatro a las cinco y media, acabo de volcar sobre el papel los elementos de un proyecto inmenso de reconstrucción de la cristiandad: un proyecto de dimensión universal. Estas intuiciones son muy diversas, pero todas nacen del Evangelio. Yo las redacto a modo de notas-índice:

Reconocer todo lo que debemos a nuestros hermanos del judaísmo.

Leer la Escritura Santa en su entera verdad, teniendo en cuenta la exégesis protestante, que, en este campo, nos lleva una gran delantera. Para un acercamiento exacto al sentido de los textos, se impone, entre nosotros, el aprendizaje de las lenguas orientales.

Trabajar por la unidad de la Iglesia. Está dividida desde el principio, por herejías y cismas profundos. Buscar a toda costa la reconciliación de las Iglesias y luchar por su acercamiento.

Multiplicar las misiones en nuestra tierra descristianizada por la Revolución Francesa y también en las regiones que no conocen todavía a Jesucristo. S. Francisco Javier nos brinda un ejemplo magnífico.

Luchar contra la ignorancia religiosa en una sociedad occidental amenazada y desmoralizada por el rechazo o el olvido de Dios. Las doctrinas ateas se han expandido ampliamente. Hace falta que los pensadores católicos estén en condiciones de poder contradecirles. Hay que dar altura al pensamiento cristiano.

Formar sacerdotes sabios y santos. En consecuencia, para poder luchar contra el pensamiento materialista es urgente desarrollar estudios teológicos. Sólo un cuerpo dirigente, especializado en esta ciencia, podrá imponerse en este campo.

Restablecer la autoridad papal amenazada por el galicanismo y otras tendencias semejantes.*

Devolver a su lugar en la sociedad a las Órdenes Religiosas. Al proscribirlas, el período revolucionario ha provocado un vacío irreparable. Hay que moverse para conservar las órdenes que existen todavía. Será oportuno - sin mucho tardar - fundar otras, que estén atentas a las necesidades de los tiempos y aptas para responder a ellas.

Este surtidor de proyectos, enunciado en treinta y tres artículos, es el resumen de todo un recorrido

intelectual y espiritual, alimentado por constataciones, lecturas y encuentros. Pienso también en este Torrente como en una inspiración del Espíritu Santo, fuente viva de toda renovación en la historia de nuestra humanidad. Este documento resume una experiencia, se presenta como una llamada e invita a la acción.

Los hechos demuestran que la Revolución ha laicizado a la sociedad francesa. Numerosas parroquias no tienen pastor. La incultura religiosa del clero es alarmante. Los meses que he pasado en el Seminario de S. Sulpicio me han animado a trabajar en el servicio de los sacerdotes. En este hogar de ciencia y de cultura religiosas me he encontrado con hombres de talento y de fe, dispuestos a hacer frente al desafío de nuestro tiempo. ¡Ellos son mis modelos!

Los dos - Féli y yo - constatamos que, a los chicos, desprovistos de formación humana y religiosa, faltos de escuelas y de prácticas religiosas sólo les queda la calle, a su libre albedrío. A esto le sigue una inmoralidad que sería preciso atajar antes que tener que reprimirla. Una labor fundamental de la Iglesia sería ésa.

Los trabajos de investigación histórica, literaria, filosófica y teológica a los que he consagrado mi tiempo aquí en *La Chesnaie*, me llevaron a considerar de nuevo la historia de la humanidad como un desarrollo, que atañe sobre todo al compromiso de las personas. El estudio del pasado me permitió comprender mejor el período actual y sacar, de la memoria del pasado, la esperanza para construir el porvenir. ¡Quiero ser yo uno de esos constructores!

¿Cómo no voy a sentirme influenciado por las frecuentes conversaciones con mi querido hermano Féli, también él, - al igual que yo -, investigador apasionado, en el que reconozco los talentos del profeta visionario?

Ahora me doy cuenta de la riqueza del programa contenido en este sencillo escrito de juventud, mi *Torrente de ideas vagas*. Fueron precisas dos horas para concebirlo y se precisarán dos vidas, la mía y la de

Féli para llevar a la práctica su contenido. Fue un instante de mi vida, una mirada atenta y crítica sobre mi tiempo. Sin embargo, mi lectura de la historia sigue siendo positiva, porque la hago a la luz de la fe. Soy de los que creen que todo en la humanidad - incluidos los errores - se puede convertir en senda hacia la Verdad. La Escritura y la Tradición (los Padres de la Iglesia, los documentos conciliares, la liturgia, ...) iluminarán siempre mis investigaciones y mis obras futuras.

CON LA PLUMA Y CON LOS HECHOS

- “Féli, tenemos la suerte de poder trabajar juntos en esta casa. Ya te he enseñado lo que escribí en mi *Torrente de ideas vagas*. ¡Ahora toca defender a la Iglesia!”

- “Sí. Juan María, es indispensable. Pienso que debemos empezar por relatar su estado actual, en nuestro siglo. Cuento con tus investigaciones. Yo me encargaré de buena gana de la redacción de nuestros libros.”

Se nos oye decir esto durante la estancia en La Chesnaie, en el transcurso de 1807, cuando - los dos juntos - empezamos la preparación de nuestras obras, cuyos títulos evocan las situaciones heredadas de la historia y que claman por una renovación.

Empezamos por el volumen titulado: *“Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia en el siglo XVIII y sobre la situación actual.”* Este libro me valdrá - lo confieso - algunas reprimendas bastante ásperas por parte de mi antiguo obispo, Mgr. de Pressigny: “¿cómo puede atreverse un sacerdote tan joven, a dar lecciones a personas tan respetables como los obispos?” Esta obra - no obstante - no hace más que poner en tela de juicio una alianza, poco evangélica, entre el poder del Estado y el de la Iglesia. Nuestro libro ve la luz en julio de 1809. Es inmediatamente retirado de la venta, ‘¡por prudencia!’. Se volverá a poner a la venta en 1814 y en 1819.

Antes de su aparición, había escrito a mi amigo el sacerdote Bruté de Rémur: “A nuestra Madre, la Santa Iglesia, ¿no la atacan por todas partes? Si sus enemigos juntan sus talentos, sus medios, su odio, su audacia ¿por qué no oponer nosotros, todos juntos, nuestros esfuerzos a los suyos y no animarnos unos a otros a dar la batalla juntos y a vencer?”

“¡Cuánto quiero a esta Iglesia! Quiero defender su libertad, quiero servirla de todas las formas que pueda, también con los escritos alimentados por una historia que nos devuelve a los orígenes. Yo me encargo de buscar y ordenar los documentos. Luego Féli se encarga de darles forma.”

En 1814, damos los últimos toques a otra obra titulada: “*Tradición de la Iglesia sobre la institución de los obispos.*” Este libro defiende un punto esencial, recuerda la indispensable independencia de la Iglesia en lo que concierne a la nominación de sus pastores. No le toca hacerlo al poder temporal, ni elegirlos ni investirlos. Eso sólo corresponde decidirlo al Papa, vicario de Cristo. El Concordato* suscrito entre la Iglesia de Francia y Roma había sido ratificado por el Papa Pío VII en 1801 (día 10 del mes de ‘germinal’ del año X, según el calendario de la República.) Pero había sido modificado por los 77 artículos orgánicos* del 8 de abril de 1802 (día 18 del mes de ‘germinal’ del año XII) que pretendía hacer de la Iglesia de Francia una Iglesia nacional. ¡Protestamos! ¡La Iglesia no puede llevar a cabo su misión más que desde la libertad!

Con Féli, he servido a la Iglesia con la pluma. Tengo prisa por trabajar sobre el terreno. Está claro a todas luces que no existe religión sin ministros del culto. Ahora bien, a pesar del Concordato de 1801, la situación numérica del clero francés es inquietante. Desde 1800 a 1815, se ha reducido el número de sacerdotes de tal manera, que sólo se puede atender a las parroquias de las ciudades. Los pueblos se quedan abandonados. La sangrienta persecución de la Revolución, la prohibición a los feligreses de reunirse, el estancamiento del reclutamiento sacerdotal, la destrucción de los seminarios y de las escuelas, ha debilitado profundamente la práctica religiosa y el conocimiento de la religión.

¿Cómo remediar el bache de las futuras vocaciones sacerdotales? ¡Crear escuelas eclesiásticas! Me acuerdo de haber escrito: “Si fuera necesario, para impedir que sean destruidas, renunciar a las ayudas que el gobierno ofrezca, aunque haya que vender las columnas

del altar, ¡sacrificar todo, no vacilar en hacerlo!”

Se hace urgente formar sacerdotes jóvenes, no sólo instruidos, sino santos. Los profesores del Seminario de Saint-Malo están convencidos de que actuar de esta manera es “¡hacer el bien a lo grande!” Por eso, una vez recobrada mi salud, vuelvo al trabajo junto a ellos con la pasión de siempre, para preparar el futuro clero. Esta colaboración durará desde 1808 a 1812, fecha de la clausura - desastrosa - de nuestra Institución, por Napoleón. “*¡El emperador necesita más, soldados que sacerdotes!*” le escribía yo al Prefecto de Côtes-du-Nord.

En marzo de 1814, una llamada inesperada me lleva a consagrarme de una forma nueva a servir a la Iglesia. Mgr. Caffarelli, obispo de Saint-Brieuc, ya de edad, me pide que sea su secretario particular.

Féli intenta disuadirme y que no acepte el cargo. Le gustaría que siguiera trabajando con él en *La Chesnaie*. ¡Allí estábamos tan unidos! Su insistencia me llega al corazón: “Necesito de alguien - me dice - que me conozca y a quien yo pueda contarle todo!”

Considero que debo poner por delante el servicio a la Iglesia antes que el afecto fraterno. Acepto esta complicada misión. Habida cuenta del estado de salud de Mgr. me doy cuenta de la amplitud de la labor que voy a cargar sobre mis hombros. Enseguida constato que voy a tener que suplir las limitaciones de un obispo debilitado por los años, pero que tengo que obrar de total acuerdo con él.

Hago partícipe de mis primeras impresiones a mi amigo Querret, quince días después de mi llegada a Saint-Brieuc: “Al llegar a estas tierras, he encontrado los asuntos de los que voy a tener que encargarme tremendamente embarrullados. Ninguna unión, ningún acuerdo, todo son órdenes, seguidas de contraórdenes. ¡Uno llora, el otro se pone a cantar y, como todos gritan a la vez, no hay quien pueda entender ni palabra!”

Mgr. Caffarelli fallece el 11 de enero de 1815. A la espera del nombramiento del sucesor, el Capítulo

designa tres Vicarios Capitulares, pero -vistas sus avanzadas edades- me nombran cuarto Vicario Capitular.* Quiere decir que seré yo quien deba asumir todas las tareas que competen al responsable de la Diócesis. Los demás me animan: “Queremos - me explican - que estés seguro de que cuentas con nuestra estima y nuestro afecto.” La tarea que se presenta por delante es inmensa, pero, - como le escribí a un amigo - no soy de los que se escapan y abandonan la trinchera en día de combate.

Cuanto más fundamental es la formación de los futuros sacerdotes, tanto más se impone, en este período, hacerse - intelectual y espiritualmente - con el clero, que lleva y soporta demasiado pasivamente las consecuencias de la Revolución: oficios religiosos tristes, sermones vacíos de contenido, formalismos, fatiga, desilusión, infidelidades palpables - si no escándalos fragantes - encierro estrecho en el individualismo. Empiezo por convocar a los sacerdotes de la Diócesis de Saint-Brieuc para hacer ‘Retiros Sacerdotales’. Les recuerdo vivamente lo mucho que Cristo cuenta con ellos. “¡Si cayerais en cuenta de cuánto os ama!” Entro, sin rodeos, en los problemas de fondo: la indispensable conversión del clero, la necesidad de trabajar juntos, la fuerza del testimonio de una vida entregada a los hombres y a Dios sin otro compromiso. Durante el “retiro” de 1817, los sacerdotes ‘constitucionales’ - los que se habían adherido a las ideas revolucionarias - aceptan someterse a la Iglesia y retractarse, todos menos uno.

En cuanto a los feligreses, a los laicos, padres y madres de familia de cualquier profesión y de toda condición,

¿cómo llegar a ellos y hacerles descubrir la alegría de creer y la hermosura de una religión vivida como una alianza con Dios? Porque es evidente que la práctica religiosa del pueblo bretón se ha debilitado considerablemente como consecuencia del espolio de los lugares de culto.

Como en tantas otras diócesis de Francia, trataremos de tocar el corazón de los cristianos con lo que se dio en llamar '*misiones*'. Durante tres semanas - y a veces más - se invita a los parroquianos a escuchar las enseñanzas expuestas por sacerdotes o por religiosos, la mayoría de las veces no pertenecientes al propio pueblo. Se invita a los feligreses a participar en actos litúrgicos que llevan el sello de la novedad y también del 'espectáculo'. A los sacerdotes disponibles, tantos cuantos más mejor, se les pedirá que estén disponibles para escuchar las confesiones de los fieles. Yo mismo soy el primero en prestarme a la animación de estas '*misiones*'. Sé que, en estas aglomeraciones, el pueblo siempre toma conciencia de sí mismo. La experiencia demuestra que una palabra segura y profunda llega tanto más al corazón cuanto más amplia sea la participación. ¡Estoy seguro de que la predicción puede conducir a la conversión! La afluencia numerosa de gente deja bien claro su hambre de la Palabra de Dios. Me pasó una vez, en Saint-Brieuc que, al ser la catedral demasiado pequeña para tanta gente, ¡les tuve que pedir que saliéramos a la plaza de S. Pedro para que pudieran escucharme al aire libre!

Queda todavía sacar adelante el trabajo de renovación de los corazones, emprendido durante estas populares asambleas parroquiales. Éste es el fin de las '*congregaciones*'. Son grupos organizados que juntan a cristianos de edades y profesiones diversas. Se llaman Congregación del Sagrado Corazón, Congregación de la Santísima Virgen y otras. Sus miembros se comprometen a ayudarse mutuamente, a vivir una vida cristiana auténtica y a tomar decisiones cotidianas conformes al Evangelio. Se consideran unos a otros como hermanos y hermanas. Prometen prestarse - los unos a los otros - todos los servicios que estén al alcance de su mano. Estas '*congregaciones*' contribuirán a restaurar, como levadura, el tejido cristiano. Les dedicaré siempre mucho de mi tiempo.

Le toca también a la Iglesia volver a poner a disposición de las comunidades religiosas los bienes

inmobiliarios de los que les despojó la Revolución. Poniendo en marcha numerosos trámites, muchas de estas parroquias, por ejemplo, las de Quintin, Tréguier, Dinan, Lannion y Lamballe volvieron a recuperar la propiedad de sus Casas.

En 1819, un nuevo obispo, Mgr. de la Romagère, sucede a Mgr. Caffarelli, del que yo había sido secretario y luego el sustituto. Éste me nombra Vicario General, es decir su colaborador más cercano. Desea - con toda certeza - que yo siga actuando en la diócesis con el mismo ardor anterior. Hay que reconocer que muchas parroquias han recobrado su fervor religioso y una vida más evangélica. La vuelta al culto y el progreso de sus parroquianos en la vida cristiana le dan seguridad al prelado.

Pero nuestros caracteres, nuestras maneras de concebir y de ejercer la autoridad difieren profundamente, a tal punto que - sin mucho tardar - no me queda más remedio que presentarle mi dimisión. Lo improvisado de sus decisiones, la falta de medida en lo que dice en público, sus indecisiones, su carácter caprichoso, han hecho que el pobre prelado perdiera la confianza de su pueblo. Por otra parte, yo tampoco comparto sus tendencias galicanas. Estallan diferencias entre nosotros dos. Parecería que yo le hiciera sombra. No admite en absoluto que los sacerdotes me consulten a mí más que a él. Así, nuestra colaboración se hace imposible. Le hago saber sin ambages, que renuncio a inmiscuirme en los asuntos de una Diócesis que ha caído en la anarquía.

Empieza por rechazar mi dimisión para luego aceptarla, inquieto, al tener que poner fin a mis funciones. Mi partida, que quiero que sea lo más discreta posible, tiene lugar en enero de 1821. Privado de todo apoyo, abandonado por sus colaboradores inmediatos, el obispo cambia de opinión. Me suplica que reconsidere mi decisión. Yo ya había hablado de ello con un amigo: “El 18 de febrero, vino a mi casa - llorando - a conjurarme que volviera a aceptar el puesto. Me negué.” El 22 de febrero hago partícipe al Sr. Obispo en estos

términos de lo siguiente: “Monseñor, después de haber sido destituido por Ud. no puedo volver a hacerme cargo de las funciones de Vicario General de Saint-Brieuc. Soy de Ud. humilde, ... etc.”

Mgr de la Romagère mantiene mis ‘poderes espirituales’ en la Diócesis, en especial los que atañen a nuestras escuelas. Agradecido, me nombra Canónigo Honorario de su catedral, ...

Estuve al servicio de esta diócesis durante cinco años, sin medir el tiempo, sin escatimar fuerzas. Necesito tomarme un tiempo de reposo. Me recluyo en *La Chesnaie*. Me encuentro allí de nuevo con Féli, que se alegra mucho con mi regreso.

Durante mi tiempo en Saint-Brieuc es cuando mi hermano Féli, aconsejado por el sacerdote Carron, al que encontró en Londres, decidió que podría servir mejor a la Iglesia haciéndose sacerdote. Se ordenará en Vannes el 9 de marzo de 1816. Mejor que nadie, yo sé lo que pasaba en el corazón de Féli. “Estoy encantado de no haber tenido ni arte ni parte en esta decisión de mi hermano” le había comentado al sr. Querret, algunos meses antes

LOS JÓVENES, ¡LOS PRIMEROS!

Este atardecer sigue aún el tumulto bajo mi ventana, calle Saint-Gilles, cercana a la catedral. Oigo gritos, insultos, palabrotas, amenazas, injurias. La policía interviene con contundencia. Otra vez más, los chicos han llegado a las manos. La escena no es nueva. Esta delincuencia no me la puedo quitar de la cabeza. ¿Cómo prevenir esta lacra, en lugar de buscar cómo reprimirla?

Mi vocación se decidió durante el tiempo que viví en Saint-Brieuc, - desde 1814 a 1821 - y con motivo de mis viajes por las ciudades y pueblos de Côtes-du-Nord: ocuparme de los niños y los jóvenes Mi puesto de secretario de Mgr. Caffarelli ya me había puesto en contacto con la realidad de la Diócesis. Así que, cuando, a la muerte de mi obispo, tengo que administrarla, descubro, de forma aún más sangrante, el estado moral en el que se encuentran algunas ciudades y, en especial, la juventud.

Mi mirada sobre el tiempo que me toca vivir en la parte de Bretaña que conozco, puede parecer sombría. Esto es lo que me invita a empezar a trabajar.

La pobreza de las aldeas me trastorna. Las técnicas agrícolas son obsoletas. Inmensidad de terrenos de barbecho. Recibo cartas de los párrocos (encargados de parroquias rurales) y de sacerdotes que tratan - como pueden - de suavizar la miseria de sus poblaciones. El de Belle-Isle-en-Terre me cuenta lo que le toca ver cada día: “Estamos en la más absoluta miseria, nos falta de todo para poder ayudar a los pobres de esta parroquia, que son unos 300 de los 700 habitantes. No tienen ni oficio ni beneficio así que carecen hasta de pan. La miseria aquí llega al límite.”

Por si fuera poco, la Diócesis de Saint-Brieuc carece de sacerdotes, me parece que harían falta unos 200. Por eso, mucha gente ha dejado de ir a las

parroquias y no participan en los cultos. Ahí es donde veo yo que radica la causa de la relajación moral que termina en alcoholismo, en violencia, en relaciones dañinas entre la gente del pueblo y en las propias familias. Yo mismo lo relato en un escrito del 4 de septiembre de 1815: “Treinta y cinco parroquias de la diócesis están sin sacerdote. Están - sobre todo - en la parte bretona. Esta desdichada comarca está cayendo en la barbarie y es presa de la más horrible inmoralidad.” Por todas partes circulan libros de contenido licencioso. Mi hermano Féli está alarmado, como yo. Estamos inundados de periódicos y de panfletos escritos a principios de 1793. Sus autores destilan odio contra los sacerdotes. Su influencia sobre la gente crece día tras día.

Ante la falta de escuelas, una gran mayoría de niños, chicos y chicas, están sumidos en la ociosidad y en el callejeo. Precisamente por eso, muchos de ellos han perdido la ilusión por aprender. Donde se les ve es por las calles y en las tabernas. No les queda ningún sentido de lo justo y lo injusto. De su boca sale un lenguaje blasfemo y sucio que no tengo ningún miedo en reprochar: “Habéis adquirido - casi todos vosotros - un lenguaje que da vergüenza, el de blasfemar y tomar el nombre de Dios en vano.

Si pides a los ayuntamientos que organicen clases para corregir estas costumbres y prevenir este mal, la respuesta es que no pueden hacer nada, que carecen de medios. Muchos son tan pobres que carecen de recursos necesarios incluso para pagar a un maestro.

Antes de 1789, existían, casi en todas partes, escuelas primarias que se llamaban ‘*escuelas pequeñas*’, atendidas por profesores escogidos, pagados y - a veces - mantenidos por los propios padres. En las ciudades, los Hermanos de S. Juan Bautista de la Salle, - a los que se les llamaba ‘*los ignorantillos*’ - garantizaban una enseñanza de calidad, reconocida por todos. Muchas escuelas estaban atendidas también por sacerdotes. Estas instituciones cristianas desaparecieron con la Revolución.

En lo que se refiere a la instrucción y educación primaria, durante el Imperio, ni existía. Napoleón utilizaba los recursos de Francia ¡para cubrir otras ambiciones! Si abría colegios o liceos era con vistas a formar una élite a su propio servicio. Verdad es que, en varias poblaciones, algunas mujeres laicas - vinculadas a algunas órdenes religiosas y que vivían su espiritualidad - se dedicaban a la instrucción de los niños, a la vez que al cuidado de los enfermos y al acondicionamiento de las iglesias. Se les llamaba “las Buenas Hermanas”. Permanecían solteras, pero no eran religiosas. Yo las veía entregarse a todo lo que podían, con los modestos medios de que disponían. Los padres confiaban plenamente en ellas. También, otras personas buenas, con algo de cultura, como por ejemplo ayudantes de notarios, enseñaban a leer y a escribir a algunos niños que tenían la suerte de poder disfrutar de sus servicios.

Lo que es inquietante - para mí y para el gobierno - es ver aparecer por todas partes, maestros clandestinos. Se trata de individuos que carecen de título para enseñar. La mayor parte son gente que tienen asuntos pendientes con la justicia, alcohólicos o antiguos soldados. Estos individuos van por las casas ofreciendo clases a cambio de unas perras o a cambio de la comida o de lo que quieran darles.

Por lo que respecta a las clases acomodadas, que podrían costear algunos maestros, no es seguro que quieran que la gente sencilla progrese en el saber y en la cultura. Quizá se sienten amenazados en su poder.

Así están las cosas. Por eso me preocupa, cada vez más vivamente, el porvenir de esta juventud y, por tanto, de la sociedad futura. Es evidente que la liberación - y si puedo decirlo - la salvación de esta generación dependerá de la instrucción y, paralelamente, de su educación y de su evangelización. Es indispensable atender al hombre en su totalidad.

Es el único medio de transformar una sociedad. Este convencimiento me guiará y será mi apoyo durante

toda mi vida. Como Leibnitz al que cito: “Siempre he creído que sólo se transformará el género humano, si se reforma la educación de la juventud. Se trata de una verdad que nadie puede desconocer: todo nace de la educación, el hombre con sus virtudes y sus vicios, la familia con su carácter y sus costumbres, la sociedad con sus creencias y sus hábitos.” Y además, una buena escuela será siempre cuna de vocaciones sacerdotales, con lo que se podría remediar la carencia de sacerdotes de la que adolece nuestro país.

Pero ¿cómo acercarse, - para instruir y evangelizar - hasta las aldeas más recónditas de Bretaña? Yo he recorrido muchas veces a caballo, los caminos bretones, para darme cuenta de su estado y del aislamiento de sus habitantes, sobre todo en invierno.

¿Cómo llegar a todas las capas de la población? ¡Bretaña es rural! ¿No haría falta empezar por mejorar los métodos de cultivo y de cría de ganado, las más de las veces sumidos en la rutina e improductivas, hasta este momento practicadas por nuestros paisanos? Y ¿los chicos de la costa? ¿cómo instruirlos a ellos también? La mayoría de las veces durante el día, casi todos están en la mar. ¿No se les podría reunir por la noche - y a sus padres también - para hacerles llegar un saber elemental y abrirlos a la fe?

Voy a decir claramente lo que pienso. Deseo, sobre todo, la dicha eterna de estos niños y de estos jóvenes, porque ése es el destino del ser humano. Quiero anunciarles a todos que esa dicha nos ha sido adquirida por Jesucristo, Salvador del hombre. Prefiero ser claro en este punto. Ésta es la clave de mi vida.

Éstas que os estoy diciendo son las preocupaciones que me bullen dentro, mientras recorro en todos los sentidos la vasta diócesis de Saint-Brieuc. Tengo que reconocer que subsiste una cierta fe, aunque a veces difusa, felizmente en el corazón de los bretones. He sido testigo de las peregrinaciones a Saint-Yves (Tréguier) y a Nuestra Señora del Buen Consejo

(Guingamp): ¡todos con el rosario en la mano! Resonaban los cantos de las Letanías de los Santos mientras tres o cuatro mil personas caminaban así ocho o nueve leguas sin decir una palabra. No todo está perdido. Lo que sí habrá que hacer es volver a apoyar esta religión popular. Finalmente, pienso muchas veces en lo que hizo Juan Bautista de la Salle en el siglo XVII. Fue un innovador en materia de educación. Se mostró cercano a los pequeños. Supo adaptar la enseñanza a las condiciones de su siglo. Buscó remediar las pobreza de su tiempo. Su ejemplo me llega muy adentro y me anima a imitarle en esta época que es la mía. Me gusta leer con atención sus obras: *La conducta de las escuelas cristianas y sus Meditaciones para los tiempos de 'retiro'*. Si mis proyectos alcanzan a ver la luz, tomaré referencia de sus libros como fuente de inspiración inagotable.

NO SABÍAMOS LO QUE ESTÁBAMOS EMPRENDIENDO

En 1815, mientras me encargaba de la administración de la Diócesis de Saint-Brieuc, empiezan a difundirse noticias de contenido inquietante: carteles y panfletos que anuncian la apertura en las ciudades de nuestro departamento, de escuelas llamadas '*mutuas*'. El contenido de su pedagogía está bien claro. Consiste en aplicar "un método por medio del cual toda una escuela entera puede instruirse a sí misma, bajo la supervisión de un único maestro." Parece que tiene un gran éxito porque permite enseñar a un gran número de alumnos de forma eficiente y económica.

Esta forma de enseñar, traída de Inglaterra y allí llamada "*lancasteriana*" por el nombre de su fundador (Lancaster), se va extendiendo cada vez más ampliamente por Europa. Dicen que el gobierno francés está muy interesado en este método. El Ministro de Instrucción Pública, Carnot, ha decidido aplicarla desde este año, en nuestro país. Volviendo a repasar los acontecimientos, yo he solido decir, en broma, que este ministro ha sido en realidad el verdadero fundador de los colegios de los Hermanos. Ya explicaré más tarde el cómo.

Es cierto que, en este período de la Restauración, el gobierno ha visto con claridad la urgencia de hacerse cargo, - aunque no sea más que para mantener el orden público - de la infancia y de la juventud abandonada desde hace tres decenios. Como yo, muchos otros sacerdotes, en Francia, constatamos que hay que empezar a reaccionar sin pérdida de tiempo para educar a esta nueva generación. Por su parte, para conseguirlo, el ministro de Napoleón, Carnot y sus colaboradores piensan que es necesario recurrir al método '*lancasteriano*'. Hace maravillas - dicen - porque permite que los propios alumnos, con la ayuda de monitores elegidos entre ellos mismos, logren con el menor costo posible, la instrucción de muchos alumnos, hasta cien o más en el mismo local, siempre que los

locales sean lo suficientemente amplios para que puedan caber en ellos. ¡Se acabó multiplicar locales escolares! ¡Eso que ahorramos a los presupuestos!

Pero la *‘escuela mutua’* ejerce atracción por otra razón. Sus defensores afirman que ha sido creada para los pobres, que su objetivo es sacar a los chicos de las calles y proporcionarles unos conocimientos mínimos conforme a su clase social: saber leer, escribir y hacer cuentas. Pero, para ir más rápido y que resulte más barato, los alumnos trabajarán en grupos pequeños; los que ya han comprendido algo ayudarán a los demás. Así, uno detrás de otro, todos pasan por ser alumno e instructor sucesivamente.

Entiendo que este ideal haya conquistado a los políticos de mi tiempo. ¡Es a todas luces necesario superar, sea como sea, el enorme retraso en la escolarización de la infancia! Pero yo no puedo aceptar esta concepción de la educación, ni sus métodos. Decido cargar contra su espíritu, sus principios y su organización. Mis críticas se centran en puntos bien concretos: *“La enseñanza que se imparte es pura mecánica. Nadie reclama suficientemente la reflexión de los alumnos. Los actos religiosos que se ofrecen en estas clases no son más que fachada. En este sistema se descuida lo más esencial, la educación de los alumnos. La disciplina que se esfuerzan en mantener hace pensar, hasta en su enunciado, en las órdenes que se acostumbra dar a los soldados en el ejército. A esta escuela le falta la influencia que se ha de esperar que ejerza el maestro: el ejemplo de su vida y la fuerza de su testimonio. No existe ninguna relación personal que una al docente con sus alumnos. El número de alumnos, que sobrepasa en ocasiones el centenar, no lo permite.”*

En 1817, me comunican que la municipalidad de Saint-Brieuc ha decidido implantar una escuela mutua en el municipio. Mi reacción es inmediata. Una única solución, adelantarse a los instructores lancasterianos antes de que se instalen en nuestra ciudad y en las demás localidades del departamento.

¿Cómo? ¿Llamando a los Hermanos de la Salle? ¡Bien! Pero esta solución solo vale para localidades importantes. ¿Cómo arreglárselas en los pueblos más pequeños e impedir la implantación de las *escuelas mutuas* en ellas, cuando sabemos que estos Hermanos no pueden ejercer la enseñanza en ningún lugar, salvo que resida un mínimo de tres Hermanos en cada parroquia? La respuesta a esta pregunta nació en una reunión.

Ese mismo año 1817, me entero de que un sacerdote famoso, muy preocupado por los niños y los pobres, acaba de organizar escuelas cristianas en la Diócesis de Vannes, en Morbihan. Se llama Gabriel Deshayes. Es párroco de Auray. Para dotar a sus feligreses de clases impartidas por maestros cristianos, ha reunido en torno a él, desde 1816, algunos muchachos jóvenes a los que asegura una formación pedagógica y religiosa suficiente para cumplir su misión. Ya en 1809, él mismo llamó a los Hermanos de la Salle para dirigir una escuela en su propia parroquia. Sigue apoyándose en ellos y recurre a su talento pedagógico para preparar a sus propios jóvenes para la tarea. Nos enteramos de la existencia el uno del otro, por los periódicos. Nos ponemos en contacto. El 10 de mayo de 1817, el Sr. Deshayes viene a visitarme a Saint-Brieuc.

Ambos somos conscientes del peligro que encierra la ‘escuela mutua’. Yo le hablo de la que el ayuntamiento quiere abrir en mi ciudad. El mismo día, de inmediato, y ante la urgencia, llamo a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Presiono a su Superior General, el H. Gerbaud, para que envíe, lo más rápido que pueda, algunos Hermanos a Saint-Brieuc. El P. Deshayes apoya vigorosamente mi petición. Pero la primera respuesta es negativa.

Quince días más tarde, voy a Auray para reunirme con el P. Deshayes. Las obras sociales y las iniciativas de este sacerdote en favor de todos los necesitados de su circunscripción suscitan mi más viva admiración. Me las muestra sobre el terreno. Descubro

lo que hace con los mendigos y las personas en paro apuntándolos a trabajos colectivos como, por ejemplo, el arreglo de caminos. Visito la hilandería y el taller de costura que ha construido para los presos. Este sacerdote es todo corazón, realista, más inclinado a la acción que a la oratoria. Durante unos días, puedo ver con mis propios ojos, la estima de que goza entre sus feligreses y del agradecimiento que sienten por él.

También le pregunto por la formación que él mismo da a sus siete u ocho muchachos, futuros maestros, que él tiene acogidos en su propia casa parroquial. Me cuenta también su experiencia en la organización de escuelas. Charlamos también de su relación con las autoridades civiles y religiosas. Me marchó de Auray, convencido de que es de todo punto necesario preparar muchachos de buena voluntad para convertirlos en maestros cristianos, dispuestos a ayudar en estas nuestras tierras bretonas. Me presenta su experiencia, pero en aquellos momentos, yo todavía no pensaba fundar ninguna Congregación. A finales de este año de 1817, vuelvo a tener un encuentro con mi amigo Gabriel Deshayes, en Saint-Servan, donde él participa en la animación de una '*misión*'. Yo he venido a Saint-Malo para solucionar algunos asuntos familiares concernientes a mi hermano Gratien. Ello nos brinda la oportunidad de seguir con los intercambios que iniciamos en Auray. De aquí en adelante, nuestra amistad y nuestra colaboración ya no se romperán nunca, al contrario, irán a más con el transcurso de los años y a través de nuestra acción conjunta.

Esta colaboración comienza a principios del año 1818. Se iba a organizar una '*misión*' en Pordic, una localidad vecina, en la bahía de Saint-Brieuc. Al finalizar esta '*misión*' tenemos previsto abrir una escuela en la parroquia. No hay manera de conseguir traer Hermanos de la Salle a esta pequeña localidad. Trato de presionar al P. Deshayes para que, por lo menos, mande a uno de sus muchachos. No hay tiempo que perder. Elige al H. Paul Guyot, que se convertirá en el primer director de esta pequeña escuela.

El 5 de mayo de 1818, le hago llegar una nueva petición al H. Gerbaud para que envíe algún Hermano a Saint-Brieuc. Esta vez nos lo concede. Abren su escuela el 29 de noviembre de 1818. La reputación de su establecimiento atrae rápidamente a numerosos alumnos, muchos más que los que acuden a la *escuela mutua*. ¡Primera victoria! Pero el interrogante sigue, sin embargo, en pie: ¿cómo repartir la instrucción en las parroquias pequeñas de las diócesis bretonas? ¿No sería posible imitar lo que yo he visto en Auray?

Pasado octubre, salí de la c/Saint-Gilles, situada al lado de la catedral de Saint-Brieuc, para empezar a vivir en la c/Notre-Dame, a la izquierda de la entrada del convento Montbareil. Esta casa me viene muy bien. Llevo conmigo a ella a mi sobrino Ange y a un futuro sacerdote. Albergado confortablemente en ella, ya puedo dedicarme más fácilmente a la obra de la educación cristiana de los niños y de los jóvenes, tanto chicos como chicas.

El 20 de marzo de 1819, escribo al sacerdote Tresvaux, párroco de la Roche-Derrien, una pequeña parroquia rural de Trégor para pedirle que me mande algunos chicos que él considere capaces de convertirse en maestros cristianos. Este abnegado rector se pone en contacto con tres chicos, practicantes asiduos en los cultos, que se ponen enseguida en camino hacia Saint-Brieuc. Llegan, a finales de junio, no sin recelos. Su vestimenta especial, su pelo alborotado cayendo sobre las espaldas, no dejan de atraer las miradas de la gente. Son tímidos y someramente instruidos. Sólo conocen unas pocas palabras de francés y casi no saben más que las oraciones y el catecismo.

Un Hermano de la Salle les enseña a escribir, cuentas y gramática. Yo me convierto en su nuevo profesor de francés. Lo practicamos durante las comidas mientras compartimos la mesa. También me convierto en su Maestro de Novicios. La oración la hacemos juntos. Vivimos con gran sencillez. Mi habitación-despacho es “*la sala de noviciado**”, compartimos el comedor y todo el resto de los locales de la casa. Las buhardillas

las hemos acomodado para que sirvan de dormitorios y de salas de estudio. Como le escribí a un amigo mío: “he empezado mi obra en mi habitación, con algunos muchachos que saben menos que yo lo que vamos a emprender.”

De estos tres *postulantes**, sólo perseverará uno: Yves Le Fichant, natural de Pommerit-Jaudy. Alain Coursin, el segundo novicio, regresará a su casa después de haber fundado, con el H. Yves, la escuela de Guingamp y luego la de Plouguernevel. Jean-François Mindu, el tercer aspirante, sólo permanecerá un tiempo breve. Sin embargo, a finales de 1819, vendrán algunos jóvenes más a juntarse con ellos: H. Stanislas, H. Adrien, H. Paulin, y H. Michel.

Tengo la esperanza de que, después de algunos meses de formación, estos chicos sabrán lo suficiente para enseñar a los más pequeños el alfabeto, las oraciones y el catecismo. Como el P. Deshayes en Auray, yo los enviaré a todas las parroquias. Vivirán en la casa parroquial, con los sacerdotes, que se encargarán de velar por ellos. De esta manera podremos atender hasta las más recónditas aldeas, tanto del campo como de la costa.

¡Humildes orígenes! Sabemos que nos tocará ir haciendo camino mientras andamos. Por cierto, que una vez escribí a un Ministro de Instrucción Pública: “Se trata de empezar, no de perfeccionar, creo que a menudo se nos olvida.”

UNA ALIANZA FUNDADORA

Mientras sigo dirigiendo la Diócesis de Saint-Brieuc, me enteró, en 1819, de que el Prefecto de Côtes-du-Nord está presionando a la alcaldía de Dinan para que instale - también allí, en el centro de la ciudad - una *escuela mutua*. Tenemos que adelantarnos. Los Hermanos de la Salle ya están presentes en los sitios principales. Es complicado pedirles más.

Así que, en el mes de mayo, voy a Auray para entrevistarme con el P. Deshayes y pedirle que me envíe algún maestro capaz de fundar una escuela en Dinan. Consciente de la urgencia de la situación, este generoso sacerdote, elige tres de sus nuevos maestros y los lleva en su mismo carruaje hasta Saint-Brieuc. Se quedan una semana en mi casa, en la calle Notre-Dame.

Os dejo lo que él escribió durante estas semanas decisivas: “Yo (P. Deshayes) había comenzado a acondicionar algunos establecimientos y el Sr. de la Mennais - que era entonces Vicario Capitular de Saint-Brieuc - me pidió algunos Hermanos para su diócesis. Le mandé cuatro y se los llevé yo mismo. Durante los ocho días que pasé con él, me di cuenta de que se ajustaba completamente a mis puntos de vista y a mis planes. Le ofrecí la posibilidad de asociarnos para unir fuerzas en la obra que yo había comenzado.”

Durante esta semana que pasamos juntos, sacamos tiempo para largas conversaciones. Soy consciente del empeño que pone mi anfitrión en buscar la voluntad de Dios, de su sentido de la adaptación a las circunstancias y de su completo abandono en las manos de la Providencia. Con estas conversaciones sale reforzada nuestra convicción de que deberíamos trabajar juntos y poner en común nuestros recursos.

Así es como llegamos a formalizar un *Tratado de Unión* el 6 de junio de 1819. El P. Deshayes fue quien llevó la iniciativa en lo tocante a esta unión. Yo me

encargué de formular el contenido y redactar el texto. Finalmente, los dos juntos lo firmamos. Comienza así, expresando un proyecto que seguirá concretándose a lo largo de los años:

Dios Solo.

“En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nosotros: Juan María Roberto de la Mennais, Vicario General de Saint-Brieuc y Gabriel Deshayes, Vicario General de Vannes y párroco de Auray, animados del deseo de dar a los hijos del pueblo, en especial a los del campo de Bretaña, maestros sólidamente piadosos, hemos resuelto formar - provisionalmente - en Saint-Brieuc y en Auray dos Noviciados de jóvenes que seguirán todo lo mejor que puedan la Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y se servirán de su método de enseñanza.”

Siguiendo las disposiciones que será necesario precisar “considerando que esta buena obra naciente no será capaz de crecer y de consolidarse más que con el paso del tiempo y que cualquiera de los dos puede fallecer antes de que llegue el tiempo en que se consolide y sea capaz de sostenerse por sí misma, ...”

De momento, el P. Deshayes piensa en una sociedad sin ningún compromiso religioso propiamente dicho. En este contrato, nunca hablamos de votos. En cuanto a la palabra *Noviciado*, designa más bien una institución en la que queremos dar a los chicos una formación profesional y religiosa elemental pero que, sin embargo, sea suficientemente sólida para hacerles capaces de responsabilizarse de una clase.

Echando la vista atrás, pienso que este Tratado fue un monumento a la insensatez. Efectivamente, este escrito obligaba a todos los Hermanos a una obediencia absoluta a los Superiores, sin - ni siquiera - prever el caso en el que las órdenes fueran contradictorias. Pero salió de maravilla, porque, nosotros - los dos Fundadores - nos poníamos de acuerdo admirablemente y nos estimábamos mucho. ¿Cómo iba a ser realmente posible que una sociedad pudiera progresar con dos jefes a la cabeza,

ambos con idéntica autoridad? Éramos de temperamentos muy distintos y con formaciones muy diferentes. Pero nunca existirá entre nosotros la menor sombra de rivalidad o de desacuerdo. Nuestra unidad estaba sellada por el deseo común de servir a la sociedad y a la Iglesia.

Apenas firmado nuestro acuerdo, nos marchamos los dos a Dinan, a toda prisa, acompañados de los Hermanos Charles, René y André. No hay nada preparado para recibimos.

Nos limitamos a lo básico. La escuela la instalamos en medio de esta precariedad. El P. Deshayes marcha de Dinan el jueves 10 de junio, para volver a su parroquia de Auray.

Empiezan a apuntarse alumnos, lo que suscita la envidia de los liberales. Nos hacen blanco de sus mofas. Furiosos, nuestros adversarios pintan en las paredes del pueblo caricaturas que representan a tres mansos burros que siguen a otro burro. Seguro que me representaba a mí. También nosotros nos reímos, seguro de que los *ignorantillos* bretones (nosotros), no tardarán en demostrar su capacidad.

Después de haber firmado este Tratado, supe que mi amigo Gabriel estaba radiante. El H. Juan, que conducía el carruaje al volver, nos ha hecho partícipes de una confidencia de su párroco: “¡Ay, Hermano! ¡Qué feliz me siento! Tenía algunas inquietudes sobre el porvenir de esta sociedad naciente. Pero acabo de llegar a algunos acuerdos con el Sr. de la Mennais. La obra va a salir adelante, tengo absoluta confianza en ello. Todos mis temores ¡han desaparecido!”

Por lo que a mí respecta, me quedo en Dinan algunos días para dejar arregladas las últimas formalidades relativas al acomodo de los Hermanos. Su instalación oficial tendrá lugar en septiembre. Los primeros meses no serán fáciles. El frío, sobre todo, les hará sufrir mucho, tendrán que contentarse con una comida muy frugal y una casa muy sencilla. Me quedo admirado de cómo estos chicos pueden mantener un estado de ánimo tan alegre. A pesar de todas estas

privaciones, ninguno de ellos piensa en pedir un cambio.

Seguimos adelante con la seguridad de que vamos cogidos de la mano de Dios. Comencé a formar Hermanos sin estar totalmente seguro de tener un plan bien concreto. No tenía las cosas muy claras. Empecé sin saber muy bien en qué dirección iba, “*sólo veía tres o cuatro pasos delante de mí*” le confesé un día a un amigo de Valence, que había emprendido un proyecto parecido.

TAMBIÉN ALGUNAS MUJERES SE COMPROMETEN

Ya llevo cuatro años moviéndome por la Diócesis de Saint-Brieuc. Día tras día descubro la indigencia de los niños y de los muchachos de la ciudad igual que los de las aldeas. Para poner remedio a esto hemos decidido abrir escuelas de chicos en las ciudades y en los alrededores. Me atormenta de la misma manera la situación de miseria de tantísimas niñas y chicas pobres que vagabundean por las calles, sin instrucción, expuestas a males de todos los tipos imaginables.

Sin embargo, en nuestra ciudad, gente con un gran espíritu de entrega, sensibles a los sufrimientos de estas criaturas se entrega a su servicio. Yo mismo trabo conocimiento con cuatro de ellas: Marie-Anne Cartel, Marie Conan, Fanny Chaplain y Julie Bagot. Como ellas también han perdido a sus padres a edad temprana, han decidido consagrar su vida al servicio de las huérfanas y de los niños abandonados. Son conocidas como *“Las señoritas”*.

En 1816, invité a los Jesuitas a que vinieran a predicar una ‘misión’ en Saint-Brieuc. Cada vez, al finalizar uno de estos encuentros de enseñanza, de oración y de conversión y para que sus efectos duren más, solemos proponer a algunos voluntarios que formen asociaciones, a las que llamamos ‘*congregaciones*’. Así es como algunas chicas aceptan iniciar una congregación bajo el nombre de La Inmaculada Concepción de María. *“Las señoritas”* deciden formar parte de ella.

En octubre de 1817, ellas, generosamente, alquilan un local para acoger en él y cuidar huérfanos. Yo las animo a ello todo lo que puedo. Pronto su obra empieza a ser conocida y crece. Estas cuatro asociadas se ponen de acuerdo para recibir - posteriormente en su centro - algunos niños que quieran aprender el

catecismo. Se les presentan muchos chicos y chicas y piensan que la mejor forma para atraerlos con regularidad es enseñándoles a leer, a escribir y a hacer cuentas. ¡Feliz iniciativa! Ante la afluencia de tantos alumnos "*Las Señoritas*" alquilan otra casa en la calle Fardel e instalan allí la escuela. Una de ellas, la Srta. Bagot, no ve bien este cambio y no lo acepta. Continuará ella sola la obra con los huérfanos.

Animadas con esta prometedora experiencia, estas chicas acuerdan comprometerse de una forma más solemne en el servicio de Cristo y del Evangelio. Durante la noche de Navidad de 1818, tres de ellas, se juntan, discretamente, en la Capilla de N^a S^a del Refugio, bastante cerca de mi casa, y recitan en común un acto de donación de sí mismas a Dios. Firmarán de forma oficial este documento el 31 de diciembre. La Srta. Esther Beauchemin se unirá más tarde a ellas. Dado este primer paso, las cuatro amigas deciden seguir, provisionalmente, la Regla de las Hijas de María, una sociedad fundada por el P. Clorivière, jesuita, del que yo mismo había aprendido mucho durante mi tiempo de formación como sacerdote joven.

"*Las Señoritas*" se ganan inmediatamente la estima de la gente. Da fe de ello, el número de alumnos que crece considerablemente. En marzo de 1819, tenemos que alquilar otro nuevo local, más espacioso, situado en la calle Quinquaine. Confiamos en la Providencia, de la que tomaremos pronto el nombre. En septiembre del mismo año, informo de este asunto a la Superiora de las Hijas de María, la Srta. Saisseval: "En este momento, tenemos siete aulas, tres de lectura, dos de escritura, una de bordado y otros trabajos manuales, además de una de costura. Las obreras de esta última clase se ganan el alimento con ello, porque les damos lo que sacamos de su trabajo. En total tenemos 400 niños externos que reciben gratuitamente educación cristiana. No les pedimos absolutamente nada. Un excelente laico (Sr. Sébert) ha puesto a mi disposición fondos suficientes para que las cosas fueran saliendo adelante. La casa es grande y he instalado allí una pequeña capilla donde se

reúne dos veces al mes la congregación de “Las Señoritas”, que se ha fundado al final de nuestra misión y de la que yo soy el director.”

Para responder a las peticiones cada vez más numerosas de los jóvenes y de sus familias, decidimos, el 19 de junio de 1820, comprar una propiedad más grande, una antigua casa de las Ursulinas, situada en el centro de la ciudad de Saint-Brieuc. La consideramos de ahora en adelante como la Casa Madre de las *Hijas de la Providencia*. Las Hermanas se instalan allí el 11 de octubre.

Como consecuencia de las dificultades de relación con mi nuevo obispo, Mgr. de la Romagère, dificultades imposibles de superar, de las que ya he hablado, la *Congregación de las Señoritas* se convertirá en la *Congregación de las Hijas de la Providencia*.

El 21 de enero de 1821, mi obispo terminó aceptando mi dimisión como Vicario General, a la vez que me mantiene al cargo de las escuelas de las que me había encargado hasta entonces. Mantengo la responsabilidad de la enseñanza primaria en la diócesis, pero no tengo poderes para asegurar la dirección de las comunidades religiosas de las que estoy al cargo. Corro con ello el riesgo, incluso, de perder la propiedad de la casa que acabo de comprar para las Hermanas. Sólo queda una salida. Se la hago saber a la Superiora de las Hijas de María: “Creo descubrir en los acontecimientos exteriores que se oponen a su ejecución, una visión particular de la Providencia y me dejo guiar por ella. “Las Señoritas”, sabiendo que estaban expuestas a perderme y queriendo dar mayor solidez a su establecimiento, juzgaron oportuno transformarse sin demora en comunidad religiosa, y tomar medidas para lograr ser aprobadas legalmente.”

Así es que, propongo a estas generosas personas que se constituyan en congregación autónoma, sin vínculo alguno con la Sociedad de las Hijas de María. De esta manera, como Fundador, dispondré de todos los derechos y de la autoridad que están vinculados

a este título y que son independientes de la función de Vicario General.

El 25 de marzo de 1821, día de la Anunciación, les entrego las constituciones oficiales a la Srta. Cartel, Conan, Chaplain y Beauchemin y yo recibo sus primeros votos *.

El 21 de noviembre de 1822, las Hermanas de la Providencia toman su hábito propio. Presido esta ceremonia antes de tomar, al día siguiente, camino hacia París donde me espera una nueva misión al servicio de la Iglesia.

Verdad es que, en 1835, un episodio doloroso quedará marcado en la historia de las Hermanas en de la diócesis de Rennes, un episodio ligado a la sospecha y a la calumnia de la que yo mismo seré objeto, cuando la Iglesia condene a mi hermano Féli por algunos de sus posicionamientos filosóficos y teológicos. Embaucados por el cura de la parroquia de Saint-Méen-le-Grand, que les había sin embargo llamado a venir a fundar una escuela en esta población, la directora de este establecimiento, la Hermana Le Breton y dos de sus compañeras, se separan de la naciente Congregación para fundar ellas mismas su propia escuela en detrimento de la nuestra situada también en el mismo lugar. Ansioso por evitar un conflicto público, que no haría ningún bien a la religión, acepté - no sin amargura - la separación de nuestras Hermanas. La Providencia nos conduce a través de acontecimientos unas veces felices y otras dolorosos. Efectivamente, esta disidencia será el origen de otra Congregación, la de las Hermanas de la Inmaculada Concepción, que se extenderá ampliamente por la Diócesis de Rennes y por la de Quimper.

Pero, en Saint-Brieuc, la confianza de los cristianos en las Hermanas de la Providencia no quedará desmentida. Lo que justifica la petición de ayuda que yo solicitaré al Ministro en 1837: “La escuela dirigida por mis Hermanas llamadas *de la Providencia*, cuenta en este momento con 627 niños, de los que 550 reciben instrucción gratuitamente. Otra casa, que he fundado yo

también en Moncontour, presta el mismo servicio a más de 200 chicas. Todos están de acuerdo en considerar a la Providencia de Saint-Brieuc como la escuela de chicas más potente y mejor organizada del departamento; es voz común allí que, después de tantos años de existencia, este establecimiento nunca ha tenido detractores, ni un enemigo: todas las familias, sin distinción de partido o de fortuna, llevan a sus hijos con la misma prisa y con la misma confianza.”

Las Hermanas fundarán otras escuelas e internados en Combourg, Saint-Malo y Rennes. A la obra de educación - con la que proseguirán con asiduidad - añadirán el cuidado de los enfermos y el servicio a las parroquias.

En octubre de 1838, recibiremos la alegría de la aprobación oficial de las Hijas de la Providencia a través de una ordenanza de Louis-Philippe, rey de los franceses.

¡DE AHORA EN ADELANTE SERÉIS HERMANOS!

Cita en Auray, la mañana del 9 de septiembre de 1820. Varios grupos de jóvenes van llegando a pie a la casa de acogida que llaman de “*El Padre Eterno*” situada en la orilla del río Loc’h. Esta residencia pertenece a las Hermanas de la Caridad de S. Luis, fundadas por la Srta. Molé, en Vannes, el año 1803. Nos acogen en su casa amablemente. El P. Deshayes ya está allí. Me reuní con él. En la capilla de esta residencia esperamos a los que serían los primeros Hermanos de esta Congregación naciente. Son cuarenta y dos. Consciente de la importancia del acontecimiento - y con su amor fraternal - Féli vino de La Chesnaie a estar con nosotros, aunque, para ello, tuvo que atravesar toda la Bretaña a caballo.

Después de nuestro *Tratado de Unión* nos pusimos de acuerdo, y vimos que nuestra pequeña sociedad iba a carecer de estabilidad si sus miembros no estaban ligados a ella por votos. Así se lo expuse al P. Deshayes, que lo suscribió sin dudar. Es claro que un compromiso tomado en conciencia, ante Dios, sólo puede apoyar una voluntad humana siempre voluble, y a veces vacilante.

Nuestros jóvenes están todos allí, ante nosotros, viviendo con curiosidad un acontecimiento del que todos presienten la importancia. Uno de ellos, el H. Hippolyte, nos ha dejado escrito que esperaban, con una cierta agitación moral, el momento en el que se unirían las dos familias, la de Saint-Brieuc y la de Auray. Les decimos que el ‘retiro’ durará cinco días completos y que lo haremos en total silencio.

El primer día, me dirijo a ellos, con ilusión, apoyándome en un texto que canta la alegría de la Pascua: “*Éste es el día que ha hecho el Señor. Esperáis desde hace tiempo, con viva impaciencia, la*

llegada de este feliz día. Se os hacía largo esperar el momento de estar juntos en esta casa para, unidos por los lazos de la caridad, edificaros mutuamente y para animaros unos a otros a caminar con renovado ardor por los caminos de la santidad. Tengo la firme confianza, hijos míos, de que vuestros votos y los nuestros se cumplirán. El Señor, cuya única gloria buscamos, se dignará bendecir esta naciente Congregación. Derramará sobre cada uno de vosotros sus más ardientes favores y os hará salir de este ‘retiro’ como los apóstoles del Cenáculo: llenos de fuerza, de piedad, de fervor y de celo.”

Nos repartimos las tareas. El P. Deshayes presenta los temas de meditación y les da las conferencias. Invita a los participantes a vivir con sencillez y en obediencia. De hecho, éste era el único Voto que pronunciaban los Hermanos en los primeros años de la Congregación. Yo me encargo de los sermones, reservándome como temas especiales, la pobreza y la fidelidad a la Regla de Vida. Un misionero de Santa Ana de Auray, llamado como refuerzo, expone a estos jóvenes maestros sus obligaciones profesionales y les hace ver la belleza de su misión entre los niños.

Emocionados, recordamos cuatro acontecimientos vividos durante estas jornadas que nos llevan a ver este ‘retiro’, como *retiro fundador* de nuestra Congregación.

Le ponemos este nombre: *Congregación de Hermanos de la Instrucción Cristiana*. Así se distinguirá de la fundada por Juan Bautista de la Salle, llamada *Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas*, aunque nosotros nos inspiráramos en las mismas Reglas que ellos.

Llevarán por *divisa*: Dios Solo. Esta divisa se inspira en las enseñanzas del sacerdote Henri Boudon, un hombre espiritual del siglo XVII, figura destacada de la Escuela francesa, heredera, a su vez, del pensamiento de M. Olier, Fundador de S. Sulpicio.

Promulgamos la *Regla*. Remplaza al *reglamento*

diario, que guiaba a los Hermanos hasta entonces. Ocupa unas tres o cuatro páginas. Se las dicto. Los directores de las escuelas se encargan de tomar nota de ellas.

Damos una importancia muy especial a la *Toma de Hábito* de los Hermanos. Ya llevaban, desde hacía por lo menos tres años, una vestimenta especial. Al final de este ‘retiro’ se ponen una sotana negra. Más adelante, recibirán un crucifijo que llevarán en el pecho, al exterior. ¡Esos son los signos de su pertenencia a Jesucristo!

Acabadas estas jornadas de encuentro con el Señor, veintidós de los Hermanos presentes, los que se habían preparado para ello, pronuncian, de acuerdo con nosotros y por primera vez, el voto de obediencia.

Nos ponemos delante de ellos, de pie, en las escaleras del altar y ellos se van acercando para formular su promesa y depositarla luego en nuestras manos. Sólo pronuncian el voto de obediencia, considerábamos que éste englobaba a los otros dos: el de pobreza y el de castidad.

Durante este ‘retiro’ también tiene lugar la primera puesta en común de bienes entre los Hermanos. Les animamos a despojarse de toda pertenencia y a no hacer uso de ello, de ahora en adelante, sino de común acuerdo con su superior. Obrando así, sin pronunciar el voto de pobreza, practicarán su espíritu.

Durante estos días, proponemos también a todos los Hermanos que reciban el sacramento del perdón. Un sacerdote que habla bretón, vino para ponerse a disposición de nuestros jóvenes que aún no conocen bien el francés y prefieren confesarse en su lengua materna.

Al P. Deshayes le toca clausurar este ‘retiro memorable’ y ¡lo hace con su habitual espontaneidad! Algún Hermano apuntó algunas de sus palabras: “*Queridos Hermanos, sois una pequeña Congregación naciente que - espero - cumplirá las expectativas depositadas en vosotros de hacer el bien. El número ha*

sobrepasado nuestras esperanzas, no pensábamos que fueseis tantos en tan poco tiempo. Hemos tenido que esforzarnos bastante para poder atenderos [...] Lo que os pedimos es que sigáis bien vuestra Regla, que cumpláis con vuestros deberes y que seáis sumisos a los que estén por encima de vosotros, de manera que los párrocos, en cuya casa viviréis, puedan decirnos, que no sólo les hemos enviado a sabios, sino a religiosos piadosos, obedientes y exactos en cumplir todas sus obligaciones [...] De esta forma, esta pequeña obra naciente, - que tiene su cuna en este lugar - por así decirlo, obtendrá la bendición de Dios. Ésa será la recompensa que os pedimos y - si así es - nos sentiremos contentos.”

Nos despedimos llenos de alegría, decididos a servir a los chicos y a darles a conocer a Jesucristo en nuestras parroquias bretonas. Emprendimos el camino, como vinimos, a pie, con el corazón rejuvenecido. Para todos nosotros este ‘*retiro*’ será inolvidable.

Mi hermano Féli, sentado en una de las sillas del coro de la capilla en la que nos reuníamos, siguió, discretamente, todos estos ejercicios espirituales. Supe que la piedad de los ejercitantes le impresionó profundamente y que escribió estas entrañables palabras: “¡Qué hermosa Obra! Si no fuera sacerdote, me haría “*hermanito*”.

¡CUÁNTO ADMIRO A ESTOS PRIMEROS HERMANOS!

Voy a hablar un poco de los Hermanos venidos de Auray y de los de Côtes-du-Nord que yo mando a las primeras escuelas fundadas en Saint-Brieuc, a partir de 1818. ¡Nos dimos prisa! Es verdad que estamos obligados a adelantarnos a la escuela mutua que el gobierno quiere establecer por todas partes, de lo que ya he hablado. Deseamos, sobre todo, ayudar a una juventud que vemos desamparada: falta de instrucción y del conocimiento de Jesucristo.

Esta indigencia no afecta sólo a la juventud. Describiendo el estado de su localidad, en octubre de 1819, el alcalde de Lamballe escribe: “Es imposible hacerse una idea exacta de la ignorancia de la clase baja desde que nadie se ocupa de la gente del pueblo. Muchas madres de familia no pueden anunciar a Dios a sus hijos, a los que dejan - casi desnudos - en la calle, abandonados a la beneficencia pública, ... Vosotros mismos habéis podido ver, con vuestros propios ojos, la enorme cantidad de mendigos que hay en nuestra localidad.”

Como Gabriel Deshayes y junto a él, quiero contribuir a paliar y - sobre todo - a prevenir una miseria tan grande. “Impartir instrucción a los niños es una obra eminentemente social” había escrito yo en unas memorias el año 1815. Lo volví a repetir de otra manera en la presentación de los HH. Yves y Allain en 1820 a la gente de Guingamp: “Estos ‘*ignorantillos*’ que os mando, enseñarán a vuestros hijos el admirable secreto de ser buenos cristianos y buenos ciudadanos.”

Es verdad que la instrucción que les damos en Auray y en Saint-Brieuc, es extremadamente rápida y pudiera parecer incluso superficial. Nuestro *noviciado** desarrolla un programa de formación cristiana que trata de proporcionar lo esencial: algunas reglas para aprender a mantener a los niños en orden, algunos principios de cálculo, elementos de lectura y de escritura

y, por descontado, un conocimiento suficiente de la fe católica. Los enviamos a las aldeas con este sencillo bagaje, pensando que lo que les hará ser bien recibidos por la gente serán otras cualidades y otras actitudes suyas: su forma de presencia, su disponibilidad y el ejemplo de su vida.

Estos primeros Hermanos aceptan vivir y enseñar en condiciones materiales, a veces cercanas a la miseria. El H. André Labousse, uno de los primeros Hermanos enviado a Dinan, nos traza este paisaje pintoresco: “El primer invierno que pasamos en el seminario (donde nos quedábamos) fue crudo. Nuestra habitación no tenía estufa. Nos quedábamos, a menudo, en clase, porque estaba más caliente que nuestra diminuta habitación. Muchas veces tenía que correr, saltar o patinar en el patio de la casa parroquial para intentar entrar un poco en calor. Pero con estos ejercicios se desgastaban mucho las albarcas. Para mi asombro me di cuenta de que al cabo de un mes, un par de ellas ya estaba fuera de uso.” ¡Estos principiantes instructores tenían, afortunadamente, la temeridad de la juventud!

¡Tienen un mérito enorme! Los locales donde implantamos nuestras primeras escuelas eran muchas veces locales improvisados. Por ejemplo, en Plérin, a primeros de octubre de 1819, aconsejado por el alcalde, el párroco manda abrir tres ventanas en una cuadra de la casa parroquial para convertirla en clase. Revocamos las paredes, ponemos los asientos y las mesas y esperamos. ¡Y los alumnos empiezan a llegar!

Cuando es posible, en la apertura de una nueva escuela, se ha convenido que el Hermano podía alojarse y comer en la casa parroquial, lo que evitará que esté solo. A las familias que pueden pagar, se les pide una pequeña retribución, para las demás, las clases son gratuitas. Contamos con la generosidad de los feligreses que, dándose cuenta de la pobreza de los Hermanos y las dificultades que encuentran para pagar su pensión al párroco, les ayudan muchas veces dándoles sustanciosas limosnas o trayéndoles alimentos, ropa y ... hasta una

batería de cocina: cucharas, tenedores, platos, vasos y fuentes.

La buena acogida de los Hermanos por la gente me anima a seguir adelante con la obra, en la que veo cada día la mano providencial de Dios. Incluso cuando no vayan cargados de altos saberes, estos jóvenes religiosos se ganan la estima de las familias por su abnegación, por su constancia en el trabajo, por la sencillez de su trato y por sus atenciones con los niños y con los pobres. De todos modos, eso es lo que yo esperaba de ellos.

El año 1822 quedará marcado por un acontecimiento esperanzador: el 1 de mayo, la *Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana* es oficialmente autorizada por el gobierno francés. ¿Por qué este favor, cuando a tantas otras se les ha negado el reconocimiento legal indispensable para ejercer la docencia? Es debido a que, durante la Restauración - el 2 de enero de 1817 - la Cámara de Diputados otorgó la personalidad civil a todos los establecimientos eclesiásticos reconocidos por la ley. Precisión: el sentimiento público era entonces tan hostil a las Órdenes Religiosas, que los once institutos docentes masculinos autorizados entre 1820 y 1830, no lo fueron a título de Congregaciones Religiosas, sino como establecimientos de utilidad pública. Se les consideraba como asociaciones benéficas destinadas a proporcionar maestros de escuela a las parroquias, algo que no conllevaba ninguna atribución de personalidad civil. Por contra, estos Institutos, deberían permanecer bajo la custodia de la "Universidad".

La Autorización que nos es otorgada, reza en estos términos: *"A la Sociedad formada por los Señores de la Mennais y Deshayes, con la finalidad de proporcionar maestros a las escuelas primarias de los departamentos que forman la antigua provincia de Bretaña y designada con el nombre de Congregación de la Instrucción Cristiana, se le autoriza como asociación caritativa en favor de la instrucción primaria. Se atenderá a las leyes y reglamentos relativos a la*

instrucción pública en lo que concierne a la obligación impuesta a todos los docentes de primaria de obtener, del Rector de la Academia, allí donde decidan ejercer, el diploma de capacitación y la autorización necesarias. El diploma de capacitación se entregará a cada Hermano de la Instrucción Cristiana después de examinada la carta personal de obediencia que el Superior General de la citada Sociedad, le haya entregado.”

Soy consciente de que a algunos Hermanos les queda todavía trabajo para alcanzar el nivel de instrucción requerido y obtener estos indispensables diplomas, pero cuento con su buena voluntad de perfeccionar sus conocimientos y sus métodos. Allí donde van, siempre son bien recibidos. ¡No es poco!

En el retiro de este año 1822, podemos dar a los Hermanos, la buena noticia de nuestro reconocimiento legal: “Han pasado grandes cosas que han superado nuestras esperanzas. Eso nos hace creer que Dios tiene grandes planes para nosotros. Se nos han concedido los mismos privilegios que a los Hermanos de la Salle, a quienes, desde hace largo tiempo, se les honra y cuya reputación es reconocida por todos.

De ahora en adelante - estoy convencido en lo íntimo de mi alma - ésa será mi misión, dejaré de ejercer como sacerdote de parroquia, como lo había previsto al comienzo de mi vida sacerdotal. Dios me llama a consagrarme por completo al servicio de la juventud de mi tiempo.

¡LA LABOR ES ENORME!

En este mes de mayo de 1821, la parroquia de Auray está triste. Un gran número de feligreses acompañan durante un buen trozo de camino, al sacerdote, el P. Deshayes, que va a Saint-Laurent-sur-Sèvres, una ciudad de la Vendée, donde ha sido elegido Superior General de las Hijas de la Sabiduría y de los Padres de Montfort.

El P. Deshayes me ha dicho que cuenta conmigo, de ahora en adelante, para hacerse cargo de la dirección de nuestra Obra común en Bretaña. En nuestro *Tratado* de junio de 1819, es verdad, ya habíamos previsto esta eventualidad. Este acontecimiento coincide con la decisión de Mgr. de la Romagère de apartarme del cargo de Vicario General de Saint-Brieuc, que - por cierto - me quita un gran peso de encima.

Diez de los que tenía en formación en su casa, van con él. Otros cinco vienen conmigo a Saint-Brieuc. Los cinco restantes, se quedan en Auray bajo la dirección del H. Ambroise. Así, a través de los acontecimientos, se confirma que Dios quiere que me ponga totalmente al servicio de mis "*Hermanitos*" y de sus escuelas.

Su reputación crece día a día. Los sacerdotes de las parroquias y los consejos municipales me piden con insistencia que abra escuelas allí lo antes posible. Para responder a estas demandas, me dedico en cuerpo y alma a formar maestros en los noviciados secundarios y en el central. En los primeros - en los que no tendremos, a decir verdad, más que una presencia pasajera - recibimos algunos chicos con los que profundizamos su vocación y trabajamos su formación intelectual. En los noviciados centrales, los preparamos, rápidamente, para ser un día, maestros de escuela. Sostenido por las ayudas financieras obtenidas de las municipalidades y de las prefecturas, logro abrir algunos centros de formación en

varias ciudades: Quintin, Dinan, Tréguier, Fougères y Josselin.

Los *postulantes** que se presentan proceden de nuestras aldeas bretonas. Se expresan con dificultad en francés. Algunos sólo hablan bretón, pero tienen la suerte de haber sido educados en ambiente cristiano. Saben las oraciones y lo esencial de los artículos de la religión. Les ayudamos a enraizar profundamente su vida espiritual.

De la manera más eficaz que nos es posible, los Hermanos encargados de los novicios les inculcan el saber y la pedagogía indispensable para instruir y catequizar a los niños. Las nueve horas de estudio diarias se emplean en aprender francés, gramática, lectura, escritura, cuentas y aritmética. Empleamos más de dos horas diarias en el estudio del Catecismo: catecismo diocesano y catecismo "*Collot*", destinado a los jóvenes. Durante el tiempo de las comidas - que siempre son en silencio - escuchamos a alguno de nosotros que lee.

De este modo, durante los primeros años de la Congregación, lo único que podemos hacer es ayudar a los Hermanos a que adquieran unos conocimientos mínimos, y la competencia necesaria para que puedan ser aceptados en los pueblos, especialmente por los notables más instruidos. La obligación de dotar a estos maestros del indispensable título nos llevará, por lo tanto, a proporcionarles progresivamente, una cultura más profunda y más amplia. Consecuentemente, su calidad profesional será, día tras día, más reconocida por las autoridades académicas. Entre ellos, surgirán espíritus notablemente dotados, capaces de elevarse a los más altos niveles de la ciencia, a la vez que aprenden a comunicarla a los demás.

Ya sobre el terreno, en las escuelas, los Hermanos más expertos completan la formación de los más jovencitos. Esta manera de ayudarse mutuamente, termina dando frutos. El saber y la experiencia de estos últimos, sobrepasa pronto a los propios tutores.

Con el fin de suscitar vocaciones de Hermanos instructores para nuestras localidades rurales bretonas, no dudo en dar a conocer nuestra Congregación con un impreso ampliamente repartido. Este escrito contiene el texto de la Ordenanza que reconoce oficialmente nuestra Sociedad, un resumen de nuestros Estatutos, una llamada a venir a engrosar nuestras filas, las condiciones de edad y los requisitos de admisión en nuestra casa. Va dirigido a chicos de entre 16 y 25 años, moral y espiritualmente sólidos y que tengan gusto por la educación de los niños. Para mi inmensa satisfacción, me doy cuenta de que muchos sacerdotes, e incluso algunas administraciones, difunden nuestro documento. Así es como el Rector de la Academia de Rennes, el sacerdote Le Priol - con quien por otro lado había tenido algún desacuerdo - me pide que le envíe algunos ejemplares para repartirlos con sabiduría. También trato de divulgar nuestra obra educativa en los periódicos y en especial en "*L'ami de la religion / El amigo de la religión*". Escribo a todos los sacerdotes de las parroquias para que me envíen nuevos estudiantes. Aprovecho también cualquier intervención pública mía para hacer la misma invitación. Todo esto resulta ser un verdadero éxito.

¿Todos los chicos que vienen a nosotros siguen en la Congregación? ¡Claro que no! Algunos, más de la mitad, se retiran. Sólo a la larga - la experiencia lo demuestra - se forma el espíritu de una congregación.

Está claro que los retiros anuales - pienso sobre todo en los primeros, los de 1821, 1822 y 1823 - resultan indispensables para fortalecer esta Sociedad naciente. Todos los años, el P. Deshayes hace lo imposible por participar en estos encuentros espirituales y en su animación. Los 'retiros' representan para los Hermanos un tiempo de prueba bajo todo punto de vista. Vienen andando en pleno verano, y duermen en condiciones precarias, pero salen felices, renovados en las exigencias de sus compromisos, animados a seguir adelante con una obra cada vez más apreciada y admirada por la gente y por las autoridades civiles.

La tarea es inmensa. Sin embargo, la sabiduría

y la realidad nos conducen a avanzar pasito a pasito, como se lo cuento el 21 de octubre de este mismo año al Sr. Obispo de Rennes: “Desde que el rey aprobó mi pequeña Congregación, me piden Hermanos de todas partes y, por no hablar más que de vuestra Diócesis (Ille-et-Vilaine) donde ya hay cuatro, también me han escrito de Saint-Servan, de Dol, de Saint-Méen, de Combourg, de Saint- Méloir, de Melesse, por decir algo. En Côtes-du-Nord y Morbihan las peticiones son todavía más numerosas, aunque, si dispusiera de cien Hermanos no me durarían un mes. Desgraciadamente sólo tengo treinta o cuarenta novicios, de los que la mayoría apenas acaban de empezar, así que no puedo contar más que con ocho o diez Hermanos para enseñar en la clase de primero en este momento o quizá mejor para finales de año.”

De este período me queda el recuerdo de todo el trabajo de mantener la relación con las autoridades administrativas para mantener y multiplicar nuestras escuelas. Tengo que tratar de conciliar bondad y paciencia para lograr el apoyo de las autoridades, incluso con aquellas con las que nunca he tenido las mejores relaciones: el Rector de la Academia, el Gran Maestre de la Universidad, Mgr. Denis Frayssinous, prefectos, alcaldes de ciudades, obispos y párrocos. En la correspondencia con todas estas personas, me impuse siempre la regla del respeto en todo momento a mis interlocutores, utilizar con ellos una exquisita cortesía, recordándoles siempre el objetivo principal que debía guiar nuestra acción, el servicio a la juventud de nuestro país. Sin embargo, nunca me aparto de mi franqueza y mantengo siempre la exactitud en las cuentas. ¡Con frecuencia, tengo que recordar sus promesas y sus compromisos a ciertos administradores! Por eso he recibido con alegría algunas cartas como ésta del 9 de agosto de 1822, firmada por el Gran Maestre de la Universidad: “No tiene Ud. que poner en duda la estima que me inspira su útil Institución. El Consejo Real no está en disposiciones menos favorables respecto de ella.”

Más tarde explicaré al Ministro de Instrucción Pública mi manera de proceder y le expondré el principio de organización de nuestros establecimientos: “Las escuelas aisladas, sin relación entre ellas, están expuestas a ser suspendidas. Si un maestro cae enfermo, se cansa de su trabajo o se retira por el motivo que sea, ¿qué les sucede a los alumnos afectados? ¡Cuánto tiempo se precisa para volver a levantar un establecimiento que se ha dejado caer por motivo semejante! Pues bien, eso no nos pasa nunca a nosotros. Inmediatamente, al saber que una de nuestras escuelas se ve privada momentáneamente del Hermano que la dirige, otro Hermano sale de la casa vecina para remplazarle. Si el caso es urgente, no se espera ni siquiera la orden del Superior. Como hay, relativamente cerca, casas destinadas a servir de centro a las escuelas cercanas, las sustituciones, las supervisiones, los viajes de los Hermanos, en una palabra, las comunicaciones de cualquier tipo entre los Hermanos resultan extremadamente fáciles. En estas casas colocamos normalmente más Hermanos de los necesarios para llevar la escuela concreta del lugar, para que se pueda echar mano de uno, si es necesario, sin que el establecimiento sufra.”

En el transcurso de este mismo año de 1822, aconteció un hecho muy doloroso, la muerte de nuestro primer Hermano, Yves Le Fichant. Se lo hago saber a todos con profundo dolor, encomendando a su recuerdo a este Hermano que estaba dotado de un talento especial para llevar a Dios a sus alumnos, y para comunicarles los sentimientos de los que él mismo tan profundamente estaba animado.

A pesar de las pruebas, ¿cómo no seguir adelante con confianza? Tengo la seguridad de que las obras de Dios no crecen más que en la sombra y que el rocío del cielo, sólo cae durante la noche.

Con este mismo sentimiento, recuerdo a los Hermanos que su calidad personal es más importante que el número. “Nunca será el número la fuerza vuestra Congregación, sino vuestra humildad. ¡Sed humildes,

hijos! Os lo he dicho ya muchas veces y os lo vuelvo a repetir, preferiría tener tres Hermanos profundamente humildes a tener trescientos que no poseyeran el espíritu de su estado.”

EN PARÍS, UNA VALIOSA RED DE RELACIONES

“¡A todos los que vean las presentes líneas, Salud!

Con la presentación de nuestro Capellán Mayor hemos ordenado y ordenamos lo que sigue:

El nombramiento hecho por nuestro Capellán Mayor del sacerdote de la Mennais (Juan María Roberto) antiguo Vicario General de Saint-Brieuc, en las funciones de Vicario General de la Gran Capellanía, remplazando al sacerdote Feutrier, se ha decidido, ...”

Este comunicado, que me sorprendió, estaba firmado por el rey Louis XVIII. Data del 9 de noviembre de 1822. Me veo, es verdad, liberado de mi función de Vicario General de Mgr. de la Romagère, pero ¿tengo que recibir esta misión imprevista como una llamada a servir a la Iglesia - en particular a la Iglesia de Francia - de manera diferente? Si la acepto, será para apoyar con firmeza al que llaman el Gran Capellán *De Croÿ*. Pero tendré que residir en París, muy lejos de mis Hermanos y de mis Hermanas. Doy mi consentimiento, prometiéndome no perder los lazos ni con ellos ni con ellas y exponiendo mis condiciones: que se me permita viajar a Bretaña dos veces al año y que mis vacaciones duren un mes.

El 22 de noviembre, tomo la diligencia, en dirección a la capital, expectante de lo que allí me aguarda. Me acogen durante algunos días en la Residencia de las Feuillantines, al final de la calle ciega del mismo nombre, a corta distancia de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. En este hogar, personas generosas, las señoritas de Lucinière, de Villiers y de Trémereuc, llevan un internado con unas cincuenta chicas huérfanas. Me acogen y me reciben en su casa con

inmensa simpatía y con detalles de “amorosas madres de familia”. Viendo que mi sotana y mis zapatos no van a juego con la alta función que acaba de encomendárseme, hacen todo lo que está en sus manos para recurrir a un sastre, a un sombrerero y a un zapatero para convertirme, en unas pocas horas, en un hombre nuevo. ¡No han escaseado risas luego, recordando esta metamorfosis!

Desde entonces mantendré una correspondencia regular con estas personas, sobre todo, con la señorita de Lucinière, a quien podré confiar ya siempre mis penas, seguro de su perfecta comprensión y de su discreción total. Formará parte de mis relaciones más queridas y más reconfortantes.

En la Gran Capellanía, sita en el edificio d’Etampes, calle Saint-Honoré, y luego en el N° 2 de la calle Bourbon, se abordan todos los asuntos importantes de la Iglesia de Francia. Entre ellos, hay uno que cuenta sin duda más que todos los demás, el nombramiento de los obispos. Otra tarea delicada: la atribución, a personas dignas y competentes, de las responsabilidades en el ejército, en la corte, en las administraciones diocesanas, en los colegios y en las universidades. También nos toca a veces, solucionar los conflictos que pueden suscitarse entre los miembros del clero o entre el clero y la Administración. Estudiamos las peticiones de ayuda que provienen de personas o asociaciones con dificultades financieras. Examinamos los informes de admisión de los candidatos a la dirección de tal o cual comunidad religiosa. Y también, una tarea no despreciable, necesitamos prever la programación de las ceremonias oficiales a las que estoy obligado a asistir.

El Capellán Mayor me ofrece toda su confianza. Mi responsabilidad requiere mucho tacto. Exige a la vez, respetar a las personas y mantener firme la verdad. Así, por ejemplo, tengo que saber decir a alguien ambicioso que no vale para el cargo que pide y, al contrario, insistir a un prelado o a determinado sacerdote para que acepte una responsabilidad mayor en el servicio de la Iglesia, por ejemplo, ser obispo de una

diócesis vacante. En todos mis trámites y en mi correspondencia, trato de no olvidar nunca el bien general de la Iglesia.

Ya que ése es mi principal cometido, hago todo lo que está en mis manos para que se nombren obispos más jóvenes, animados del espíritu de los Padres de la Iglesia, como S. Ambrosio, S. Hilario, ... pastores, en una palabra, alejados de todo tipo de vida mundana y completamente entregados a su pueblo. De esta forma creo que he contribuido a la elección de una cuarentena de ellos. Mas adelante, yo mismo rechazaré ser nombrado obispo de Quimper, como escribiré, en tono jocoso, al querido sacerdote Kermoalquin: “Querido amigo, date cuenta de la edad que tengo, de mi nombre, de mi carácter ultracéltico que todos conocen, mi posición tan complicada, y no pienses que eso vaya a cambiar. Demasiados obstáculos de todas clases, gracias a Dios, lo dificultan y me ponen al abrigo de verme condenado a ser obispo. Apaga de un soplido esos turbios sueños tuyos y déjame seguir en paz con mi abecedario. Quiero seguir siendo el *‘Juanito’* de siempre y todo el que bien me quiera, no debe desearme otra cosa.”

Esta estancia en París, tan bien cumplida, es rica en lecciones que completan mi experiencia. Mis cargos me llevan a entablar relación muy próxima con los miembros del Gobierno y con los ministros del rey. Es un universo cuyas preocupaciones y costumbres muy mundanas, quedan muy lejos de las mías. Sigo prefiriendo lo sencillo, lo natural, lo franco, sin cálculos de por medio. También descubro la realidad de la Iglesia, con sus bondades y sus miserias, con su santidad y sus infidelidades, con sus grandezas y sus ruindades, pero sin perder nunca la seguridad de que Dios actúa en el mundo.

Nunca faltan trabajos, la tarea es pesada y exigente. Sin embargo, no me desagrada, me gustan los retos. Me confío a mi amigo Querret: “No te puedes hacer idea del estado en el que he encontrado los asuntos que tengo que administrar. Me hará falta mucho tiempo

para poner orden. Por lo demás, en ese aspecto, me siento contento porque veo el bien que está por hacer y que espero llevar a cabo.”

También puedo confiarle mi presentimiento de que “las personas relacionadas con el ministerio actual son los enemigos más peligrosos que jamás hayan tenido la religión y la monarquía.” Efectivamente, este tiempo que vivo en la capital, me abre los ojos a una irreligiosidad profunda, notoria no sólo entre los políticos, sino todavía más y, sobre todo, en el medio universitario. ¿Cómo no sentirse herido? ¿Se da cuenta el clero de esta situación? No estoy muy seguro. ¡Ojalá que el Gran Maestre de la Universidad, Frayssinous, este orador que Féli y yo habíamos escuchado y admirado algunos años antes, pueda darse cuenta de lo que está pasando en el mundo estudiantil! Muchos de estos jóvenes ignoran el verdadero rostro de Cristo y ¡no es seguro que los miembros del clero sepan ayudarles a quererlo, suponiendo que no lo desfiguren! Mi hermano Féli, reacciona vigorosamente contra la manera de ser de estos eclesiásticos tan poco ejemplares, ¡pero le hacen callar!

Así se va desarrollando mi vida parisina, lejos de los míos. Esta ausencia se deja sentir en mí. Confío esta nostalgia al mismo interlocutor de antes: “No soy capaz de ser mejor que lo que soy, pero no sueño más que con la Bretaña, con los niños que he dejado allí, ... Tengo allí todo mi corazón. He pedido un tiempo de descanso para poder volver a Saint-Brieuc.”

Alejado de ellos y de ellas por la distancia, me mantengo - sin embargo - en relación cordial con mis Hermanos y con mis Hermanas de la Providencia. Como habíamos convenido, los Hermanos me escriben con mucha regularidad y yo saco tiempo para contestarles, de ordinario, el domingo. Me interesa muchísimo seguir informado de su vida en las parroquias y en sus escuelas. Le explico al H. Laurent Haudry, director de la casa de Quintin: “Es esencial que sepa a través de ti, todo lo que ocurra en las clases y en la casa que sea de importancia.”

El 20 de marzo de 1824, por orden del ministerio del interior, me veo destituido de mi cargo por haber intervenido en diciembre de 1823 en las elecciones de Saint- Brieuc y de Saint-Malo, contra los candidatos del Gobierno. Los míos son derrotados. Pero yo le confieso mi alivio a mi amigo maluino: “Estate tranquilo, las cosas no están como tú crees, si fuera así, me sentiría demasiado feliz, porque no tengo otro deseo y otra ambición que la de volver lo antes posible a Bretaña y de volver a ser el ‘Juanito’ de antes. Estoy totalmente de acuerdo con los que piensan que yo estaría mejor colocado en Bretaña que aquí, y espero que la Providencia favorezca mi retiro definitivo. Mientras tanto, me siento de maravilla, nunca el Capellán Mayor había estado mejor y más amable conmigo.”

Ya había hecho antes también partícipe de estos sentimientos a Bruté de Rémur: “Es muy sencillo y muy justo que cada uno diga lo que le plazca de mi Asociación de Hermanos. Yo veo con mis ojos y toco con mis manos el bien que hacen, estoy más encantado que nunca. El único pesar que tengo es el de no poder vivir cerca de ellos o ¡mejor! con ellos y como ellos. Sería demasiado feliz, sin duda. Quizá por eso, Dios no lo quiere así. Cuantos más esfuerzos hago para romper los lazos que me unen aquí, tanto más se aprietan.”

Por fin, en septiembre de este año de 1824, puedo regresar a mi provincia. Ya no regresaré a París, nada más que por necesidad. Le cuento a un obispo al que yo había contribuido a su nominación: “Regreso hoy mismo a París. Tengo la intención de pasar allí poco tiempo, porque, me siento más a disgusto allí que nunca.” Por otro lado, mis establecimientos en Bretaña se multiplican rapidísimamente y exigen todos mis cuidados. ¡Qué feliz sería si pudiera regresar junto a mis corderos! Mi hermano (Féli) regresa también para volver a ponerse en La Chesnaie su sombrero de paja y coger de nuevo la pluma: pasaremos juntos unas felices jornadas.”

No obstante, tengo que reconocer que estos

años en París me permitieron entablar numerosas relaciones, que más tarde, me serían de inmenso provecho. Pero de ahora en adelante, para mi gran dicha, viviré siempre con mis Hermanos, y estaré totalmente a su servicio.

LA CASA MADRE, COMO UN MANANTIAL

A la vista del rápido crecimiento de nuestra Congregación, nos es imprescindible encontrar una Casa Madre o una casa principal. Una de las cláusulas del Tratado, que firmé con el P. Deshayes, estipulaba la compra “lo más pronto posible, de una casa central para las dos diócesis (Côtes-du-Nord y Morbihan) que no estuviera demasiado alejada de una ruta principal y en tanto en cuanto fuera posible, en zona rural.” Tenemos que tener la posibilidad de reunir a los Hermanos en un lugar tranquilo, suficientemente aislado, donde se puedan sentir como en su casa. Un sitio donde puedan vivir como en familia. Una casa donde facilitar su formación intelectual, pedagógica y espiritual. Un punto central, desde donde yo pueda salir a visitar nuestras escuelas sin tener que recorrer distancias demasiado largas.

En 1822 convenimos que fuese en Josselin, en Morbihan. Así que compramos en esta ciudad, una propiedad que había pertenecido a las Hijas de la Sabiduría. En 1823, establecemos el Noviciado allí. Sustituye al Noviciado de Saint-Brieuc, donde estamos ya muy apretados, y al de Auray. Pero la casa en la que acabamos de instalarnos resulta ser, muy pronto, inapropiada. No dispone de suficiente espacio y su aspecto es muy austero. Sólo nos quedamos allí un año y medio, ... hay que ir a otro sitio donde disponer de una casa más amplia.

Al año siguiente se nos presenta la ocasión. En 1824, el P. Deshayes se entera de que está en venta, en Ploërmel, una casa y una propiedad que parece que nos conviene. La compra. Su situación geográfica nos parece ideal. Ploërmel es una ciudad pequeña, situada en pleno corazón de Bretaña, puesta bajo el patronazgo de S. Armel, uno de los monjes celtas que evangelizaron

l'Armorique (la Bretaña) en el siglo VI. La gran ventaja que nos ofrece es que allí se cruzan rutas importantes y está abierta a todas las direcciones.

La propiedad que acaba de adquirir el P. Deshayes dispone de un edificio y un terreno que fueron, hasta la Revolución, un convento de Hermanas Ursulinas. La propiedad pertenece actualmente al Sr. Dollé. Pero para disponer de una casa más amplia, haría falta añadir la parte del edificio que pertenece a la municipalidad de Ploërmel, que la alquila para los usos más diversos. Sorpresa: ¡la antigua capilla de las Religiosas la utiliza ahora un panadero local como almacén de leña!

Para adquirir este edificio en su totalidad - o más bien lo que queda de él - el P. Deshayes propone a los mandatarios de la ciudad, un acuerdo: a cambio de la parte que falta de la casa, los Hermanos abrirán en Ploërmel clases que serán gratuitas para la gente de la municipalidad. Parece que aceptaron la oferta. El párroco de Auray, se convierte desde ese momento en el propietario legal de esta gran propiedad. Me la dejará en herencia, por testamento, el 28 de agosto de 1837. Omito relatar todas las negociaciones que precedieron a esta adquisición. No es fácil desalojar sin dificultades ni enfrentamientos a los inquilinos que se sienten como en su propia casa. Yo comparto mi alegría con el Conde de Senff: "Mi terreno mide 14 sementeras (800 áreas), está rodeado de murallas de 18 pies (5,50 m.) de altas y tiene huertas, pradera, fuentes y ruinas. ¡Es fenomenal!"

Estamos ya preparados para ir a vivir allí. El 3 de noviembre de 1824, un ejército en miniatura, compuesto por diez Novicios y tres Hermanos, avanza alegre por el camino que lleva de Josselin a Ploërmel. Algunos carros atestados de muebles, libros, ropa, utensilios de cocina, los acompañan. Van de camino a la que será su Casa Madre.

Les había dicho ya a los Hermanos que - de ahora en adelante - nos íbamos a establecer en una vivienda grande y hermosa, 'un local soberbio', en

términos exactos. Pero, a decir verdad, al llegar, los nuevos inquilinos constatan que la casa se encuentra en un estado más bien lamentable. ¡Ha estado abandonada durante treinta y cuatro años! Tengo que admitir la exactitud de la descripción que hizo de ella el H. Hippolyte: “Los particulares que se habían convertido en propietarios después de la expulsión de las Ursulinas habían sido tan negligentes en la reparación de la paredes, que estaban tan agrietadas que amenazaban ruina inmediata, casi todas. Las habitaciones de la planta baja se parecían más a cuadras y a cuevas que a locales propios para ser habitados por humanos. De todo lo adquirido por los Hermanos, sólo la parte norte - que eran tres salas en total - estaba habitable.” Dos de estas habitaciones servirán, efectivamente, de habitaciones y la tercera de cocina y de comedor. ¡Pobres Hermanos! ¡Qué largo se les debió hacer aquel primer invierno pasado en su nueva residencia! Yo compartí con ellos estas carencias.

También nos enteramos de que no toda la gente del pueblo ve con buenos ojos que se instale en su ciudad, una Comunidad de Hermanos. Doscientos años antes, las Ursulinas se habían enfrentado a la misma oposición por parte de algunos adversarios de la Iglesia. El abogado Le Guével llega incluso a poner una demanda contra nosotros, aunque, gracias a Dios, casi por culpa de este asunto, se convertirá en nuestro amigo y bienhechor.

Desde ahora, despojado de mis responsabilidades en París, puedo consagrarme enteramente al acondicionamiento de nuestra Casa. Las reparaciones se van a llevar acabo muy deprisa, pero salen muy caras. Verdad es que, estoy convencido de que el edificio quedará “magnífico” dentro de pocos años. Pero se hacen necesarios costosos trabajos para hacer habitables los locales. Y ... ¡aquí estoy, convertido en ‘jefe de obras’! Empezamos por los tejados, una de las fachadas más destartaladas hay que tirarla, las paredes y los tabiques tenemos que enjalbegarlos todos, los pisos apolillados hay que cambiarlos todos... ¡Y

todo lo demás está por hacer! La restauración de esta inmensa casa durará mucho y vaciará nuestra muy debilitada hucha: “Mis gastos son excesivos, independientemente del mantenimiento y de la alimentación de 70 Novicios, aun me quedan los 4.000 francos de las reparaciones - la mayoría de ellas inaplazables - que hay que hacer. Al verme privado de - en 1826 - de las ayudas que me concedía el Consejo General Civil, me vi obligado a detener las obras e incluso tuve que vender algunos fondos de Estado, para poder sacar para el pan de mis pobres muchachos.” Después de meses y meses de puesta a punto, esta casa puede, por fin, hacerse acreedora al título de *Casa Madre de los Hermanos*. A partir de ahora podrán reunirse en ella, con alegría, en los ‘retiros anuales’. Se quedarán todos maravillados de los embellecimientos que se irán llevando a cabo año tras año. Hacemos constar nuestro agradecimiento al H. Jacques Guégan, que vendió la totalidad de su patrimonio para entregarnos el dinero resultante - unos 50.000 francos - sin cuyo aporte, no hubiéramos podido acabar estos trabajos.

Ahora toca organizar estos grandes espacios. Pienso, efectivamente, en iniciar Enseñanza Profesional. De ahí la implantación en la Casa Madre, de todos los talleres de oficios para que la Congregación se abasteciese a sí misma. En Ploërmel, disponemos de Hermanos cocineros, Hermanos sastres, de un zapatero, un panadero, jardineros ... También se pueden encontrar talleres de pintura, telares, carpintería, forja, serrería, taller de carruajes y de torneado. Este inmenso conjunto se parece mucho a una colmena en plena actividad. Por la mañana, antes del mediodía, se imparten las clases teóricas de matemáticas, de dibujo y de ciencias y por la tarde, - en los talleres - se llevan a cabo las prácticas de lo aprendido por la mañana. Los novicios aptos para esta formación también se aprovechan de las instalaciones.

Organizo allí una biblioteca. Cuando mis amigos vienen a visitarme a Ploërmel, se la enseño ¡no

sin una pizca de orgullo! Al ver las numerosas estanterías, todos se quedan sorprendidos de la cantidad de libros que las llenan. Admiran la variedad de obras, su calidad, ... y su antigüedad. Se muestran curiosos por saber la forma con la que he logrado juntar este pequeño tesoro. Se sorprenden de encontrar en ella, por ejemplo, un diccionario de sanscrito, una gramática china, un hermoso ejemplar del siglo XVI que contiene las obras de Ronsard. Esta biblioteca encierra igualmente, una ingente colección de los Padres y Doctores de la Iglesia, así como numerosos clásicos griegos y latinos.

A partir de 1846, necesitamos ampliar nuestra casa. Se ha quedado pequeña para acoger al gran número de postulantes y de novicios, que rondan el centenar.

Poco a poco nuestra residencia va tomando un aspecto hermoso. En 1850 un elegante campanario de cincuenta metros de altura dominará el edificio principal de la casa. Tres campanas - bien acopladas - marcarán el ritmo de la nueva vida de nuestra casa.

En 1854, finalizará la construcción de la capilla de estilo gótico, levantada según los planos de uno de nuestros Hermanos, el H. Cyprien. En ella celebraré una primera Misa el 8 de septiembre, día de mi cumpleaños.

Plantamos flores en nuestro jardín y cultivamos nuestro propio huerto. Hemos pintado las marcas y las estacas para juegos de pelota y de bolos, que tanto nos gustan.

Yo vivo con mis Hermanos y como ellos. Como en su misma mesa con sobriedad y sencillez. Los recreos los pasamos juntos.

¡Cuántos amigos han venido a verme a la Casa Madre! Charlando y bromeando con ellos, me gusta dar una vuelta por el largo paseo bordeado de árboles que recorre los jardines de parte a parte. Nos paramos a ver los talleres, a disfrutar de los jardines en flor, observar las hortalizas o saludar a los Hermanos que encontramos trabajando. Con naturalidad y sencillez, sin dar importancia a la etiqueta. Diputados, antiguos ministros,

escritores, profesores, miembros de la Universidad, sacerdotes amigos, incontables dignatarios eclesiásticos, van viniendo también a descubrir nuestra casa y, a veces, pasar allí unos días de descanso o para recuperar los ánimos. Todos se marchan con nostalgia de lo vivido.

Desde aquí salgo, muchas veces a caballo, o en una berlina, para ir a visitar nuestras escuelas o fundar alguna nueva. Cuando estoy ausente de Ploërmel, me sustituye allí una persona admirable, el sacerdote Ruault, a quien doy cuenta de todos mis negocios y al que encargo misiones cada vez más numerosas y delicadas. A partir de 1831, será mi brazo derecho. Este sacerdote, antiguo director del Colegio de Dol, goza de mi completa confianza. Es discreto, eficaz, de trato agradable y rebosa sabiduría.

¡Cuántas cartas le habré escrito y cuántas no habré recibido de él sobre los más diversos asuntos, y poniéndome al corriente de los acontecimientos cotidianos de la Casa principal!

Desde ahora, mi dirección será “...*por los caminos de Bretaña,*” pero siempre vuelvo con alegría a nuestra Casa Madre, como quien gusta volver a su manantial preferido.

“HERMANOS ¡VENID A NUESTRA CASA!”

“Todos los párrocos quieren tener un Hermano. Lo que me produce gran consuelo, es que en la época del ‘retiro’ (momento durante el cual los Hermanos se juntan en Ploërmel), todos los párrocos me escriben - sin excepción - para pedirme - por favor - que no les quite al Hermano que ya tienen”.

Esto es lo que escribo desde La Chesnaie, el 1 de febrero de 1925, para animar al sacerdote Mazelier, párroco de Valence, que quiere fundar en Drôme una Sociedad de Hermanos parecida a la nuestra. En efecto, después de la Ordenanza de 1822 que autorizó nuestra naciente Congregación, ésta crece rápidamente y logra instalarse tanto en poblaciones importantes como en los pueblos más apartados de Bretaña. Es imposible, sin embargo, satisfacer todas las peticiones que llegan a Ploërmel. ¿Por qué este éxito? Se lo explico a quienes me escriben pidiendo consejo.

Después del período de hostilidad hacia la Religión que hemos vivido, la gente entiende, cada vez más, que “dar instrucción a los niños es una función eminentemente social. Al pueblo francés le ha faltado experimentar que, sin moral, uno no es ni hombre, ni ciudadano.” Estoy convencido de que “la Religión es el sostén de la pequeña y de la gran familia, que sobre este edificio social es sobre el que se apoya todo el cuerpo social, que en medio de las sacudidas y movimientos bruscos a los que, a todas las edades, está expuesto, mientras se apoye en estos cimientos como una bóveda se apoya en su clave, resistirá y se mantendrá de pie.”

Los Hermanos se ganan la confianza de la gente porque son del mismo país y conocen su mentalidad. Cuando hace falta hablan en su lengua. En 1829, puedo afirmar ante el Ministro de Instrucción Pública: “Mis Hermanos son 200. Dirigen en Bretaña 90 escuelas. Cada día que pasa se aprecia más la labor que

hacen. Su presencia en las parroquias es considerada por toda la gente de bien, como una verdadera obra buena, de manera que, por todas partes, todos se apresuran a conseguir uno. He colocado 39 en los últimos 13 meses. En aquella fecha 12.000 alumnos asistían a nuestras escuelas.

Necesito dejar clara constancia de este crecimiento inesperado, siempre en lucha, sin descanso, contra lo que la gente del país llama “*el embrutecimiento mutuo*”. Hablo, evidentemente, de la escuela que lleva su mismo nombre, escuela que “todos los espíritus normales han rechazado en Francia porque, aunque este método pudiera contribuir a desarrollar rápidamente los espíritus, deja vacío el corazón, por una falsa economía del tiempo que la experiencia universal ha reconocido como necesaria para dar a los niños una educación moral y religiosa.”

Recomiendo a los Hermanos que se inspiren siempre en la *Conducta de las Escuelas* de Juan Bautista de la Salle con – naturalmente - las adaptaciones que reclamen las situaciones en las que se encuentren: “No la seguimos al pie de la letra e incluso tengo en la cabeza escribir otra con un plan similar, pero esto requiere un trabajo largo y difícil. No estamos ahora para ello.”

Muy a menudo, los Hermanos dan las clases en condiciones muy precarias. Hasta la Ley Guizot de 1833, no existían todavía, para la enseñanza Primaria, edificios concebidos y contruidos para servir de escuelas. Cada uno hace lo mejor que puede. Cuando un pueblo contrata a un instructor, se alquila un local para él. Puede ser un granero, una sala de la casa parroquial o una antigua cuadra. Estas aulas, si es que se pueden llamar así, están, la mayoría de las veces, mal iluminadas, son húmedas y malsanas. El mobiliario es el mínimo. En 1825, así es como se presenta una de nuestras escuelas de Côtes-du-Nord, la de Pleudihen: “2 Hermanos, 150 alumnos. Se piensa instalar las clases encima del pasillo cuando dispongamos de medios para hacerlo. Mientras, las daremos en una casa alquilada por

el párroco.” ¡Y tantas otras situaciones similares!

Así que es necesario hacer continuamente los trámites indispensables para poder conseguir que los jóvenes maestros den sus clases en locales convenientes y saludables. En Quintin, por ejemplo, han donado la casa a la Congregación. Yo he comprado una al lado para aumentar el espacio y el jardín. Ese año gasté 3.000 francos en reparaciones. Este establecimiento es muy útil para los que están cerca. En él suelo reunir a 12 o 15 Hermanos, varias veces durante el año.

A pesar de todas las dificultades, nuestras clases se multiplican en los pueblos. Hemos abierto también comedores e internados, para evitar que los niños tengan que recorrer largas distancias al volver a casa durante el invierno, por caminos a duras penas practicables, y “para evitar que paguen pensión en la taberna de algún pueblo, lo que tendría graves inconvenientes para su moral”, como le hago saber en una ocasión al Prefecto de Saint-Brieuc.

Los Hermanos valoran mucho el apoyo que yo les presto para mejorar su estilo de vida y su pedagogía. Hay que ocuparse atentamente de detalles concretos: un techo que reparar, comprar libros, disponer de suficientes plumas de oca y renovarlas, confección indispensable de carteles de lectura y de cálculo, ... No tengo ningún inconveniente en recurrir a las altas esferas para conseguir ayuda, por ejemplo, ante Mgr. Frayssinous, Gran Maestro de la universidad por aquel entonces: “Como estos tableros no están impresos tenemos que mandarlos pintar, eso nos cuesta 100 francos, que es mucho para un instructor que a duras penas vive de lo que gana en la escuela. Lo mismo pasa en las parroquias donde no se puede - por falta de medios - disponer más que de un Hermano. Estoy convencido de que la Imprenta Real se encargaría de ello.” A buen entendedor, ...

No podemos por menos que alegrarnos de los esfuerzos de las municipalidades bienhechoras que intentan hacer un poco más confortables los locales. Ese

es el caso en el pueblo de Ploujean, cerca de Morlaix, donde ejerce el H. Polycarpe: “Estoy contentísimo de que hayan tenido la caridad de ponerle una estufa en su clase durante el invierno. Los niños no pueden trabajar cuando tienen sus manitas heladas.”

Por mi parte, tengo que recorrer la Bretaña entera, para fundar nuevas escuelas y mantener las que ya existen. No hay nada como charlar cara a cara con los párrocos, con los alcaldes de los pueblos o con los dueños de las casas en las que podríamos establecernos. Lo he dicho muchas veces: “Uno no puede explicarse bien si no es de viva voz.”. Por otra parte, para evitar conflictos posteriores, nuestros contratos de instalación, tienen necesariamente que ser precisos, exactamente definidos y conformes a ley.

Lo vi bien claro al intentar fundar en Finisterre. Los prejuicios que tenía en la cabeza el obispo de Quimper sobre mí - ¡me llamo la Mennais y soy hermano de Féli! - cayeron por tierra a partir del momento en que pude charlar directamente con él. En 1824, cuando teníamos en mente instalarnos en Quimper, Mgr. Poulpiquet, me dijo claramente que prefería tratar con los HH. de la Salle, ... le comprendí. Pero tras el éxito de mi escuela de Ploujean, en 1836, su diócesis acogió ampliamente a los HH. de la Instrucción Cristiana en Saint-Pol-de-Léon, en Morlaix, en Plouguerneau y en otros muchos municipios.

Me preocupo muchísimo por estar cerca de mis Hermanos el mayor tiempo posible. Un gran número de ellos empiezan a enseñar desde muy jóvenes. Sólo tienen 16 o 17 años. A penas si sobrepasan la edad de sus alumnos, lo que no deja de tener a veces sus complicaciones. Algunos no poseen la madurez deseable, ni humana ni espiritual. Se hace preciso visitarles regularmente. De ahí mi vida de nómada, que le cuento a la señorita Lucinière: “Voy a verles lo más a menudo que puedo. Acabo de terminar dos meses enteros de viajes con este objeto. Desde Pascua hasta el Corpus, no he parado dos días en el mismo sitio. Mi dirección es ‘por los caminos de Bretaña’. ¡Soy una

persona ambulante!”

Si no me llega el tiempo para visitar todas las escuelas de un sector, pido a los Hermanos de los alrededores que se junten en una escuela central para poder verlos.

Estos desplazamientos continuos a caballo siempre esconden alguna sorpresa. Así le conté al señor Querret un viaje que hice a Finistère un día del mes de mayo: “Llevaba un caballo pequeño, muy manso y bueno para trasladar mi augusta persona, pero yo estaba muy contrariado durante el camino por el mal tiempo que hacía: lluvia, viento, hielo, nieve ... ¡no nos faltaba de nada! Se diría que estuviéramos todavía en pleno crudo invierno. Regresé con salud. Prefiero olvidarme de lo demás.” También me ha tocado montar en los más retorcidos rocines que puede haber en cincuenta leguas a la redonda. ¡Bueno! pero siempre he llegado sano y salvo y os confieso que eso me hace muy feliz.” ¡Gracias a Dios soy un excelente jinete!

Como cada año, durante el mes de agosto o septiembre, los Hermanos, venidos de todas partes, dejan sus escuelas y se ponen en camino hacia Ploërmel. Vienen a pie, por etapas, juntándose con sus cohermanos por el camino. Durante algunos días, asisten a nuestros ‘retiros anuales’. En la Casa Madre se fortalece y refuerza su espíritu de cuerpo. Cuando marchan, lo hacen rebosantes de nuevas energías, felices de ver desarrollarse la obra a la que han consagrado su vida.

A LA ESCUCHA DEL TIEMPO PRESENTE

A partir de 1824, la administración de nuestras escuelas - que se multiplican por toda Bretaña - ocupa todo mi tiempo y me impone las más variadas actividades. Sin embargo, comparto otra inquietud con mi hermano Féli: los considerables progresos logrados en las Ciencias y la difusión por toda Europa de las potentes corrientes filosóficas racionalistas, nos sitúan ante la urgente necesidad de decir a nuestros contemporáneos, que fe y razón no sólo no se oponen, sino que la una ilustra a la otra, porque tienen la misma fuente divina.

Desde hace un siglo, *La Enciclopedia* moldea los espíritus de nuestros contemporáneos. Esta obra monumental de Diderot y de d'Alembert se presenta como una suma de todos los saberes. Lo atestigua el mismo título: *Diccionario razonado de las Ciencias, de las Artes y de los Oficios*. Sus cuidadas ilustraciones, así como los muy numerosos y variados temas que desarrolla, ponen al alcance de todos, una documentación inmensa y la hacen extremadamente popular. Pero nos parece evidente que sus autores y sus numerosos colaboradores rompen con la visión bíblica y cristiana del universo y de la historia: de ahora en adelante, es el hombre el que se coloca en el centro del mundo. Verdad es que estos pensadores - a los que se ha dado en llamar *Filósofos de las Luces* - estaban animados de un deseo de hacer progresar la humanidad, difundiendo ampliamente el saber, sobre todo, a través de la educación. La *Enciclopedia* critica a la religión y en particular a la religión católica de forma insidiosa. No podemos aceptarlo. Ante una amenaza como ésta, sin duda, no basta adoptar una actitud defensiva. Habría que preguntarse cómo difundir mejor la cultura cristiana.

Se trata de otro campo de la religión que, como

a mi hermano Féli, me interesa desde mi juventud, el de un acercamiento más exacto al texto bíblico. Anteriormente, en 1678 y en 1679, un religioso, Richard Simon, había publicado una *Historia crítica del Antiguo y del Nuevo Testamento*, pero la Iglesia no estaba todavía preparada para abordar las Escrituras según esta forma de exégesis*. Ahora bien, en estos momentos, nos parece indispensable que los católicos puedan leer y hacer leer la Biblia como Palabra de Dios, dirigida a la humanidad mediante palabras de hombres.

Constatamos también, tristemente, la incultura religiosa del clero. Les traicionan sus sermones sin alma, reducidos a un moralismo angustioso teñido de jansenismo, sermones sin energía a los que falta el enraizamiento doctrinal y el fervor de los primeros apóstoles. Nos gustaría también que los sacerdotes fueran más cuidadosos con la justicia social, ya que la Iglesia está llamada a tener un importante protagonismo en este campo. Algunas sugerencias de los obispos nos parecen inquietantes: se puede leer en algún Boletín Diocesano ‘que es necesario que haya pobres ¡para que los ricos puedan hacer el bien! ...’

¿Cómo remediar estas graves carencias?
¿Cómo restaurar la esperanza en estos tiempos que nos toca vivir?

¿Cómo no sólo defender a la Iglesia en todos los terrenos en los que es atacada, sino reconciliarla con todos los que, en campos tan diversos como las ciencias, la filosofía y la historia, buscan la verdad? Todas estas preguntas inundan mi alma desde mi *Torrente de ideas vagas*.

La primera respuesta, es una iniciativa de Féli, mi hermano. Gracias a él, en 1824, se inicia en nuestra casa de campo, lo que se conocerá como: “*La Escuela de la Chesnaie*”. Su primer miembro es el sacerdote Gerbet, antiguo capellán del Liceo Enrique IV de París. Alrededor de ellos van a juntarse importantes personalidades como los sacerdotes Rohrbacher, un historiador y Combalot, un orador talentoso, esperando

a Larcordaire, futuro predicador de Notre-Dame de París, Godin, Blanc, Bornet, Jules Morel y Guéranger, futuro abad de Solesmes. También se unen algunos laicos, como los dos Boré, uno de los cuales, Léon, llegará a ser Inspector General de la Universidad y profesor del Colegio de Francia. Su hermano, Eugène, gran especialista en lenguas orientales, será misionero y Superior General de los Lazaristas. A este eminente equipo se unirán también escritores y poetas como Maurice de Guérin.

En este rincón tranquilo, tan favorable al estudio, están a la orden del día todos los dominios del saber: Padres de la Iglesia, lenguas antiguas, lenguas orientales, lenguas europeas, ciencias físicas y música. La Chesnaie se convierte en un hogar de investigación en el que se quisiera unir todos los elementos de una enciclopedia cristiana, para contribuir a una de las misiones de la Iglesia: iluminar a los hombres de buena voluntad.

Participando del mismo espíritu, sensibles a las necesidades de los tiempos, se forma una Asociación de sacerdotes, profesores del Seminario Menor, en 1825, en Saint-Méen-le-Grand, una pequeña ciudad de Ille-et-Vilaine. El obispo de Rennes, Mgr. de Lesquen, me nombra Superior General de esta Comunidad. Feliz de ver a sacerdotes ayudarse mutuamente a desarrollar una sólida cultura cristiana y espiritual, acepto esta responsabilidad suplementaria. Esta Sociedad se denominará *Congregación de los Sacerdotes de Saint-Méen*.

En torno a Rennes, existe también, - bajo la dirección del sacerdote Coëdro -, un equipo de *Misioneros* diocesanos encargados de garantizar las predicaciones en las parroquias. A petición de este último, los dos grupos, el de los Sacerdotes de Saint-Méen y el de los Misioneros se fusionan en una nueva asociación. Me confían la dirección de la misma. Esto me lleva, desde la apertura de su primer '*retiro*', a presentar a sus miembros perspectivas innovadoras: "Somos, les digo, las piedras vivas de una obra que

encierra todas las demás: la educación de la infancia, las misiones, la dirección del seminario, las investigaciones sobre la antigüedad tan poco conocida y que tanto merece ser descubierta, el estudio de las más altas ciencias que llevadas hoy por falsos caminos se han vuelto hostiles a la religión desde que ella misma no las profundiza ni las orienta.”

Estas Asociaciones buscadoras del saber, trazan cada una su propio camino. Fundada hace tres años, la *Escuela de la Chesnaie* progresa en torno a su mentor, Féli. Una veintena de jóvenes se ha acercado a esta mansión. Llevan a cabo un intenso trabajo intelectual bajo la supervisión de Féli y de Gerbet. Durante la mañana, cada cual trabaja en su habitación, salvo los tiempos de clase. Por la tarde, tiene lugar las puestas en común, completadas con las intervenciones, brillantes y proféticas ‘del maestro de la casa’.

Al cabo de tres años, parece que aquí y allá, en La Chesnaie o entre los Sacerdotes de Saint-Méen, se llevan a cabo trabajos complementarios, orientados a un objetivo común. Féli está de acuerdo en proponer a quienes quieran, que se fusionen estos dos grupos, para formar una congregación nueva, atenta al mundo y abierta a las diferentes confesiones religiosas, que contribuirá a la unidad y a la expansión de la Iglesia.

Ve la luz el 9 de septiembre de 1828. La llamaremos, con intención, *Congregación de S. Pedro*. Se fija su sede en Malestroit, en Morbihan. Allí hemos comprado un antiguo convento de las Hermanas Ursulinas. Féli es elegido Superior de la Comunidad. A mí me nombran consejero. Con ello, vemos reunidos a todos estos investigadores, ávidos de saber, lanzarse, en fraternidad, con el entusiasmo de todo comienzo, por los caminos de la ciencia. Le describo esta intensa actividad a un amigo mío: “En Malestroit, se estudia teología, filosofía, griego, hebreo, árabe y la mayor parte de las lenguas vivas. Se les prepara para que puedan hablar y escribir bien, de forma que - acabados los cursos - ellos [los miembros de la asociación] estén preparados para todo [...] Se trata de formar apóstoles capaces de

dialogar en todas las facetas de la cultura y de las civilizaciones. Hay que unir la vida real a la cultura, ser de nuestra época, porque el celo, sin conocimiento de la sociedad en la que uno vive, no es más que una ráfaga pasajera de aire.” ¡Qué hermosa promesa de renovación de la Iglesia!

Desgraciadamente, esta experiencia tan alentadora, va a ser muy corta. A pesar de las muchas llagas que se reabren en mí ante el recuerdo de esta ruptura, debo releer cada paso dado en el proceso, y enfrentarme - a continuación – a las posibles opciones, muy dolorosas, que tendré que tomar.

FÉLI, FÉLI ¿DÓNDE ESTÁS?

“¡Por favor Féli! ¡No publiques eso!” Se lo pido con insistencia a mi hermano. Se trata de una obra titulada “*Palabras de un creyente*”, que verá la luz - a pesar de todo - en 1834. Ahí comenzará la ruptura de Féli con la Iglesia y marcará para mí, el comienzo de un inmenso sufrimiento.

Desde nuestra juventud, los dos habíamos trabajado juntos al servicio de la Iglesia, a la que queríamos a toda costa defender. Queríamos ayudar a la sociedad de nuestro tiempo a progresar según el espíritu del Evangelio. Desde 1830 hasta su muerte en 1854, cuando el desarrollo de nuestras escuelas va a requerir todos mis cuidados y absorber todo mi tiempo, mi corazón se sentirá desgarrado luchando entre el afecto hacia mi hermano y mi amor a la Iglesia. Vuelvo a leerlo, no sin dolor, un dolor más vivo aún porque mi hermano es sacerdote.

El Papa León XII había visto en él un ardiente defensor de la Iglesia: “El Papa ofreció a Féli el birrete cardenalicio, pero a Féli le gustaba más su gorro de paja”, le había confesado yo, en 1824, a una persona que nos conocía muy bien. Otros muchos acontecimientos que han tenido lugar han cambiado el curso de nuestras vidas.

El 16 de octubre de 1830, Féli y sus amigos de la *Escuela de La Chesnaie*, instalada ahora en París, en el Colegio de Juilly, desde septiembre, lanzan un periódico titulado “*L’avenir / El Porvenir*”, cuyo subtítulo muestra claramente su espíritu y su programa: “*Dios y la libertad*”. Defienden en él, con talento, ideas demasiado nuevas para la Iglesia y para la sociedad de nuestro tiempo: la libertad de conciencia, la libertad de prensa, la separación de la Iglesia y el Estado, el derecho a la resistencia activa al poder de la tiranía. Lo habíamos hablado demasiadas veces juntos para no

darme cuenta de la clara inspiración en el Evangelio de estas libertades. Pero, en el momento de ser enunciadas estas tesis, despiertan las sospechas de un cierto número de eclesiásticos y de hombres políticos amenazados en sus privilegios y en su poder. Orquestan una verdadera campaña de calumnias contra Féli y contra Lacordaire. Se incoa un proceso contra ellos. Serán absueltos el 31 de enero de 1831. En noviembre del mismo año, persuadidos de que el Papa Gregorio XVI - sucesor de León XII - los anima a seguir con sus trabajos, Féli, Lacordaire y Montalembert se dirigen a Roma, como *'peregrinos de la libertad'*. Son portadores de un memorial que defiende las tesis desarrolladas en *"El Porvenir"*. El Papa los recibe cortésmente, pero regresan dolidos, ya que a lo largo de la audiencia no se han abordado, en ningún momento, las cuestiones de fondo. ¡Cuál no será su decepción al enterarse - durante el camino de regreso a Francia - de que, en voz de su jefe, la Iglesia desaprueba sus ideas!

Féli recibe, no sin amargura ni sorpresa, el texto de la carta llamada encíclica* titulada *Mirari vos* del 15 de agosto de 1832 en la que se formula la citada condena. Parece someterse, pero yo conozco bien a mi hermano; en el fondo de su corazón, no puede aceptar esta reprobación. Tiene la esperanza de que yo le voy a apoyar, no sólo en su sensibilidad herida, sino también en sus convicciones. Por mi parte, veo, en conciencia, que no puedo más que aceptar el juicio de la Iglesia. Féli espera que yo me posicione. Los sacerdotes de la Diócesis y todos nuestros amigos de Malestroit, lo mismo. Algunos de mis enemigos acechan cada una de mis acciones y cada uno de mis gestos. ¿Cómo testimoniar confianza y afecto a mi desdichado hermano, a la vez que declaro mi fidelidad a la Iglesia? ¿Cómo ayudar a Féli a que siga siendo el servidor apasionado y el defensor conocido de esta Iglesia, como lo ha sido siempre hasta ahora? ¿Cómo evitar lo peor?

Decido hacer saber públicamente que me someto a las decisiones del Papa, a la vez que dejo claras

las diferencias que se imponen para que sea bien entendido el contenido de su encíclica. Se me acusa de haber optado por sutilezas. La desconfianza se extiende hacia mí y hacia la *Congregación de S. Pedro* de la que Féli es el Superior. Algunos de sus discípulos abandonan La Chesnaie. El propio Lacordaire también se va, secretamente, el 11 de diciembre de 1832. Yo comparto estos sufrimientos con mi hermano y voy a verle a ese sitio en donde hemos vivido momentos de tanta dicha. Pero siempre hay alguien vigilando mis idas y venidas y mis palabras son analizadas con lupa.

Durante los meses que siguen, Féli empieza a lamentarse con palabras amargas contra la jerarquía de la Iglesia católica. El Papa reacciona indirectamente a través de un intermediario del arzobispo de Toulouse, Mgr. d'Astros. El 8 de mayo de 1833, este prelado manda publicar un 'breve' en el que se señala claramente a los redactores de "*L'Avenir / El Porvenir*". Para proteger a la Congregación de S. Pedro, amenazada en su existencia, y para calmar los ánimos, Féli decide abandonarla. Sus miembros me confían la nueva carga de su dirección.

Durante un '*retiro de sacerdotes*' - de común acuerdo con mi amigo Coëdro y con el obispo de Rennes - hacemos pública nuestra fidelidad a Gregorio XVI. Enterado de esta toma de posición, Féli se agría más cada día. Tanto como ha defendido a la Iglesia hasta ahora, tanto la injuriará de ahora en adelante. Ni celebra la misa. Se sume en una inmensa tristeza. Me parece verle hundiéndose en la increencia. El obispo de Rennes le suspende '*a divinis*', se le prohíbe confesar a sus jóvenes alumnos y darles la comunión de su propia mano. Apartando de todo así a Féli, piensan, el Obispo el primero, que todo va a volverse paz. ¡Qué poco conocen a mi hermano!

Hasta donde me es posible, yo sigo acercándome a La Chesnaie. Paso allí un día. Trato de consolar a Féli que consiente aún en confiarme su inmenso sufrimiento y sus terribles convulsiones interiores.

El 27 de octubre de 1833, Féli abandona nuestro domicilio para trasladarse a París. Se instala en el nº 108 de la calle Vaugirard. El 11 de noviembre, firma un acta de sumisión absoluta a la encíclica del Papa. Le restituyen sus poderes sacerdotales. ¿Trataba de aliviar mi propio dolor? De hecho, en el fondo de su alma, sigue latiendo su protesta. Regresa La Chesnaie el 11 de abril de 1834. Durante una de mis visitas, me lee algunos extractos, no todos, de un libro del que cada día redacta algunos capítulos. Se trata de poesías, oraciones, ... todo ello escrito en un estilo radiante, pero no puedo escucharle sin inquietarme. En efecto, las páginas que me enseña no van solas. Al lado de algunos himnos al amor, aparecen imprecaciones contra la realeza, contra la jerarquía católica y, como rayos centelleantes, maldiciones de una violencia extrema contra los poderes autoritarios y tiránicos.

De paso por Ploërmel, a finales de 1834, Féli me anuncia que ha decidido publicar esta obra con el título: *Palabras de un creyente*. Había enviado ya el manuscrito a Sainte-Beuve, con el encargo de que lo llevara al impresor. Ange Blaize, cuñado nuestro, trata de retrasar la impresión. “Estoy convencido de que cumplo con mi deber”, le replica Féli.

Ese mismo día, me preparo para salir de viaje. Mi carruaje me espera en las escalinatas de la Casa Madre. Los caballos ya están enjaezados. Féli me pide que vaya a confesarle. Le respondo: “Desgraciadamente no tengo tiempo. Ya lo sabes. Tengo que salir a visitar a los Hermanos. Confiésate con alguno de esos señores. Hasta más tarde.” Pero, durante el viaje, vuelvo a pensar en mi negativa. ¿Por qué no he tenido paciencia para escuchar lo que mi hermano quería decirme? Por la mañana me reúno con él en La Chesnaie. Le suplico, una vez más, que renuncie a publicar su libro. Se resiste y finalmente me informa de la publicación de la obra. Me apresuro a ir a Dinan con una carta ordenando al impresor parisino que detenga el trabajo de impresión. ¡Demasiado tarde! Al día siguiente, los periódicos anuncian - en gruesos titulares - la aparición de

Palabras de un creyente. El libro alcanza un éxito deslumbrante entre la gente. Provoca reacciones virulentas y llenas de odio de sus adversarios.

Presento inmediatamente al obispo de Rennes. Mgr. de Lesquen todo lo que he intentado hacer para impedir la aparición de este libro. En esa carta, le pido únicamente que me consuele en este nuevo sufrimiento. Por desgracia, comete la imprudencia - fatal por su parte - de publicar mi carta en la *Gaceta de Bretaña*. Hago partícipe de mi desolación al sacerdote amigo señor Coëdro: “Es lo más cruel que se podía hacer conmigo y lo más humillante para Féli y para la Iglesia. ¡Señor! ¡No puedo acabar estas letras! ¡Dios mío! ¡Qué pesada es esta vida!” Desde Saint-Brieuc, el 23 de mayo, trato de explicar a Féli “la verdad exacta” sobre esta nota que su destinatario debería haber guardado confidencialmente, y no mostrarla “a las personas que podrían atacar mis establecimientos, ... Han abusado de mi carta, le digo, dándole una publicidad que nunca debió recibir. Estoy desolado. Sufro más de lo que tú podrás sufrir en adelante, estoy seguro. Tengo el corazón roto. Te abrazo con la ternura que sabes.” Féli me responde con mucha dureza.

El 23 de junio de 1834, Roma publica una segunda carta encíclica titulada *Singulari nos* que condena explícitamente la publicación de mi hermano, calificándola de “poco considerable por su tamaño, pero inmensa por su perversidad”. En ella, la autoridad romana también cuestiona la filosofía llamada de “*el sentido común*”, según la cual los problemas filosóficos, morales y religiosos no tienen solución contando con la razón individual (Descartes) sino solamente con la razón general o consentimiento universal. Admitir semejante criterio de verdad, sería hacer entrar en conflicto dos soberanías intelectuales, la del género humano y la de la Iglesia. Féli no esperaba este desacuerdo que viene a juntarse a todo lo anterior. Por lo que a mí respecta, no puedo más que someterme, preguntándome si verdaderamente se había entendido bien su pensamiento, expuesto de manera tan brillante

en el *Ensayo sobre la indiferencia*, obra que había recibido el aplauso universal.

Los orígenes de estos graves conflictos entre el Papa y Féli, no se centran sólo en el contenido de las doctrinas defendidas por el autor del periódico "*L'Avenir / El Porvenir*" y de *Palabras de un creyente*, sino también en las sordas tergiversaciones de algunos religiosos y personajes políticos, puestos en duda por su manera de ejercer el poder y la autoridad, tanto en la Iglesia como en la sociedad.

Cuento mi desolación a la señorita de Lucinière que conoce bien a Féli: "Aunque me limitase al juicio que ha emitido el Soberano Pontífice sobre *Palabras de un creyente*, esta encíclica ha sido para mí un rudo golpe, que ha abierto en mi corazón nuevas heridas ... [...] Una carta tuya produciría en mí - en esta penosa situación - así lo espero, un poco de alegría reconfortante."

Y también yo estoy ahora bajo sospecha. Una vez hecha pública por el Papa la condena de las ideas defendidas por mi hermano, sospechan de mí por no haber tomado una postura suficientemente clara a favor de Roma. Hasta en los periódicos se me acusa de "no haber mostrado, frente los juicios de Roma, más que una hipócrita sumisión." Describo mi dolor a la misma persona, ella comprende perfectamente mi difícil posición: "Si soy hermano, también soy padre y no podría - en conciencia - callarme en semejante circunstancia y dejar a mis numerosos hijos (los Hermanos) dudar de mi fe. ¡Qué duro es todo esto!

Algunos de los mejores amigos que tuve en Saint-Méen y en Malestroit se alejan de mí. Se pide una y otra vez a los miembros de la *Congregación de S. Pedro* que dejen claro, públicamente, su desacuerdo con las ideas de Féli. Esta tensión no podía durar mucho. La Congregación de S. Pedro, desgraciadamente, no sobrevivirá a este conflicto entre Féli y la autoridad romana. Se me parte el corazón. ¡Deseábamos tanto servir a la Iglesia! Y ¡no es fácil tampoco imaginar todo el

trastorno financiero que se me vino encima para llevar a cabo la liquidación de esta sociedad!

De ahora en adelante, mis relaciones con Féli se vuelven cada vez más complicadas y dolorosas. Mi hermano se posiciona - de manera deliberada - a favor de la gente. Comprendo así - no faltaba más - lo que escribe al arzobispo de París: “Me hago uno más del pueblo, me identifico con sus sufrimientos y sus miserias.” ¡Cuántas veces no habíamos hablado de esto! Por eso he fundado yo mis escuelas en nuestras aldeas bretonas, pobres en recursos y en instrucción.

A pesar de todas estas decepciones, creo totalmente en el retorno de Féli a la fe católica. Con este fin, presiono a mis amigos a que hablen con él: la señorita Lucinière, Mgr. de Quélen, arzobispo de París, la señorita de Trémereuc, los sacerdotes Rohrbacher, Noirlieu y Bruté de Rémur, quien, por desgracia, le habla de manera desafortunada intentando darle lecciones. También cuento con un amigo común, el conde de Senfft: “¡Por favor! mi excelente y querido amigo, no le abandone, nunca deja de hablar de vos más que con el respeto más tierno y, muchas veces, le he oído - después de haber recibido vuestras cartas - decir a los que escribía, cosas buenas y consideradas hacia usted, y la gran diferencia de lenguaje que había entre el vuestro - siempre tan reposado, tan lleno de caridad y de dulzura - y las ásperas y secas palabras de otros antiguos amigos, que en lugar de verter aceite y bálsamo en las heridas, las tocaban con sus manos de hierro para desgarrarlas”. Nada de nada. Sigo con el corazón roto.

En 1836, durante una visita en La Chesnaie, sorprende a Féli, que, sin ningún acuerdo previo, está desmontando nuestra biblioteca común con la intención de venderla. Me enfado mucho. Me pongo en medio para intentar salvar la mayoría de las preciadas obras que me pertenecen. ¡Ésa es la última vez que nos vemos! El 27 de mayo, mi hermano deja La Chesnaie para siempre. Se instala en París, en la calle Vaugirard y, más tarde, en el n°28 bis de la calle Rivoli.

En noviembre del mismo año, Féli publica “*Los negocios de Roma*” en el que descarga un violento ataque contra la Iglesia. En 1837, escribe, *El libro del Pueblo*. En 1840 aparece el folleto *El país y el Gobierno*, que le llevará a la cárcel de Sainte-Pélagie durante un año. Le seguirán *Discursos críticos* y, en 1841, *Boceto de una Filosofía*. Para mí, es evidente que mi querido hermano, que ha defendido tan ardorosamente a la Iglesia, ya no cree ni en ella ni en sus dogmas.

En 1840, estuve de paso en París para algunos asuntos. Voy a llamar a la puerta de Féli. Los que velan sobre él me rechazan con brusquedad. Sólo logro dejarle esta nota llena de cariño: “Querido Féli, me marchó de París con el vivo sentimiento de dolor de no haber podido verte. No tenías que haber tenido miedo de que te dijera ni una sola palabra que te hubiera podido hacer daño. Estate seguro de que nada en el mundo podrá jamás alterar mi amistad contigo, de que yo seré siempre - pase lo que pase - tu más tierno y sacrificado amigo.” No recibo ninguna respuesta. Aparentemente, yo ya no significo nada en su vida.

En adelante, con el alma dolorida por esta incurable herida, seguiré adelante con mi obra entre los niños de Francia y allende los mares. Pero ¿cómo podré olvidar hasta qué punto Féli me ha vuelto sensible a los sufrimientos de los pobres?

LUCHA POR LA LIBERTAD

“No me gustan los hermanos la Mennais. Los conozco demasiado, los he visto nacer y crecer”. Esto lo dice el presidente del Comité de la región de Ploërmel, el año 1830. Una diatriba semejante sale también del Consejo General de Côtes-du-Nord haciéndose eco de ella: “Esta corporación podría intentar socavar al gobierno establecido y al bien del Estado.” Todo claro ¿no?

El período que corresponde a la Monarquía de julio (1830- 1848) fue, efectivamente, un período de combate de los más duros de mi vida, en favor de la libertad de enseñanza. Tuvimos que plantar cara a todos estos ataques y golpes inesperados.

Durante estos años, constantes juegos políticos sucios vienen a unirse a las preocupaciones ocasionadas por la disolución de la Congregación de S. Pedro y a los sufrimientos causados por los enredos de mi hermano Féli con Roma. En lo que respecta al envío de Hermanos a las Misiones lejanas, no se llevará a cabo sin consecuencias en la organización de las escuelas de Bretaña.

Reclamado en todos los frentes, y frecuentemente atacado, sigo convencido de que “si la impiedad logra hacerse con la educación del pueblo, será el fin de la religión, incluso en las regiones donde la fe y las antiguas costumbres permanecen mejor conservadas.” Este temor se lo confieso en 1831, al sacerdote Verdalle, también él, preocupado por la educación de la juventud.

Para actuar eficazmente, me parece indispensable asociar a los sacerdotes de las parroquias al ardiente deseo que me anima: “¡salvar a los pequeños a los que Jesús abrazó y bendijo!” Por eso,

respondiendo a sus peticiones, hago todo lo que está en mis manos para multiplicar las escuelas, hasta en las más insignificantes aldeas de Bretaña, ¡luchando contra viento y marea!

Imposible lograr este objetivo si no se dan determinadas condiciones, siendo evidentemente la primera, la de disponer de la libertad requerida para organizar las escuelas, para nombrar religiosos aptos para dirigirlos y para poder cambiarlos sin trabas administrativas.

Revindico poder actuar, no sólo sin impedimentos, ¡sino con flexibilidad y posibilidad de adaptación! Escribo en mis memorias: “Nuestro sistema de enseñanza tiene el mérito de no ser absoluto, por lo que podemos impartir cualquier tipo de clase y de todos los modos pensables: individual, simultáneo, mutuo... dependiendo de las necesidades de las localidades.” Esta presentación la desarrollo, este mismo año, en el análisis de *La Enseñanza Primaria en Bretaña*: “¿Quieren los padres que sus hijos sean instruidos gratuitamente? ¡Aceptado! ¿Quieren llevarlos a una escuela de pago? ¡Aceptado también! ¿Quieren que trabajen por la mañana en casa y que vayan a la escuela por la tarde? ¡De acuerdo! A cualquier petición que se nos formule, respondemos siempre: ¡Bien! ¡Concedido! ¿Cómo no van a tener éxito, así, nuestras escuelas?”

Ante todo, mi empeño es ¡que se respete el deseo de las familias! Deseo, pues, que puedan existir las dos clases de escuelas: las del gobierno y las escuelas cristianas. No tengo ningún inconveniente - al contrario - que nazca entre ellas una cierta rivalidad estimulante entre las unas y las otras de las que ambas puedan beneficiarse. Pero ‘a los árboles se les juzga por sus frutos’; si las escuelas de los Hermanos atraen a más niños y vacían la escuela pública, ... que el Gobierno y los señores inspectores ¡aprendan la lección! Ya lo escribí en su momento, en 1832, en una nota al Barón de Sivry, diputado de Morbihan: “Sería de desear que, se favorezca una sana rivalidad entre los maestros, sean quienes sean; es el único medio para lograr que los haya

buenos y de extender y hacer que florezca una mejor instrucción. El monopolio mata, la libertad vivifica y fecunda todo a su alrededor”

Durante este mismo año 1832, esta preciosa libertad la recibimos de una persona con la que yo tendré una gran amistad y un agradecimiento no menor, el protestante Sr. Guizot, Ministro de Instrucción Pública. Este humanista se declara partidario de una amplia difusión de la enseñanza popular y hará todo lo posible para organizarla en los pueblos de Francia. Desea que esta enseñanza pueda llegar a todos los ámbitos y que se ajuste a las necesidades reales de la población. No excluye la religión ¡al contrario! No puedo más que suscribir el ideal que él mismo expresa: “Es necesario – dice - que la educación popular se imparta y llegue en medio de una atmósfera religiosa, que las actitudes y costumbres religiosas la penetren por todos sus costados. La religión no es una asignatura o un ejercicio escolar al que se le señala un lugar y una hora, es una fe, una ley que debe dejarse sentir constantemente y en todas partes.”

Tengo la oportunidad de reunirme con este ministro el 13 de octubre de 1833, en París. Me recibe cordialmente y me promete su apoyo. Quiere garantizar la libertad de las asociaciones religiosas y además desea favorecer su desarrollo, considerando que son - cito sus palabras - “los más honrados colaboradores y los auxiliares más seguros que, en medio de este esfuerzo por la educación popular, puede encontrar el poder civil.”

Sin embargo, me quejo a la señorita Lucinière: “siempre me ponen trabas, se atacan estos establecimientos por todos los medios, cada vez con más insidia [...] la *Señora Universidad* se desvive - más que nunca - por proteger a sus hijos y por no permitir que nadie le robe ni uno solo” ¿De dónde proviene esta *persecución* - no es una palabra demasiado fuerte en absoluto - que los Hermanos padecen durante este difícil periodo?

Lo atribuyo, fundamentalmente, al liberalismo volteriano profesado por la burguesía. La Revolución de 1830 se hizo, a la vez, contra el rey y contra la Iglesia. Los notables del régimen predominan en los Consejos Municipales y en los Comités de Circunscripción de la Enseñanza Primaria que conceden o niegan su consentimiento a los maestros de las escuelas. El de Brest, expresa sin lugar a equívoco, su animosidad hacia nosotros: “Confiar la enseñanza a los ‘congregacionistas’ es conceder al clero la desafortunada influencia de la que abusaron durante la Restauración, que ha dado tan amargos frutos. El Consejo debe pues, preservar al país de una invasión cuyos peligros son tan grandes.”

Por otra parte, el éxito de nuestras clases provoca en nuestros adversarios, la más punzante envidia, más o menos abiertamente confesada. Así, un Inspector de Finisterre confiesa sin ambages: “Creo que el Sr. de la Mennais quiere hacerse el dueño de las mejores parroquias para colocar en ellas a sus Hermanos, y hacer caer las escuelas laicas, para eliminar la competencia. Los eclesiásticos favorecen a los Hermanos esperando que ejerzan su influencia sobre la gente como ellos quieren, porque parece que el clero tiene miedo a los efectos de la instrucción impartida por instructores laicos y, sobre todo, por los alumnos de la escuela normal”. Llegamos hasta que esta hostilidad se exteriorice con violencia y pasión. ¿Un ejemplo? El alcalde de Guingamp, favorable a los Hermanos, que después de la Revolución de 1830, declara a su Consejo: “Por mucho que os empeñéis, no vais a conseguir echar a los Hermanos” y - seguidamente -escucha la réplica de un consejero: “¡Pues los mataremos de hambre!”

La oposición a la Congregación y su obra - hablan de ella como de la “*invasión del Sr. de la Mennais*” - se reviste de ropajes más sutiles. Empieza por las zancadillas administrativas. Obligan a todos los Hermanos a obtener el mismo nivel de estudios, la posesión del *certificado de idoneidad de primer grado*, fueren cuales fueren los niveles en los que tuvieran que

impartir clase a los niños. Sin embargo, no todos son capaces de obtener ese diploma, lo que no les aparta de saber enseñar admirablemente la lectura, la escritura y el cálculo, y - mejor aún - ¡el catecismo! a los niños de las aldeas. No me queda más remedio que quejarme al Ministro del extremo rigor que se emplea con los Hermanos que se presentan a los exámenes y le pido, en aras del realismo, que rebaje las exigencias de estas pruebas. Denuncio así mismo la parcialidad de los examinadores. Por otra parte, cuando quiero cambiarles de parroquia, me veo obligado a solicitar una carta de *permiso de traslado (exeat)**, documento que no logro que me sea facilitado por ningún Comité de Circunscripción.

Si por petición de los padres me propongo abrir una escuela en alguna parte, como en Loudéac por ejemplo, se retrasa voluntariamente y durante largos meses la entrega de los documentos requeridos. Sucede en muchos municipios, hasta el de Ploërmel quiere imponer un impuesto al H, Hippolyte Morin que ... ¡no cobra nada por su trabajo!

¡Cuántos rompederos de cabeza para obtener los indispensables *certificados de moralidad* para poder enseñar en el municipio! Por ejemplo, el alcalde de nuestra ciudad de Ploërmel, rechaza entregar a este mismo Hermano dicho certificado, bajo pretexto de que ¡no le conoce personalmente! Revela con ello su evidente mala fe, dada la excelente reputación de este religioso en la ciudad. Esta mezquindad significará para mí una correspondencia de varios meses a la que pondré fin, invitando a este elemento municipal a que “venga a vivir con nosotros, a nuestra casa y a seguir los ejercicios de nuestro Noviciado para que conozca *‘personalmente’* a cada uno de los que se forman allí.”

A estas preocupaciones diarias hay que añadir las innumerables artimañas financieras. En Lamballe, por ejemplo, los Hermanos ven que el Consejo Municipal, que no tiene ojos más que para la *enseñanza mutua*, les retira el salario. No tienen otra cosa de qué vivir que la contribución aleatoria de las familias y de

las limosnas. El director, el H. Gervais, se queda sin saber de dónde les llegará mañana la comida del mediodía.

Otros adversarios utilizan la calumnia y los falsos testimonios. A ese tipo de proceder recurre en 1831 el Consejo Municipal de Vitré, para justificar el cierre de la escuela de los Hermanos. Se lo hago saber al Ministro: “El Consejo Municipal había abierto una escuela de Primaria que estaba casi vacía. Para llenarla, pensó que no había nada mejor que destruir la escuela rival.” ¿Cómo? Acusando falsamente a los Hermanos de que recurrían a castigos inaceptables.

¿La exigencia más complicada? Obtener *autorizaciones provisionales* para enseñar. ¡Qué esfuerzos ante las autoridades académicas para conseguir que muchas escuelas sobrevivan! Efectivamente, me es imposible conseguir en todas partes maestros titulados, sobre todo a partir del momento en el que, para responder a las peticiones del gobierno, acepté enviar Hermanos a las colonias. ¡Cuántas cartas no tendré que escribir a este respecto, a las más altas instancias ministeriales para pedirles que se muestren un poco más conciliadores con nosotros, habida cuenta de todo lo que estábamos haciendo por Francia y por sus lejanos dominios.

A veces necesito recurrir a una autoridad superior para hacer que el Rector de la Academia ceda. En París, en marzo de 1842, donde acabo de tener un encuentro con el Ministro, cuento un hecho parecido al sacerdote Ruault: “El Ministro se ha hecho cargo del tema de Malestroit (donde hacía falta nombrar un director para el colegio) y el Diploma de Houët será expedido, pese a la oposición que el Rector de la Academia parece mostrar. Se ve claramente que le impulsa una gran animosidad contra mí.”

A pesar de esta pequeña guerra, “nuestros establecimientos se multiplican con una extrema rapidez. En este momento tenemos 104 escuelas y 155 clases, sin contar las clases nocturnas. Cuatro años más

tarde, le confío al mismo interlocutor: “En este país me abruman con peticiones de escuelas. Sólo he podido abrir nueve en lo que va de año. Ahora bien, ¿qué son nueve escuelas para una provincia en la que se necesitarían otras cien, que no existen?”

Un solo anhelo: que nuestras escuelas vivan en paz con las escuelas públicas. Más aún, sería bueno que naciera entre ellas una beneficiosa competencia, le escribo al Prefecto de Côtes-du-Nord en 1837. Después de haber admitido que se abra en Lamballe “una escuela distinta a la nuestra, que es la más antigua, han querido sembrar competencia, y me felicito por ello, porque albergo la íntima convicción de que una sana rivalidad siempre es buena, cuando no degenera en odiosa rivalidad”.

DIVERSAS INICIATIVAS SOBRE EL TERRENO

“¿Hay una ley que defiende que los padres de familia pongan en común sus limosnas para conseguir a sus hijos un maestro de su libre elección?” Recuerdo haber preguntado con esas palabras al Rector de la Academia de Rennes.

Efectivamente, durante la Monarquía de julio de 1830 a 1838 denuncié, con frecuencia, los ataques más o menos disfrazados, contra la libertad de enseñanza.

La Congregación se alegró de ver promulgada la ley del 28 de junio de 1883, según la cual, todo instructor poseedor del diploma de capacitación y del certificado de moralidad, tiene derecho a abrir una escuela privada sin autorización, ... ¡en principio! En la realidad, - y lo he dicho ya anteriormente - ha habido que defender, palmo a palmo, en continua vigilancia, esta realidad de nuestra existencia y de nuestra acción.

A costa de muchos trámites, hemos podido salvar las escuelas dirigidas por los Hermanos. ¡Ni contar cuántas cartas escritas a los ministros, a los prefectos, a los alcaldes de los pueblos, a los curas de las parroquias ...! para recordarles los términos en que se expresa la ley y - sobre todo - su espíritu, para solicitar su ayuda, para defenderlas de los ataques y ¡de las murmuraciones insidiosas!

¡A veces no tengo más remedio que echar mano de la ironía para sacar adelante mi causa en una asamblea! Me pasó el 15 de febrero de 1834, hice que se leyera en la Cámara una carta en la que yo trataba de “*Reverendo Padre*” a uno de los adversarios más ariscos, un tal Salverte. La asamblea, sorprendida, estalló en risotadas de mofa. Este incidente, logró dar a conocer nuestra obra más allá de Bretaña.

A un diputado de Côtes-du-Nord, llamado Glais-Bizoin, envidioso del éxito de los Hermanos, tuve

que recordarle el más simple sentido común: “Mis Hermanos - hasta ahora - han vivido en paz con sus rivales. No buscan triunfar sobre nadie, sólo quieren enseñar lo mejor posible y ahorrar más a los ayuntamientos que otros instructores. La verdad es que, me extraña oír hablar de “*monopolio*” porque haya abierto ciento treinta escuelas en una región en la que se necesitan mil doscientas. Le quedan a disposición del señor Glais-Bizoin, mil ciento setenta ¿no es número suficiente para Ud.?”

De nada sirve quedarse de brazos cruzados. Hay que responder a las necesidades de los tiempos con realismo, ayudando todo lo que se pueda a la gente.

Siempre que se puede, al contrario de lo que pasa en la escuela mutua, pido que se divida la escuela en varias secciones para que sean menos numerosas y - sobre todo - que sean respetadas las capacidades y los niveles de unos y otros. La enseñanza individualizada* hace perder mucho tiempo. La *enseñanza mutua** no permite que los niños fijen la atención. Es necesario dar prioridad a la *enseñanza simultánea**. Se lo explico al señor Guizot: en mis clases divididas en secciones, “hacen progresos más rápidos que en ninguna de las otras, porque están trabajando continuamente y porque reciben la enseñanza directamente del maestro” y no de los monitores, como pasa en la escuela mutua.

Los internados rurales me han parecido indispensables siempre. El H. Sebastien, director de Callac, también cae en la cuenta: “Al ser las poblaciones tan grandes - me escribe - los agricultores alejados, e incluso los de los pueblos vecinos, no podrían enviar a sus hijos a la escuela si no dispusieran de un internado.” Los *internados de las ciudades* cuentan también, de ordinario, con media-pensión, que sólo ofrece la comida del mediodía en el comedor.

También ayudamos a las familias y a los alumnos de otra manera: mediante una contribución mínima, acogemos a los niños externos durante todo el día, desde las 07:00 o 07:30 hasta las 07:00 de la tarde,

salvo durante la hora de la comida del mediodía. Estos alumnos, como los internos, tienen tres horas de estudio vigilado cada día y para hacer la tarea disponen de un maestro. También se les enseña geografía e historia y se les da clase de dibujo - éstas son de pago - por unos 2 francos al mes. ¡Magnífico recurso financiero para la formación de los novicios de Ploërmel!

Animado por el éxito de nuestras escuelas primarias, me parece indispensable ampliar la formación de los chicos, sobre todo la de los de clase media, y empezar por convencer a los padres. Expongo este proyecto durante una distribución de premios en Dinan: “Cuando los chicos alcanzan la edad entre los once y los trece años y ya saben leer, escribir y calcular, podemos llegar a pensar que su educación primaria ha acabado, cuando en realidad no ha hecho más que empezar. Rápidamente comienzan a trabajar en un taller donde nunca pasarán de ser unos obreros mediocres, mientras que, con la ayuda de las matemáticas, llegarían a ser obreros cualificados. La práctica vale poco y no cuesta mucho adquirirla, cuando ya se posee - de antemano - la teoría del oficio que uno quiere ejercer.”

Ahí nace mi proyecto de *Escuelas Primarias Superiores* en las que se enseñará álgebra, geometría, trigonometría, historia y geografía. Todo esto, evidentemente, ¡requiere tiempo, competencia y financiación! Estas escuelas ven la luz en Saint-Servan, Malestroit y Dinan a pesar de la incomprensión de ciertas familias que no llegan a entender su utilidad. ¡Y también a pesar de los obstáculos de la Universidad!

La organización de *Cursos de Adultos* encuentra menos trabas. ¡Todo lo contrario! El propio Sr. ministro Guizot, ha caído en la cuenta de su urgente necesidad: “Sin mucho tardar - escribe a los Prefectos el año 1833 - las escuelas de adultos serán indispensables en muchos lugares, sobre todo, donde la industria acumula un gran número de obreros que sienten la importancia de los conocimientos elementales y la necesidad de adquirirlos.” Su sucesor, el Sr. Pelet, fija las normas. Ya antes de la aparición de este reglamento

busco la forma de responder a las peticiones que me llegan con fuerza desde muchos lugares. A partir del invierno de 1830 comienza a funcionar uno de estos *cursos de adultos* en nuestra escuela de Saint-Servan. Lo presento así: “La clase de la tarde, formada exclusivamente por 70 u 80 obreros de edades comprendidas entre los 15 y 30 años, está enteramente consagrada a la enseñanza de la escritura, la ortografía y los números” a lo que se añade “la enseñanza del dibujo lineal y de la geometría.”

Estas clases atraen también a las gentes del mar. En la costa, en Cancale por ejemplo, 70 jóvenes - y este número seguirá aumentando - las siguen con aprovechamiento. Esta afluencia confirma que es oportuno proponer a la gente del mar una formación adaptada. Efectivamente, la ignorancia en matemáticas básicas o cosmografía impide acceder a mejores puestos de trabajo, como maestro de cabotaje o incluso capitán, a lo largo del curso. Sensible a estas necesidades, desde 1832, hago que el Sr. Querret dé clases de *hidrografía* (curso de náutica) a algunos Hermanos, en Pleurtuit, la ciudad donde reside. Así formados, estos Hermanos están en disposición de impartir clases de esta naturaleza en Paimpol, l'Île-aux-Moines, l'Île de Croix y en una docena de localidades más de la costa bretona. Considero que esta iniciativa fue una de las más acertadas y provechosas de este período de fundaciones.

Y ¿qué pasa con las zonas rurales? Viendo el estado de las granjas de Bretaña, me doy cuenta de que casi por todas partes, la agricultura y la cría de ganado, están congelados en la rutina. Pero yo conozco las costumbres de los aldeanos de mi tierra, no bastará con hablarles para convencerlos de que cambien sus prácticas, es mejor poner ante sus ojos los resultados obtenidos con la puesta en marcha de nuevos métodos y maquinaria adaptada. En 1832, se lo hago saber al Ministro de Comercio:

“Señor Ministro,

He abierto en Bretaña un gran número de

escuelas primarias, en las que ya cerca de 180.000 niños han aprendido a leer, a escribir y a calcular. Ahora estoy preparando un establecimiento en el que acogeré un buen número de niños vagabundos o abandonados por sus padres o fichados por la justicia por faltas menores. Quisiera poder ofrecerles una formación que les permita integrarse en la sociedad para que puedan vivir del fruto de su trabajo.

Estoy haciendo los trámites para adquirir una antigua abadía (la de “El Bon-Repos”) situada a orillas del río Blavet, y ya, una persona caritativa, ha puesto a mi disposición una suma bastante considerable para comenzar mi obra en este lugar. Quisiera no sólo ofrecer a estos niños desatendidos, un asilo donde puedan ser educados cristianamente y a cobijo de las tentaciones de la miseria, sino aprovechar también para extender por Bretaña el conocimiento de los *mejores métodos de agricultura*. Sin embargo, no puedo esperar que un establecimiento de esta índole se pueda sostener por sí mismo de aquí a un cierto número de años, ya que los niños que tengo el proyecto de acoger no podrán pagar nada y hará falta vestirlos y alimentarlos a mi costa, a la espera de que lleguen a poder ganar algo.”

Este proyecto no llega a buen puerto. Sin embargo, me alegra mucho ver que mi amigo de Clézieux tiene la misma iniciativa en Saint Ilan, cerca de Saint-Brieuc, en 1843.

Nos queda la Enseñanza de las *Artes Industriales*. Me encanta contarle mis logros concretos a un gran amigo, el Sr. Rendu, un hombre de amplias miras, relacionado con el Ministerio de Industria Pública: “En Ploërmel, tenemos serrería, taller para carros, carpintería, zapatería, etc. Nuestros obreros son hábiles y capaces de formar a otros. Recibimos en casa a algunos jóvenes, les proporcionamos una salida y, al salir de esta especie de escuela de aprendices, ganan más que sus propios instructores, porque están mejor formados.” En 1838, puedo anunciar - no sin cierto orgullo - a una persona amiga: “No sabes que soy fabricante de carruajes. Mis Hermanos me han hecho un

coche de caballos que todo el mundo admira. Es - de verdad - maravillosamente bueno y demasiado bonito para un “*ignorantillo*”. Estamos construyendo otros dos que nos han pedido, ¡así de grande es nuestra reputación! y ¡no nos vamos a parar ahí!” [...] “Me gustaría que fuera posible desarrollar una obra tan útil, pero carezco de recursos.”

Encontrar recursos, ésa será siempre una preocupación, pero es el precio de la libertad a la que yo estoy tan apegado.

PARA QUE SE CONVIERTAN EN HOMBRES LIBRES

Estamos en los muelles, al borde de la rada de Brest, una mañanita del 10 de diciembre de 1837. Los marineros han terminado de cargar el velero '*La Girafe*' con destino a La Guadalupe, isla de las Antillas. Tengo a mi lado cinco Hermanos, preparados para embarcar. Van a abrir nuestra primera misión allende los mares. Marchan sin la seguridad de volver a ver las costas bretonas. Me han pedido si les podía confesar por última vez. Los bendigo, ... nos despedimos, ... los abrazo... "El momento de separarme de ellos es muy doloroso", le digo a mi amigo el sacerdote Ruault que me acompañará, de ahora en adelante, en Ploërmel. Es el comienzo de una maravillosa aventura.

Comienza el 11 de agosto de 1836. Ese día, recibo una carta oficial del Almirante Duperré, Ministro de Marina. En nombre del Gobierno, me pide que organice la Enseñanza Primaria en las Antillas, colonia francesa en aquél entonces. Esta misiva me sorprende, pero sin embargo está relacionada con una urgencia que yo había expresado ya en mi *Torrente de ideas vagas*.

Dudo. Efectivamente, enviar Hermanos a las colonias me obligará a despojar varias escuelas de Bretaña de un cierto número de maestros de calidad. En octubre del mismo año, hago partícipe de mis inquietudes a Guizot, Ministro de Instrucción Pública: "¡No he dicho que no, porque esa sería una obra verdaderamente hermosa y santa! Pero tampoco he dicho que sí, porque me hago la pregunta: ¿De dónde sacar personas para responder a tantas necesidades y por qué enviarlos tan lejos cuando somos tan pocos? ¡Ah! ¡Ojalá me ayudaran como me gustaría que lo hicieran!" El Ministro me anima a decir sí: "Nadie - me responde algunos días más tarde - está más convencido que yo, de que todo esto solo mejorará cuando esos desdichados esclavos vivan durante mucho tiempo, en una atmósfera religiosa," ¿Qué puedo hacer?

En Bretaña, el cuidado de las escuelas - cada día más numerosas - acapara mi tiempo. Las peticiones de Hermanos menudean. “Al final del retiro, en el que he reunido a todos hace poco, no me ha quedado ninguno disponible. Si hubiera podido partir en cuatro a cada uno, no hubiera tenido tampoco suficientes para dar respuesta a todas las peticiones.” le escribí al Ministro.

Me tomo un tiempo de reflexión. Como yo nunca he estado en estos lejanos países, pido al Sr. de Saint Hilaire, Director de las Colonias, que me informe en profundidad sobre las condiciones de vida que tendrán mis Hermanos en las Antillas. Le propongo establecer una especie de contrato entre la Administración y la Congregación. Este documento concreta las condiciones de su instalación, los emolumentos para su manutención, la organización de las escuelas, su mantenimiento, la distribución de los religiosos en las islas y los cambios de puestos, atendiendo a las circunstancias y a las necesidades. El Gobierno nos pide, para empezar, que nos encarguemos de la educación de la gente libre, con la idea de que, muy pronto, afrontemos la de los esclavos. Me dieron gran información sobre la miseria de estos hombres y mujeres a los que se les niega su dignidad y a los que se trata de forma vergonzosa. Anunciar el evangelio, es - al mismo tiempo - trabajar por su libertad y anunciarles que Dios los ama. “¡Dios y Libertad!” diría mi hermano Féli.

Hacia finales del año 1836, tomé mi decisión: ¡Doy el sí! Le escribo a mi amigo Rohrbacher: “La Providencia permite que sea el propio gobierno quien, con miras completamente terrenas, nos lleve por este camino de apostolado. ¿No te parece admirable? ¡Qué misión más bonita tenemos por delante!” Se lo digo, aunque de otra manera, al ministro De Salvandy: en este caso se trata de una obra “tan eminentemente social y tan eminentemente cristiana.” En consecuencia, le solicito las ayudas - cada vez más indispensables - para el sostenimiento de las escuelas, tanto ayudas financieras como autorizaciones provisionales para

remplazar a los que van a marchar, por Hermanos que aún no tienen el Diploma de Idoneidad.”

¿A quién comprometer en esta aventura? Le hablo abiertamente al Ministro: “No puedo enviar a las Antillas simples novicios. Tengo que encomendar esta misión a hombres hechos, largamente experimentados y que reúnan cualidades excepcionales. Necesito inspirar al conjunto de mis Hermanos el deseo de ir allí, porque quiero que vayan libremente y con alegría; no puramente por obediencia. Estoy convencido de que serán una multitud los que se presenten.”

Después de la clausura del retiro de 1837, en Ploërmel, presento el proyecto a los Hermanos todavía presentes, unos sesenta: necesitaría cinco personas para abrir una escuela en la Isla de Guadalupe. Con franqueza les presento las dificultades, sin tapujos: el clima, tan diferente del de Bretaña, las posibles enfermedades, la previsible oposición de los colonos, las luchas diarias para permanecer fieles a las exigencias de la vida religiosa, ... ¿Será para siempre? ¡Sí, para siempre! Cincuenta y dos Hermanos me dan inmediatamente su nombre. Escojo cinco de entre ellos.

Algunas semanas más tarde, en noviembre del mismo año, acompaño a estos misioneros hasta Brest, en donde se harán a la mar, provistos de mis instrucciones y fortalecidos con mi confianza en ellos. El 10 de diciembre, cuando los vientos se tornan favorables, iza velas su navío para surcar el inmenso Atlántico. Llegan a las Tierras Bajas, en La Guadalupe, el 7 de febrero siguiente. Su primer correo me informa de que esperaban un recibimiento más caluroso por parte de las autoridades civiles y por parte del clero, de ardor, digamos, más bien mediocre. Por lo que respecta a su alojamiento, lo menos que podemos es decir que era muy básico, apenas lo indispensable. ¡Primera decepción!

¡Las dificultades no han hecho más que comenzar! El H. Antonin, el *Superior de los Hermanos*, no logra mantener la unidad de la Comunidad. En 1838,

una epidemia de fiebre amarilla se abate sobre las Tierras Bajas y se lleva a este Hermano. El clima tropical pesa y debilita incluso los temperamentos más sólidos. El contacto diario con ciertas costumbres demasiado libertinas lleva a los Hermanos a dudar de la fecundidad de su posible labor. Dos Hermanos abandonan la Congregación. Este primer intento en las colonias parece saldarse como fracaso.

¡No importa! Un nuevo contingente de Hermanos embarca en Brest para remplazarlos en La Guadalupe. Dos años más tarde, en 1839, en respuesta a una nueva demanda del Gobierno, otros Hermanos parten para la isla vecina de La Martinica. Bajo sus directrices, las escuelas se reorganizan también allí. En los primeros momentos, como habíamos convenido, se encargan de los hijos de la clase libre, pero deseamos vivamente, poder dirigirnos, pronto, a los esclavos que trabajan en las plantaciones. El propio Ministro de Marina me informa de que “él mismo se va a ocupar activamente de tomar las medidas destinadas a preparar la transformación social que la población esclava de nuestras colonias deberá afrontar en esta época tan oscura.” Los Hermanos esperan poder prestar este servicio.

A las calamidades de los comienzos siguen felices éxitos alentadores. A pesar de la necesidad de ponerse de acuerdo con la Administración para recabar ayudas, la amenaza constante de las epidemias y la pobreza de sus condiciones de vida, los Hermanos se entregan a su tarea con una abnegación y un desinterés que conmueven a la población, atraen su simpatía y les hacen crecer en la estima de todos.

En 1840, decido enviar a las Antillas al hijo de mi corazón: el Hermano Ambroise, un Hermano recto como un pilar, que era, en ese momento, el director del colegio de Tréguier. Le confío la responsabilidad total de la misión. Una vez llegado allí, no deja de emprender la reforma de ciertas prácticas y de recordar con firmeza a los Hermanos, las exigencias de su vida religiosa, cosa que desagrada a algunos de ellos.

Estos años se ven ensombrecidos por otro episodio doloroso. Lo relato no sin dolor. A petición de los Hermanos, que desean tener cerca de ellos, una presencia sacerdotal, envío a las islas a uno de los párrocos de la Casa Madre, al sacerdote Sr. Evain. Por desgracia - para mi gran decepción - este sacerdote se convierte allí en un sembrador de división y un rival del H. Ambroise, al que llega hasta interceptar su correo y el mío. Me ponen al corriente de todas sus maniobras perniciosas y de sus intrigas, mediante una carta recibida en Bretaña. Desenmascarado, el Sr. Evain, se refugia en la isla de la Dominica, donde sigue ejerciendo su ministerio durante algunos años. Morirá en el hospital de Fort-Royal (Fort-de-France). El H. Ambroise sigue en pie, a pesar de todos estos violentos golpes contra él, sale de la prueba reforzado a los ojos de sus Hermanos.

Pero sigue aún viva otra preocupación: la instrucción de los esclavos y su evangelización, con la perspectiva de su cercana emancipación, tan insistentemente reclamada por Victor Schoelcher, defensor a ultranza de esta causa. Los Hermanos pueden contribuir a esta obra tan deseable, mejor que nadie. Los mismos colonos me hacen la petición: “Vuestros religiosos han educado - hasta ahora - a la juventud libre. ¡Muy bien! Pero las circunstancias reclaman más: la instrucción moral y religiosa de los esclavos.” Trasmito esta solicitud al Ministro, que la lee en la Cámara. El 4 de junio de 1845, se vota una ley que prescribe la instrucción de los esclavos. Los Hermanos se convierten entonces, oficialmente, en los misioneros de los esclavos. Una nueva clase, que los colonos deberán sostener - mal que les pese - se abre en cada escuela, para recibir a estas personas a las que se les ha prometido la libertad. Queda aún un paso por dar: será labor de los catequistas.

Entre ellos destacan figuras hermosas como las del H. Arthur y el H. Hyacinthe. Después de sus horas de clase, se dedican al anuncio de la Palabra de Dios en las plantaciones. Desde Ploërmel veo al H. Arturo que, cada día, montado en su mula *Hirondelle* (Golondrina),

va a los campos de caña de azúcar, se pone a la sombra, reúne su auditorio a toque de trompeta y en un criollo - que maneja a la perfección - anuncia a los esclavos que Dios los quiere y les llama a amarle. Este Hermano logró incluso mejorar las condiciones de vida de los esclavos: consigue para ellos, una reducción de las horas de trabajo, una alimentación mejor, suavizar los castigos - inhumanos - que se les infligían. Me entero también - muy contento con ello - de que, en La Guadalupe, el H. Hyacinthe figura en el origen de numerosas conversiones. Su palabra cálida y fraterna llega a los corazones. Le llaman - me han dicho - “el santo de las Tierras-Bajas”.

No me sorprende que se llame a los Hermanos a calmar los motines y las revueltas que nacen inevitablemente en una atmósfera calentada por la perspectiva de una cercana liberación. Así, por ejemplo, el H. Arturo, llamado por el Gobernador, como último recurso, logra evitar un baño de sangre en Fort-Royal, un día en el que - por fin liberados - los esclavos, armados con machetes, bajan a la ciudad, decididos a vengarse de sus antiguos dueños. Cuando el 22 de mayo de 1848, el Director de Interior proclama solemnemente la abolición de la esclavitud, la población muestra a los Hermanos su reconocimiento legítimo, saben bien que han sido ellos - con la ayuda de Dios - quienes han estado presentes en las luchas, en las pruebas y en el combate diario para promover la dignidad humana.

¡Cuántas cartas he intercambiado con los Hermanos, sobre todo con el H. Ambroise, durante los tiempos de fundación! Es verdad que el correo tarda entre uno y dos meses en atravesar el océano Atlántico. Pero, cuando me llegan sus cartas a Ploërmel, las leo y las vuelvo a leer una y otra vez, miro cada detalle de la escritura para intentar oír latir el corazón de mis Hermanos de allá. Les contesto como haría un padre. Puedo testimoniar al H. Ambroise: “Los Hermanos consideran que no les escribo suficientemente a menudo, lo que me pasa también es que no lo puedo hacer más rápido. Han de tener en cuenta que ni una

sola de sus cartas ha dejado de tener mi respuesta.”

Los animo sin descanso. Intento levantar su moral. Les invito a que tengan iniciativa. Intervengo ante la Administración para que sostenga y facilite su labor concediéndoles las ayudas convenientes. Insisto ante ellos para que permanezcan muy unidos, sobre todo en las pruebas por las que atraviesan. ¡Deben adaptarse a un mundo tan diferente al suyo! Hago llegar sus cartas a sus padres y les hago llegar a ellos las que éstos - a su vez - les escriben.

Un detalle nos indica que la labor de los Hermanos es fructuosa: ¡los primeros jóvenes criollos - deseosos de entrar en la Congregación - se presentan en Ploërmel. Llegarán a ser Hermanos con grandes aptitudes. Algunos de ellos serán misioneros a su vez en otros países diferentes del suyo.

DE LOS TRÓPICOS AL ÁRTICO

“No somos cristianos, somos musulmanes. ¿Pueden venir nuestros hijos a su colegio?” ¿Una pregunta insólita? No, esa pregunta se la hacen a nuestros Hermanos que acaban de desembarcar en S. Luis de Senegal.

Mientras los Hermanos se entregan en las Antillas, desde hace dos años, a preparar la emancipación de los esclavos, nos llegan del Gobierno nuevas peticiones para organizar la instrucción en las demás colonias francesas. Sin embargo, es necesario que nuestra misión del Caribe se afirme antes de que yo consienta en enviar Hermanos a África.

En noviembre de 1841 fue cuando el H. Euthyme y el H. Héraclien, un joven nacido en las Antillas, llegan a este continente por primera vez. La correspondencia entre nosotros me revela enseguida que necesitan mi apoyo, recordando a los políticos que han solicitado nuestra ayuda, cuál es el sentido de esta misión.

Tengo que defender a los Hermanos contra una administración demasiado propensa a considerarles como funcionarios disfrazados, una Administración que llega a querer suplantar mi autoridad de superior religioso. Frecuentemente tengo que intervenir ante el Ministro de las Colonias para que corrija estos abusos de poder. Así es como el gobierno de Bouet Villaumez, que acaba de abrir un colegio público, no duda - para garantizarse el éxito - en llevarse los mejores alumnos de los Hermanos, especialmente los más cercanos al H. Euthyme, que le ayudaban en su aula con más de cien chicos. Sin mi consentimiento, el propio Gobernador decide trasladar a este Hermano desde S.Luis a Gorée para impartir clase allí. El Gobernador Faidherbe se toma “la libertad - cito textualmente - de hacerme una observación a propósito de los libros en los que se enseña a leer a los niños senegaleses, como por ejemplo “*Los*

deberes del cristiano". Le replico con respeto - es verdad, pero no sin firmeza - que esa decisión no le corresponde a él tomarla. Me alegra mucho - tengo que confesarlo - saber que los Hermanos, allí, reaccionan de la misma manera y con la misma determinación que su Superior de Ploërmel. Por ejemplo, el H. Étienne: "Señor Gobernador, jamás he hecho voto de obedecer ciegamente a todo el mundo. Los tiempos de la esclavitud han quedado ya atrás."

Los Hermanos de Senegal me preguntan sobre un asunto importante: ¿pueden admitir en sus clases a chicos jóvenes o a adultos de religión musulmana? Efectivamente, son los más numerosos en presentarse a sus puertas. Con alguna reticencia al principio, les prescribo luego lo siguiente: "Si os traen niños no católicos, los podréis recibir en las escuelas, pero con la condición de que cumplan en todo, el orden que tenemos establecido en ellas." Aceptan este principio. Admirados de la entrega del H. Euthyme, las familias musulmanas aceptan que sus propios hijos oigan hablar del Evangelio en la misión. En 1843, un año después de la llegada de los Hermanos, - hecho insólito - veinticinco chicos musulmanes piden el bautismo. Las Hermanas de Anne-Marie Javouhey ven que su acción da los mismos frutos entre las chicas.

Como a los Hermanos de las Antillas, también animo a los de África a que despierten vocaciones religiosas entre los niños y los jóvenes de sus escuelas. Sueño con un equipo de Hermanos que sean capaces de dar clase en *wolof*, la lengua más común del país. También sería necesario preparar a algunos jóvenes africanos para ser Hermanos. Lo que hago es unir a los primeros Hermanos criollos de las Antillas venidos a formarse a Ploërmel, algunos aspirantes senegaleses.

Estos aspirantes a la Vida Religiosa han aceptado venir a nuestra casa, lejos de su país y de sus familias. Trato de ocuparme de ellos como un padre: ¿Que tienen frío? ¿Que pasan hambre? ¿Se les ha proporcionado ropa de invierno? Yo mismo me encargo de comunicar al H. Liguori, joven de las Antillas

colocado en ese momento en Gorée, el fallecimiento de su mamá.

En 1842, otro equipo de Hermanos embarca en Saint-Servan con destino a una región sometida a un clima bien diferente y con otras condiciones de vida: el archipiélago de S. Pedro y Miquelón, al sur de Terranova, un país que yo conocía desde mi infancia por lo que nos contaba nuestro padre. Estos pioneros son los Hermanos: Porphyre, Éphrem, Sérène, Ymas, Jérôme y Yriez-Marie. La humedad y la temperatura glacial no son las dificultades más graves con las que se encuentran cuando ponen pie en tierra en estos inhóspitos lugares, cercanos al Ártico. Se sorprenden de la indisciplina de los alumnos, tan diferentes de los, más bien formales, que recuerdan de Bretaña. Me escriben que algunos de estos chicos visitan las tabernas durante el tiempo de clase, que se disfrazan, que recorren las calles de S. Pedro con máscaras y que no demuestran interés alguno por el estudio. ¡Hasta llegan a entrar en las dependencias de la Comunidad para desvalijarlas!

El desánimo amenaza a los Hermanos hasta tal punto que me piden volver a Francia. Escribo muchas cartas dándoles ánimo. ¡El H. Ephrem lo necesita y mucho! “Sin duda, querido hijo, es doloroso que tus alumnos no aprovechen como debieran de todas las instrucciones que les impartes, pero tu labor no va a caer en el vacío. ¡Ni lo pienses! Más adelante, estos chicos se acordarán de lo que les dijiste un día y ¡lo pondrán en práctica! Reza mucho por esos niños y, si sus padres no apoyan tu trabajo, pide a Dios que multiplique sus gracias en proporción a las necesidades de tus alumnos.”

Un año más tarde, la Congregación llega a otro continente: América del Sur. En 1843, los HH. Louis-Joseph, Timoléon y Vincent de Paul, desembarcan en Cayenne, en las Guayanas, donde, desde 1828, cerca del río Mana, las Hermanas de Anne-Marie Javouhey - conocidas como Hermanas de Cluny - dirigen un pequeño centro agrícola muy próspero. No lejos de allí, se extiende la inmensa selva amazónica. En este

territorio coexisten tres tipos de población: la europea, los esclavos venidos de África y los Galibíes, representantes de la antigua raza indígena. Los Hermanos constatan que la ignorancia religiosa de estos habitantes es inconmensurable.

La escuela que abren nada más llegar, obtiene un éxito inmediato: centenares de alumnos llegan a los locales que se quedan pequeños para acogerlos. Lo mismo que en las otras misiones, tengo que defender a mis Hermanos de ciertos funcionarios más preocupados en dejar notar su poder que en servir al bien común de la población, que es lo que deberían hacer, apoyando la labor de educación a la que se entregan las congregaciones. Es verdad que los maestros laicos, se sienten molestos al ver que les llevan los alumnos.”

La ciudad de Cayenne ya tiene escuela, pero ¿cómo llegar a las zonas rurales? Se me ocurre pensar en la admirable labor de las “*reducciones*”, esas agrupaciones de población - basadas en principios cristianos - organizadas por los jesuitas en el siglo XVII con los Guaraníes de Paraguay. Estos misioneros querían formar al hombre completo, en su dimensión espiritual y social. ¡Hermoso ejemplo a imitar!

En 1847, dos nuevos Hermanos llegados de Francia, comienzan a ocuparse del desarrollo de la agricultura con los habitantes de la Guayana. En 1852, cuatro años después de la emancipación de los esclavos, el

H. Louis-Joseph me cuenta los progresos logrados en los establecimientos rurales: “Tenemos clases como en todos los sitios, con el mismo orden y el mismo método. Sólo duran dos horas por la mañana y otras dos por la tarde. A la salida de las clases de la mañana, un Hermano los lleva a los campos donde cultivan sus víveres. Allí trabajan recio durante otra hora y media o dos horas. Después de la clase de la tarde vuelven a la misma labor. La Administración les proporciona los aperos necesarios. Trabajan así con ahínco y los Hermanos están encantados con todo ello.

Cuando recojan el fruto de su esfuerzo las cosas irán aún mejor, y trabajarán todavía más animados, pero tendrán que esforzarse mucho cada día: cuatro horas de clase y cuatro horas en el campo. De esta manera, podrán obtener los víveres necesarios. ¡Se contentan con tan poco!”

El éxito de esta preciosa obra me hace feliz. Los Hermanos enseñan a los antiguos esclavos a servirse de su libertad para adquirir una valiosa experiencia. Formados por ellos, los alumnos de las Guayanas se convierten en obreros honrados y laboriosos. Ya se lo había escrito al Ministro de la Marina en 1840: El cultivo de la tierra, honra al que se dedica a ello.” Es una pena que una iniciativa tan bonita no haya podido desarrollarse durante este tiempo todo lo que hubiéramos deseado.

Lo que nunca olvidaré es una carta punzante, recibida del H. Director de Cayenne en 1844 pidiendo refuerzo, con la intención de abrir una nueva clase “para los esclavos, al menos los domingos, para que sepan que son personas.” Mandé copia al señor Ministro.

Con los Hermanos comprometidos en estas nuevas misiones, sigo manteniendo una asidua correspondencia. ¡No saben lo presentes que los llevo en mi corazón! Me informo detalladamente de sus actividades. Comparto sus pruebas. En mis cartas, les voy contando lo que pasa en Ploërmel. Les hablo de las escuelas de Bretaña. Les envío los nombres de los Hermanos que fallecen. Cada vez que ocurre una desgracia en alguna de sus familias, me encargo yo mismo, en persona, de hacérselo saber y de consolarles con esperanza cristiana.

Las salidas de Hermanos hacia países lejanos serán, de ahora en adelante, algo habitual. Pero no puedo dejar de derramar lágrimas cuando acompaño a estos misioneros en su despedida.

EN COMPAÑÍA DE LOS JÓVENES

“Imaginaos un ciego de nacimiento a quien se le devuelve con una sola palabra, el uso de la vista. Tratad de haceros idea de la viva y profunda emoción que sentiría al contemplar por primera vez el espectáculo del universo. ¡Cuánta belleza, cuantas maravillas que desconocía y que ahora tiene ante sus ojos! ¡El velo que le ocultaba la naturaleza se ha rasgado!” ¿A quién se dirigen esas palabras?

A los chicos de nuestras escuelas que se han apuntado para un *‘tiempo de retiro’* es decir, para algunos días de encuentro espiritual, durante los que les invitamos claramente a entrar dentro de su propio corazón.

Estos retiros pueden reunir varios centenares de chicos. Tienen lugar, a menudo, al comenzar el curso. Los alumnos que quieren participar en ellos dan su nombre al H. Director de su escuela en Fougères, en Tréguier, en S. Méen, Dinan, Ploërmel y en otros muchos sitios, ... De ordinario, algunos sacerdotes más aceptan echarnos una mano. Estos encuentros, marcados por la alegría y la seriedad, son para mí momentos muy reconfortantes en medio de todas las ocupaciones y preocupaciones que tengo encima. Me hacen revivir. Recibo en ellos como un sorbo de energía capaz de suavizar las decepciones que me toca sufrir por parte de algunos adultos.

Los chicos esperan con impaciencia estos momentos excepcionales. El H. Director de Vitré me comunica: “Parece que están deseando el *‘retiro’*. Ya hay 80 niños y jóvenes en su lista de confesión y serían muchos más si hubiera apuntado a todos los que me han pedido estar cerca de usted. Tenemos 200 mayores de 9 años. Los chicos quieren salir a recibirle ¿por dónde va a venir?”

Estas jornadas de '*retiro*' son también momentos de enseñanza y una preparación a lo que llamamos '*confesión*', es decir, el sacramento del perdón, la Misa y los momentos de oración.

Tengo escritas unas cuantas charlas que utilizo adaptándome a los auditorios que tengo delante, a veces tranquilos y a veces más revoltosos: ¡los chicos de Cancale no se parecen nada a los de Dinan o de Pontivy!

Hay que saber atraer y mantener la atención de estos niños y jóvenes. Para eso cuento con un puñado de anécdotas sacadas de mis lecturas y de mi experiencia como sacerdote. Les cuento hechos reales, los que me acuerdo de mis encuentros y de mis viajes. Les pongo ejemplos sacados de la vida de santos y santas de su edad, les relato sus conversiones. Ante ellos, revivo, de forma teatral, determinadas situaciones en las que se puedan ver reflejados. Reproduzco diálogos, por ejemplo, entre padres e hijos, entre creyentes e incrédulos, entre un chico que duda y un catequista. A determinados relatos les doy un tono y un lenguaje patéticos para llegar a tocar sus corazones.

Como todo esto ocurre al final de las '*misiones*' que se organizan en las parroquias, invitamos a los niños y a los jóvenes a que se apunten en las '*congregaciones*'. Estos grupos reúnen a todos los que tienen la intención de vivir bien su vida cristiana y de ayudarse mutuamente los unos a los otros para servir a Dios y para dar testimonio de Él. Estas '*congregaciones*' ejercen sobre sus miembros una influencia a la que –prácticamente– es imposible sustraerse: ¡la influencia de los buenos ejemplos!

Durante estas jornadas, invitamos a los niños a que tengan ratos de oración. Les recomiendo que hablen a Dios de su vida, como a un familiar, sencillamente, y que le pidan que les ayude sin ninguna clase de miedo. Les insisto en que sean fieles a sus oraciones diarias: las de la mañana y las de la tarde, las de antes de empezar a trabajar, las de antes y después de las comidas y las del

transcurso de la jornada. Les trato de explicar que con Dios hay que tener la misma relación que la que tenemos con un amigo.

No tengo ningún miedo en preguntarles: “Y ¿si te hicieras sacerdote para servir a la Iglesia? ¿Y si te hicieras Hermano? ¿Y si te hicieras misionero? A veces, me dirijo de forma más directa a éste o a aquél cuya cara y actitud revelan una mayor generosidad y un equilibrio patente: “¿No has pensado nunca que Jesús te llama?” Muchos religiosos y sacerdotes lo han sido por haberles hecho esta pregunta.

Después de estos tiempos de ‘retiro’ pasado con los jóvenes, regreso siempre muy cansado, es cierto, pero muy contento y con el alma fresca.

Otros acontecimientos escolares que espero siempre con ilusión y que tengo anotados cuidadosamente en mi distribución del tiempo, son los *Repartos de Premios*. Les llamo: “nuestras grandes asambleas familiares”. A estos momentos solemnes asisten, de ordinario, las autoridades de los municipios y de las parroquias. Los chicos están allí, a la espera de su recompensa. Y sus padres ¡no digamos! A menudo, en el teatro donde tienen lugar estas fiestas, se exponen los mejores trabajos de los alumnos.

Empiezo felicitando a los profesores por su entrega e invito a los niños a que se den cuenta de todo lo que sus enseñantes han hecho por su éxito durante cada día del año. Aplauden una y otra vez. A los miembros de los consejos municipales, que hacen la entrega - cuando pueden - también les presento mi agradecimiento y les animo a que conserven y apoyen la escuela o el colegio que tanto está aportando al progreso del municipio. No puedo dejar de presentar mis honores al Sr. Párroco, sobre todo si el Hermano está acogido en su casa, y al obispo, cuando ha sido invitado. En mi discurso, presento el colegio como una imagen de la sociedad. Es el lugar donde ésta se va construyendo desde la diversidad y el esfuerzo común de cada persona que la compone.

Aprovecho para recordar a los padres algunos principios básicos de la educación - ¡empezando por la fuerza de su ejemplo! – como pedirles que no retengan a los niños en casa, no importa por cual pretexto, ya sea para ayudar en los trabajos del campo, en la época de la cosecha en verano o durante la recogida de manzanas en otoño.

A los alumnos es a los que dedico el tiempo más largo; primero, para felicitar a los más sobresalientes antes de hacerles entrega de sus premios o de que se los entregue alguno de los invitados; después, para animar a los otros a trabajar un poco más para poder subir al escenario al final del año que viene, y también para consolar a los que - a pesar de todos sus esfuerzos - no han podido lograr los primeros puestos: “No seréis todos recompensados, pero cada uno de vosotros disfrutará con el éxito de sus compañeros y el año que viene se hará - no lo dudo - digno de la misma corona.” No titubeo en empujar a los alumnos a que hagan de su escuela “la más fuerte del departamento de Côtes-du-Nord”.

Tengo que confesar que no me desagrada hacer teatro en el escenario. Por ejemplo, en Malestroit, me subo al escenario, con cara entristecida, haciendo creer a los chicos que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, los premios no han podido llegar a tiempo, ... hasta que alguien los sube a dármeles para consuelo de todos. O bien, hago como que entrego un libro a un alumno antes de volver a quitárselo de las manos, haciendo como que me he equivocado, para volver a dárselo de nuevo ¡claro está! Con algún alumno que veo que está muy atento, me invento una historia dialogada. Le pongo mi sombrero a otro y luego le saludo como si fuera una persona muy distinguida. Les doy consejos maliciosos que les hacen reír: “Os recomiendo una cosa que os va a parecer muy mal y que os va a costar mucho concedérmela: os pido que no os pongáis enfermos de tanto estudiar durante las vacaciones.”

Parece que los antiguos alumnos han conservado de estos *Repartos de Premios* - así como de

mis visitas a las aulas - un recuerdo inolvidable. Me encanta saberlo. Es verdad que los alumnos aprecian el orden y la disciplina más de lo que se podría pensar, pero también les gusta que se les eduque en un clima de alegría.

FORMAR MAESTROS

En 1835, escribía al sacerdote Mazelier, que tenía en la cabeza un proyecto similar al mío: “*Los diplomas* son - es cierto - muy difíciles de conseguir. Sin embargo, yo he logrado llegar a siete en el primer examen al que se han presentado mis Hermanos y no pierdo la esperanza de mejorar este resultado en el examen del próximo mes de septiembre”. Se trata de los *diplomas de capacitación* exigidos a los maestros, a partir de 1831.

Hacia 1840, la Congregación es ampliamente conocida y apreciada por la gente, está establecida sólidamente ya en Bretaña y comienza a implantarse en las colonias. Para que la obra dure y se consolide, es indispensable asegurar la formación de los Hermanos, teniendo en cuenta, por una parte, las exigencias gubernamentales y, por otra, las situaciones concretas en las que se encuentran nuestras escuelas. La formación que recibían los Hermanos hasta ahora era insuficiente. ¿Cómo mejorarla? ¿Cómo darle profundidad?

Después de una veintena de años de experiencia, éstas son las firmes convicciones que me animan, relativas a la educación de la juventud y a la preparación de los que se van a dedicar a ella.

Se trata de formar al hombre en toda la riqueza de su persona, de formarlo para él mismo, para su propia felicidad, para su familia, para la sociedad, para el tiempo y para la eternidad. Necesitamos - a la vez - instruir a los chicos, llevarlos a que se comporten con rectitud, darles a conocer y hacer que amen a Jesucristo.

Queremos dar a nuestros alumnos una instrucción sólida y diversa, que les haga capaces de cumplir en el mundo, con altura, los diferentes empleos a los que se les destine. Quedarse detrás de los otros colegios en esto, no seguir las ciencias humanas en su

progreso, sería defraudar las justas esperanzas de las familias.

Si es bueno instruir a los niños, también hay que educarlos. Si es bueno desarrollar su espíritu, es muy necesario también formar su corazón. Si es bueno iniciarles en los mecanismos de la lectura y del cálculo, es todavía mejor inspirarles el gusto por la virtud y la verdad. ‘Sólo se da lo que se tiene’ o -mejor dicho - ‘lo que se es’, como hombre y como cristiano. El apóstol anuncia a Jesucristo más con su vida que con sus palabras. Se lo recuerdo al H. Irénée, misionero en La Martinica: “No olvides que estás ahí para hacer santos y para eso tienes que ser santo tú mismo también.”

Nuestros maestros deben ser competentes y perfeccionarse - sin cesar - en el arte de instruir. Insisto en este punto con el sacerdote Mazelier en una carta de 1833: “En las circunstancias actuales, es importante fortalecer y mejorar nuestra enseñanza. Es esencial que seamos capaces de atraer a nuestras escuelas a los chicos de clase media para que encuentren en ellas una instrucción superior a la que se imparta en cualquier otra parte. Hagamos para salvar sus almas, más todavía que lo que otros hacen para perderlas, ¿no es poco decir!” Por eso recuerdo constantemente a los Hermanos que estudien con constancia las cosas que mejor saben, para no olvidarlas y para perfeccionarse en ellas cada día más.

En consecuencia, en la Congregación, tenemos que organizar los estudios de tal manera que los Hermanos, cada uno con sus muy diferentes aptitudes, sean capaces de cumplir su misión. ¡Y que todos los que puedan, traten de sacar su Diploma de Capacitación!

¡Pero tenemos que ser realistas! Los chicos que recibimos en Ploërmel y que desean entrar en el Instituto, son, en su mayoría, chicos de entre 16 y 25 años, que no tienen nada, que no saben apenas nada cuando llegan. Les recibo encantado porque, como gente nacida en el campo, vuelven a él más contentos que los demás. He conocido a muchos de ellos, durante mis

visitas a las escuelas y un buen número de ellos han sido enviados a Ploërmel por los sacerdotes de las parroquias.

Para llegar a ser religiosos de enseñanza, capaces de anunciar el Evangelio y de encargarse de una clase, tenemos que consolidar su formación humana, religiosa y pedagógica. Me permito, por otra parte, señalar a las autoridades académicas que esa regla vale también para los instructores públicos, ya que “muchos de ellos ignoran por completo el difícil arte de hacerse próximos a los niños y de saber apoyarles.”

Pero como nos vemos ahogados con tantas peticiones de aperturas de nuevas clases, no podemos prolongar indefinidamente el tiempo de formación. La mayoría de los Hermanos no tienen más que 16, 17 o 18 años cuando se les envía a las escuelas. ¿Están realmente preparados?

En realidad, nuestro proyecto de formación se lleva a cabo a dos niveles diferentes. Uno - el más numeroso - va destinado a los novicios que vienen de sus casas con conocimientos totalmente rudimentarios. El segundo - de grado superior - lo siguen los Hermanos que después de haber enseñado durante cinco años o más, vuelven para prepararse para sacar el Diploma. A partir de 1834, éstos siguen dos sesiones de formación cada año. Nos parece que un tiempo de experiencia en la escuela es una prueba indispensable para juzgar la capacidad como maestro de un Hermano joven.

El régimen del Noviciado, es muy sencillo, tal como conviene a unos maestros destinados a vivir cercanos a la gente de los pueblos. Consagran casi todo el tiempo al estudio. Cuando la religión está en la base, no desaparece nunca. En un artículo de *“El universo religioso”* del 25 de enero de 1834, enumero todas las asignaturas que estudiamos: “religión, lectura, escritura, toda la aritmética, gramática francesa y su análisis, dibujo artístico y lineal, geometría, topografía, matemáticas y química, con aplicaciones tanto a las artes y oficios, como a la agricultura, y en las zonas

rurales próximas a la costa, hidrografía.”

Para ayudar a los Hermanos más jóvenes a progresar en su labor como profesores, contamos mucho con los Hermanos mayores, ya con experiencia. Informo al Sr. Guizot sobre nuestra manera de proceder: “Con frecuencia, en las escuelas de las zonas rurales, dan clase a un grupo de más de cien niños dos Hermanos juntos, o bien en el mismo local o en locales contiguos. De ordinario, uno de ellos es un Hermano muy joven, que se encarga de los niños menos avanzados. Me cuesta menos formarlo así y resulta más práctico que tenerlo en el Noviciado. Se va instruyendo con la ayuda de su cohermano y luego, cuando llegue el momento de estar en algún lugar él solo, tiene ya suficiente experiencia para poder impartir clase. Los mejores maestros son los que han pasado por esta experiencia.”

En Ploërmel, contribuyen a la formación de estos jóvenes algunos Hermanos y sacerdotes competentes. Así se lo cuento en una carta a De Valence, quien siempre anda buscando consejos: “hago que den clase a mis novicios, algunos eclesiásticos que se entregan, como yo, a esta excelente labor y que ya están titulados. “Uno de ellos, el sacerdote Ruault, párroco de la Casa Madre, el sacerdote Guilloux, hombre muy culto, de conocimientos muy diversos y dotado de un entusiasmo pegadizo”. Todos se mueven bajo las directrices del H. Hippolyte Morin que se encargará de dirigir el Noviciado desde 1830 a 1853.

También echamos mano de la competencia de mi compatriota el Sr. Querret, matemático y físico de renombre. Escribe para nosotros manuales de aritmética, de álgebra y de geometría. Estas obras las estudian nuestros maestros antes de difundirlas en nuestras escuelas. Él mismo imparte clases, siempre que su tiempo se lo permite. Ha contagiado su gran erudición al H. Bernardino, hermano del H. Hippolyte, que asimila todos los conocimientos con una facilidad pasmosa. Discípulo brillante, dará prueba de ello construyendo con sus propias manos el reloj astronómico de la Casa

Madre. Este religioso está muy bien considerado por los futuros maestros a los que enseña las ciencias y la hidrografía. Ejerce una profunda influencia en los jóvenes porque reúne en su persona un saber inmenso y una llamativa sencillez.

También nos apoyamos en la experiencia y en la práctica del director de la escuela de Ploërmel. Sus clases sirven de campo de experiencia al Noviciado. Bajo la mano de este docente empedernido, los Hermanos adquieren maneras de actuar que les serán utilísimas. Los directores de nuestras escuelas más importantes se beneficiarán de estas lecciones tan prácticas.

Nunca he tenido tiempo para redactar un manual sistemático de pedagogía. La correspondencia constante con los Hermanos lo ha compensado. Verdad es que, nunca he querido imponer métodos rígidos. Así lo dejo escrito en una carta al H. Elisée colocado en Hillion: “El mejor método es el que más le gusta y mejor conoce el propio maestro.” Sin embargo, en mis visitas a las aulas y respondiendo a sus cartas, puedo dar a los Hermanos muchos consejos sobre su relación con los alumnos y sugerirles formas útiles para mejorar su pedagogía. Releo algunos ejemplos de esto:

“Con los niños tienes que ser bueno, paciente y cariñoso. No hay duda de que hay que ser firme, pero sin ser duro y sin dejarse llevar jamás por la impaciencia. Corregirás mejor los defectos de estos pobres chicos, haciéndote querer que haciéndote temer.” (Al H. Liguori-Marie, colocado en Senegal.)

“Creo que hablas demasiado en clase, sobre todo cuando das clase de gramática y de números. Atribuyo a esto el poco progreso de tus alumnos. Limitate a explicaciones cortas, muy sencillas y hazles que apliquen luego las reglas. En cuanto a la aritmética, haz muchos ejercicios de cálculo, esto es lo esencial.” (Al H. Elisée.)

¿Tienen que tener miedo mis Hermanos de las visitas de los Inspectores Académicos? ¡Todo lo

contrario! Se lo recuerdo al H. Ambroise: “El Sr. Jégou, Inspector de la Universidad, irá a verte próximamente. Ten cuidado de que la casa esté muy limpia. Haz que pregunte a los niños de la clase superior y enséñale sus cuadernos. Corrige las faltas que pudieran tener. El Sr. Jégou es un hombre excelente que aprecia y protege mucho nuestros establecimientos. Recíbele lo mejor que puedas.”

¡Hasta yo mismo sigo formándome! Cuantos más años tengo, más me lleva mi curiosidad a explorar todos los dominios del saber. Recuerdo haber escrito a mi antiguo compañero de Saint-Malo, el Sr. Langrez: “¿No vas a volver a verme ya nunca? [...] Tráeme, por favor, aquellos libros viejos que tantas veces me has ponderado por su encanto y que tantas ganas tengo de conocer; tengo demasiadas ocupaciones para poder leer durante el día, pero puedo leer por la noche, ya es hora de que este buen hombre complete sus estudios.” Leo por la noche, incluso en los carruajes, como se lo cuento al Sr. Ruault: “He descubierto algo admirable, increíble. Me refiero a que he hallado el método para leer en los carruajes por la noche. A partir de ahora dejaré de tener miedo a los viajes en invierno.”

IRÉ A VEROS

“Te escribo estas cortas palabras a toda prisa porque voy a entrar en casa dentro de un momento, me refiero a mi carruaje de caballos, mi berlina, para recorrer estos grandes caminos.” Eso es lo que escribo a la señorita de Lucinière en diciembre de 1834. Y también, cuatro años más tarde, a ella misma: “Desde el mes de mayo, he estado casi todo el tiempo de viaje. Mi última gira han sido 325 leguas (1.300 km.) y, hoy mismo, salgo de nuevo para el reparto de Premios a las alumnas de Moncontour y de Saint- Brieu.” ¡Si un día voy al cielo habré recorrido una inmensidad de leguas en mi casa con ruedas antes de llegar allí!”

Doy mucha importancia a los encuentros personales con los Hermanos y con las Hijas de la Providencia, así como a las visitas de sus obras. En 1837 la Congregación cuenta con 350 religiosos. En 1846, son ya más de 500. En 1851, llegarán a ser 700 Hermanos. Los conozco a todos por su nombre. Sé de memoria su país de origen, su carácter, su historia personal, sus cualidades y sus debilidades, las circunstancias de su entrada en nuestra casa, el grado de estima o de confianza que merecen, los puestos que han ocupado, los éxitos que han obtenido, ... Les llamo: “mis jóvenes” o “hijos míos” y a las Hermanas: “mis hijas”. Entre ellos, algunos son muy fuertes, de una gran madurez humana y espiritual. Estoy pensando en el H. Ambroise, director de nuestra escuela de Tréguier y luego Director General de nuestros establecimientos en las Antillas, siempre preocupado por hacer todo bien, quizá alguna vez un poco brusco en sus maneras, pero fiel hasta el heroísmo. Pienso en el H. Bernardin, este sabio cuya humildad iguala a sus conocimientos. Y en el H. Cyprien, excelente religioso, matemático, lingüista notable, diseñador y - por si faltaba algo - arquitecto, en cuyos saberes me apoyaré para la realización de los planos de la capilla de nuestra Casa Madre. Siempre sé que puedo confiar numerosas misiones al H. Laurent

Haudry - director de S. Quintin - para que las lleve a cabo en mi nombre. En cuanto al H. Hippolyte, a él fue a quien le encargué la delicada misión de la formación de los novicios.

Entre los Hermanos otros son más frágiles. Verdad es que se comprometieron a la vida religiosa desde muy jóvenes. Se lo confío al H. Ambroise, que me pedía ayuda en persona: “Haré lo que pueda para ayudarle lo antes posible. Pero, Ud. sabe muy bien que, en este momento, sólo tenemos chicos muy jóvenes en el Noviciado y que los otros no están todavía formados”. También le reconozco que “el pobre H. Armel no llegará nunca a tener bien la cabeza.”

Este empeño por acercarme a los Hermanos en las parroquias me impone, evidentemente, una organización muy precisa de mi tiempo. Tengo siempre informado de mis itinerarios al sacerdote Sr. Ruault, que me sustituye en Ploërmel. Este fiel colaborador recibe a menudo notas como la siguiente: “Me marchó a Lannion. Mañana iré Guingamp, es decir que me acercaré a Saint-Brieuc desde donde enviarán mis cartas. He visitado Moncontour, Loudéac, Plédran, Plérin, Pordic, Binic, Étables, Saint-Quay, Lantic y Plesguien. Los Hermanos de la península de Paimpol han venido a reunirse conmigo aquí. ¡Ha sido una buena idea! No me llega el tiempo para escribirte algo más largo.”

Estas salidas por Bretaña se convierten - más de una vez - en aventuras. ¡Mejor mirar el lado bueno de algunos acontecimientos! Así conté a una persona amiga lo ocurrido en un viaje - más bien movido - por Finistère: “Te tengo que contar (porque por modesto que uno sea, sabes que a veces me pavoneo) que, a la luz de la dichosa luna, he viajado de Landerneau a Quimper y de Quimper a Landerneau. La tierra estaba cubierta de hielo. Los caballos no podían mantenerse en pie, se cayeron seis veces por el camino, no eran ellos los que tiraban del carruaje, sino que el carruaje los empujaba por las piedras y se podía ver su noble vientre despellejado y sangrando [...] Pero, finalmente he

logrado salir sin tener el cuello roto, ¡le he dado gracias a mi ángel de la guarda!”

Estos continuos desplazamientos terminan cansándome mucho, pero la alegría de reunirme con los alumnos y con sus maestros me hace olvidar todas las penalidades. De visita en Fougères, le escribo a mi confidente de Ploërmel: “Mi retiro con los niños está yendo muy bien. No he confesado todavía más que a 128 niños. Estoy aquí desde el viernes por la tarde, es decir que he hecho el trayecto desde Trémignon (cerca de Combours) a Fougères en un solo día con un tiempo de perros y un clima horrible. Eran las 8 de la tarde cuando bajé del carruaje. Los pobres caballos no podían más. ¡Estaban reventados!” ¡Cuántas leguas recorridas por los caminos de nuestros departamentos bretones, para estar al lado de mis Hermanos y de los niños de nuestras escuelas! Ésa es la razón por la que, como le cuento al sacerdote Pourrias, párroco de Fontevraud, “me he impuesto una ley: de ahora en adelante no colocar a ningún de mis Hermanos fuera de Bretaña. Si están lejos de mí, me será prácticamente imposible visitarles, acompañarlos o remplazarles cuando sea necesario hacer algún cambio.” No me he apeado de esa regla de conducta más que con dos provincias: Gascuña y Normandía, por razones muy especiales.

Releyendo mi cuaderno de viaje, me doy cuenta de que he consagrado la mayor parte de mi tiempo al acompañamiento de los Hermanos y las Hermanas. ¡Me siento muy contento! ¿Por qué todas estas visitas a los unos y a las otras? Estas visitas regulares son las que han tejido vínculos entre nosotros y reforzado la unidad de cada una de nuestras Congregaciones. ¡Qué conocimiento tan preciso me han dado! Han salvado a muchas personas y muchas obras. Han resuelto muchas situaciones delicadas. Han mostrado a todos, lo que es importante y lo que no tenemos que olvidar. Los Hermanos están - a veces - tan aislados en sus parroquias rurales, que mi visita es para ellos una fiesta. Reciben mis cartas con agradecimiento, pero no hay nada como mi presencia, aunque breve, con ellos, en su

propia casa. ¿Cómo, sin ir hasta ellos, me puedo dar cuenta de sus condiciones de vida, de la calidad del lugar donde viven, del estado de su mobiliario y de las mejoras que deben hacerse, de cómo se alimentan y cómo se cuidan a sí mismos?

A veces, también se hace necesario reconciliar a algunos Hermanos de la misma Comunidad; pueden nacer conflictos entre ellos por su diferencia de carácter. También puede que surjan diferencias entre los Hermanos y los sacerdotes o rectores que los alojan. En este caso, - como suelo decir con frecuencia - hay que ungir las relaciones con aceite, y mis visitas brindan esa oportunidad. Finalmente, mi paso por las escuelas me permite visitar a los niños en sus aulas, hacerme cargo inmediatamente del ambiente, juzgar el nivel de los alumnos, animarlos y preguntarles por su eventual vocación a la Vida Religiosa o sacerdotal.

Voy a verlos y ellos a su vez vienen a la Casa Madre. Todos estos Hermanos, dispersos por los departamentos bretones y a los que he visitado durante mis desplazamientos, se vuelven a juntar en Ploërmel durante una semana, en las vacaciones de verano, para el momento del retiro anual. Llegan en grupos y se encuentran - cada vez en mayor número - de año en año. El P. Deshayes, viene desde la Vendée. Por nada del mundo se le ocurrirá faltar a esta cita anual durante la que verá cómo ha crecido a lo largo del año, la obra cuyas bases pusimos en 1819.

“Nuestros hijos” vienen de todas partes. Allí están, a nuestro lado, como el primer día, reunidos ahora en su Casa Madre, conscientes de formar una gran familia. Les recordamos la grandeza de su misión entre los jóvenes y con las familias. Les invitamos a una fidelidad sin concesiones. Les señalamos algunas prácticas que hay que rectificar porque no son conformes a las exigencias de nuestra Regla. Rezamos juntos. Sacamos tiempo para charlar personalmente con cada uno. Con nosotros, estos religiosos, hacen balance de su vida. Decimos adiós a los que marchan a las colonias. Al final de estas jornadas de encuentro, los

Hermanos vuelven a sus casas, reafirmados en su decisión de servir, con su mejor ánimo, a los niños y a los jóvenes. Estos '*retiros*' nos agotan, pero nos colman de alegría.

Mañana, volveré a rodar de nuevo por los largos caminos bretones, para seguir encontrándome con ellos en las aldeas o en las ciudades de Bretaña. Para mí es lo más importante. ¡Buen viaje Hermanos, pasará pronto a veros!

SIEMPRE EN CONTACTO

“Mi muy querido Hermano, doy inicio a esta carta en Guingamp, camino de Brest [para la despedida de los misioneros] y no creo que la acabe antes de llegar. Es la primera en la que - desde hace mucho - puedo expresarme con libertad ...”. Empiezo con estas palabras otra larga carta al H. Ambroise, que enviaré a las Antillas a través de los Hermanos que se despiden. “Esta carta es la 29ª que escribo desde Le Folgoët, la casa últimamente adquirida, en la que esperamos el día de embarque de los misioneros. “Es la 24ª carta de hoy.” Así empieza otra, que dirijo al Sr. Ruault. Durante mis ausencias de Ploërmel, las cartas se van amontonando sobre la mesa de mi despacho. Tengo que disculparme ante el H. Abel por mi retraso en contestarle. “Acabo de volver de París. ¡He necesitado ocho horas para leer todas las cartas que se habían amontonado aquí durante mi viaje y eso que yo leo muy rápido!”

Dedico mucho tiempo a guiar a mis Hermanos y Hermanas a través de la correspondencia. A veces me llamo a mí mismo “hombre de letras”, (en francés, ‘lettres’ tiene dos significados: carta y literatura). Verdad es que están ahí todo el cúmulo de cartas administrativas, dirigidas a las autoridades políticas o académicas, pero las que recibo de los Hermanos me llegan mucho más al corazón. Hemos acordado que me escribirán de forma regular para comentarme su vida y la marcha de su escuela. Les prometo contestar sin dilación. Cuanto más crece el número, tanto más tiempo me lleva contestarles. Escribo por el día, por la noche, ... también mientras mis caballos descansan en un alto del camino. A veces me retiro a La Chesnaie para poner al día todo el correo que espera.

Les escribo para recordarles lo esencial de su misión. Por ejemplo, al H. Liguori, misionero en Senegal: “Veo con alegría los progresos de tus alumnos

en las ciencias humanas, sin embargo, lo que deseo por encima de todo es que hagan progresos aún mayores en la ciencia de los santos. Les tienes que proporcionar, no sólo instrucción, sino educación cristiana. Que sea ése el objetivo principal de tus cuidados y trabajos.”

Estos intercambios epistolares me brindan - a veces - la oportunidad de ayudar a estos jóvenes maestros a que mejoren sus prácticas pedagógicas y a que corrijan determinados hábitos. Al H. Laurent, director de la escuela de Quintin, le pido que transmita un aviso muy importante: “Recomienda a los Hermanos que no peguen a los niños con violencia. Es una falta grave y que puede tener consecuencias funestas.” Hago la misma recomendación al H. Lucien, en Matignon: “No castigues con demasiada severidad las ausencias. Regáñales, pídeselo, anímales, [...] los castigos asustan y alejan a los niños”. Al H. Joseph-Marie, de Messac, es útil darle consejos más concretos referentes a sus maneras de organizar el tiempo: “Puedes escribir en el cuaderno de los niños, no palabras enteras, sino letras o partes de algunas letras. ¡Eso es incluso indispensable para que aprendan! Trata de que todos los que están estudiando los números tengan, todos, el libro de aritmética, porque sin él no entenderán nada y no se quedarán con nada. En invierno, es necesario que termines la clase pronto, para que los niños tengan tiempo de volver a casa antes de que anochezca.” Al generoso H. Élisée hace falta aconsejarle este extremo: “Es verdad que tienes mucho trabajo, pero es culpa tuya. Te he repetido muchas veces que no puedes tener en clase más de 75 u 80 niños y que admites hasta más de cien, es decir, muchos más de los que puedes instruir bien. Tu celo no está bien organizado. Tienes que rechazar a los que se presentan, cuando ya has alcanzado el número de los que puedes tener en clase.”

Los Hermanos son sensibles a mis palabras de ánimo. Bastan algunas para que la llama se reavive. Dirigiéndome al H. Adolphe, enfrentado a algunos niños difíciles e indisciplinados, le recuerdo, “no somos enviados sólo a los niños virtuosos y fáciles de llevar,

sino también a los que necesitan ser corregidos. Los más pobres y los más desdichados tienen que ser tus preferidos.”

Muchos Hermanos también esperan consejos espirituales. Así, a un Hermano entregado, pero muy dado al pesimismo, tengo que repetirle: “¡Venga, ánimo, querido hijo! Presta atención y vela sobre ti mismo para apartar de tu alma esas ideas y esos sentimientos de tristeza que son tan tuyos, que te abaten y que te hacen más penoso el cumplimiento de tus deberes. Sabes bien, mi querido hijo, lo que te aprecio. Acoge estas palabras como una nueva prueba de mis paternales sentimientos que te doy al hablarte como lo estoy haciendo.” Y a este mismo Hermano, que me abría a menudo su corazón: “Ten cuidado, como ya te lo repetido tantas veces, de no dejarte dominar por una imaginación que tiene el vicio de volverlo todo negro. El negro es un color muy feo y te hace mucho daño.”

Necesito recordar a los superiores de nuestras casas que “no acaben de romper la caña ya cascada.” Nadie es perfecto, nadie ha llegado ya al final del camino. ¡Nadie está libre de la debilidad ni de las caídas! Al menos, ¡eso sí!, que un Hermano no manifieste una evidente mala voluntad. En ese caso, le hablo sin rodeos, suplicándole que piense en lo serios que son sus compromisos.

En cuanto a los enfermos, el Evangelio nos apremia a que les prestemos la máxima atención. Recomendando al H. Ambroise que cuide bien al H. Euthyme: “Es un joven de mucha valía, de espíritu sólido y muy virtuoso. Préstale todos tus cuidados, porque se los merece. Si te digo esto, es porque necesita que lo animes en lo tocante a su salud. No tiene el pecho fuerte y si estuviera demasiado agobiado de trabajo, no lo resistiría. Como nació en Saint-Servan, al borde del mar, el aire de Tréguier le vendrá bien.” Y al mismo destinatario: “Si sigues con la tos, no tienes que guardar abstinencia durante la Cuaresma. ¡Tienes que ir al médico ya!” En cuanto al H. Abel Lucas, quien debe guiarse más por el espíritu que por la letra de la Regla:

“Mi muy querido Hermano, no tenías que haber guardado abstinencia, ni ayunado durante la Cuaresma. Y, cuando el tiempo lo permita, tienes que dar paseos después de la clase. Además, no te levantes por la mañana antes de las seis. Espero que, con estas precauciones, tu salud se vea restablecida.”

El personal de Correos de Saint-Brieuc o de Ploërmel, me conoce bien. Me ve llegar a menudo en el último instante con un paquete de envíos dirigidos a los más variados destinatarios.

Entre los miles de cartas que he escrito, a las que más cariño tengo, son a las escritas a los Hermanos, en especial a los Hermanos misioneros, a las Hijas de la Providencia, a mi familia, a mis amigos y a mis amigas. A cambio, es de ellos de quienes he recibido el consuelo necesario para seguir adelante.

¡SED FUNDADORES VOSOTROS TAMBIÉN!

“Mi Instituto ha sido fundado para Bretaña. Mientras falten escuelas en Bretaña, no puedo abrir ninguna fuera. ¡Mándame chicos! Ya me encargo yo de formarles según nuestros métodos y - de vuelta en tu casa - se convertirán en el núcleo germinal de una obra como la mía.”

Contesto a las numerosas cartas de Auch, de Clermont, de Saint-Flour, de Troyes, de Autun, de Châlons, de Albi, de Bourges, de Bordeaux, de Langres, de Nancy, de Strasbourg, de Gap, de Polonia, de Bélgica, que, de 1825 à 1855, me van llegando de algunas autoridades eclesiásticas deseosas de fundar noviciados parecidos al de nuestro instituto bretón. Mi postura queda más justificada al haber decidido enviar Hermanos a las Colonias. Me he impuesto la regla de atender ante todo y exclusivamente las aldeas de Bretaña. Verdad es que, cuando se ha pedido a la Congregación que lleve el Evangelio a las Antillas, a Senegal, a S. Pedro y Miquelón y a Las Guayanas, he accedido a ello, pero, “ésa es una obra aparte, con su propia organización.”, le he respondido a alguno que se quedaba extrañado.

¿Cómo responder a los obispos y a los sacerdotes que desean recibir Hermanos para sus provincias? ¡No cabe la menor duda de que son personas preocupadas por volver a tener el control de la educación de la infancia y de la juventud! Conviene ayudarles lo más que se pueda. “¡Pero - como le escribo al Sr. Ruault - no doy abasto! No se puede intentar abarcar mucho, si se quiere hacerlo bien. Sabes que yo nunca contesto con un ¡no! escueto.” Así que he adoptado algunos principios de acción directa, los siguientes: comunicar nuestra experiencia, cierto, pero sin pensar en suplantar a nadie, confiar en las personas que trabajan en el mismo campo, y prepararlos para que un día sean ellos mismos formadores, hacer que estén

muy atentos a tener en cuenta las culturas y las mentalidades, tan diferentes según las regiones.

Del departamento Gers, en Gascuña, me llega la primera petición de ayuda. El arzobispo de Auch, Mgr. de la Croix d'Azolette, desea fundar escuelas cristianas en las parroquias de su diócesis. En 1841 viaja hasta Ploërmel, como se lo cuento a un Hermano: "El arzobispo ha venido a visitarnos, ha pasado tres días con nosotros, hemos estado encantados con él y él no ha estado descontento con nosotros." A propuesta mía, nos enviará a Ploërmel algunos chicos, bien seleccionados y decididos a formarse. Estos chicos descubren, admirados, la vida diaria en la Casa Madre y aceptan - de forma ejemplar - emprender el camino exigente, que conduce a la Vida Religiosa. Reconocen que el ambiente de nuestra casa les ayuda a sostener su generosidad. La visita a algunas de nuestras escuelas de Bretaña: Tréguier, Dinan, Vitré, ... les deja profunda huella y aprenden mucho más que con grandes discursos. Al igual que los otros novicios, completan sus conocimientos y se inician en las bases de la vida espiritual. A estos jóvenes, que - como es natural - sienten la nostalgia de su tierra natal, les dedico más atenciones para apoyarles debidamente. ¡Me preocupo mucho por su salud! Le contaba a Mgr. de la Croix, que uno de sus novicios gascones en formación en Ploërmel "tiene un ojo mal y que la semana que viene, le llevaré a Dinan, donde hay un oculista muy habilidoso al que pediremos consulta y luego seguiremos sus recomendaciones."

Gracias a los Hermanos así formados en Bretaña, se abren numerosas escuelas en La Gers y también en las diócesis vecinas del suroeste de Francia. La primera será la de Eauze. Abriremos también una escuela en Lourdes. Una única excepción por mi parte: acepto que el H. Mélite vaya, dos veces, a esta diócesis para echar una mano a la obra que se está implantando allí. Pero prefiero, con mucho, que sean los propios formadores quienes vengán a pasar algunos meses en Ploërmel para instruirse aquí en lo que debe ser la vida

y la misión de un Hermano de enseñanza.

De la misma manera, como le recomiendo al arzobispo de Albi, que también tiene en mente abrir un noviciado: “El mejor camino, sería encontrar un eclesiástico de la zona - y no un Hermano - para dirigir el nuevo noviciado y que no se le imponga ninguna otra obligación más que ésta.” En 1846, respondería en términos similares al obispo de Nîmes.

Al año siguiente, nos llega otra llamada de ayuda del obispo de Nancy y de algunos sacerdotes preocupados por la evangelización de la región de la Lorraine. Quieren volver a dar vida a la Congregación de los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Nancy. El Sr. Obispo pide a uno de sus sacerdotes de confianza, M. Griselle, que pase unos días en Ploërmel. Este último estudia detalladamente la marcha de nuestra casa. Se vuelve con un amplio bagaje de informaciones y con una copia de nuestra Regla de Vida. Informará de esta experiencia a sus Hermanos de Lorraine, para gran provecho de su diócesis.

Quedarán sin respuesta positiva - por fallecimientos o por cambios de parecer de algunas personas - ciertas peticiones de apoyo provenientes de la diócesis de Sens y de un sacerdote polaco, que es el responsable, en París, de un *Instituto esloveno católico*.

Acepto también aconsejar al P. Michel Garicoïts, fundador de los Padres de Bétharran - cerca de Lourdes - cuando me pide que le pase toda la información que pueda obtener sobre el nacimiento y los primeros años de una congregación.

Otra provincia de Francia es también testigo del nacimiento de una obra como la de Gascuña, la de Normandía, que parece tener un futuro prometedor. Su historia tiene visos de ser ejemplar. Existía en Tinchebray, no lejos de Flers-de-l'Orne, un pequeño colegio cuya continuidad deseaban asegurar algunos sacerdotes. Puesto al corriente de lo que pasaba en nuestra escuela de Ducey, - una escuela que había aceptado fundar al otro lado de Couesnon, en el

departamento de La Manche - los sacerdotes Gouhier y Duguey piden permiso a su obispo para venir a Ploërmel, informarse y formarse. ¡No pude menos que animarlos!: “¡Venga! ¡A trabajar!” les dije. Todos los días les dedico un tiempo considerable. Buscamos juntos cómo desarrollar una obra sostenida por unas personas tan generosas como estos dos huéspedes normandos. Alargando el tiempo que se quedaron en casa, el sacerdote Duguey, le escribe a su obispo: “Me voy a quedar en Ploërmel hasta el jueves. Este tiempo aquí me vendrá mejor que un año de reflexión y de estudios especiales sobre el tema. El Sr. de la Mennais tiene, en este momento, unos 800 Hermanos y 150 Novicios.” Otros dos sacerdotes jóvenes, el sacerdote Fouque y el sacerdote Foucault vienen también a la Casa Madre para quedarse ocho meses. Vienen acompañados por un reducido grupo de jóvenes que siguen el Noviciado en Ploërmel, y velan sus primeras armas en Bretaña antes de regresar a su tierra. En el colegio de Tinchebray, nuestros amigos normandos añaden un internado de Primaria que se convertirá, muy oportunamente, en lugar de prácticas para estos jóvenes Hermanos. El 2 de octubre de 1851, me llega una carta, invitándome con insistencia, a participar en la bendición de esta casa. A pesar de mi lamentable estado de salud, voy a Normandía. La alegría que experimento al ver el desarrollo de esta obra me hace olvidar todas mis preocupaciones y lo que tuve que soportar en el viaje.

En 1848, una personalidad de la Iglesia católica de Inglaterra, el Doctor Wiseman, se pone en comunicación con nosotros. Este eminente sacerdote, decidido y gran erudito, futuro cardenal, se sitúa en la línea del movimiento de Oxford, del que uno de los actores más conocidos es el anglicano Newman, quien, convertido al catolicismo, será también cardenal de la Iglesia romana. Wiseman me llama porque quiere apoyar a los nuevos convertidos del anglicanismo y formar - según el evangelio - a los jóvenes irlandeses que vagabundean por los suburbios de Londres. Respondiendo a su llamada, le contesto con toda

franqueza: si Ud. me envía chicos a formarse a Ploërmel, ¡que no tengan en mente vivir con confort! sino que acepten vivir una vida pobre y sencilla. En 1849, una docena de jóvenes ingleses llegan a la Casa Madre. Para ser sincero, encuentran algunas dificultades de adaptación a nuestra vida, más bien austera y muy en especial a una alimentación bastante frugal. Después de dos años de estancia con nosotros, regresan a su tierra para fundar una escuela en el barrio de Hammersmith, un arrabal de Londres, más tarde, en otro barrio de la capital inglesa y seguidamente en Liverpool. El H. Melaine los acompaña, pero, al no dominar bien el idioma, tiene dificultades para orientar debidamente a estos jóvenes Hermanos. El sacerdote que le sucede, Sr. Glenie, no llegaría a tener sobre sus compatriotas el ascendiente necesario. Este primer intento no tendrá continuidad. Algunos Hermanos ingleses seguirán adelante bajo la Regla de otra congregación docente, la de las Escuelas Pías, fundada en el siglo XVII por el P. José de Calasanz.

Otra llamada distinta, me llega de otro lugar que conozco muy bien: Saint-Ilan, cerca de Saint-Brieuc. En esta comarca y en sus tierras, el conde de Clézieux, uno de mis mayores amigos, ha fundado un centro agrícola muy adaptado a las necesidades de Bretaña. Busca los mejores medios para mantener en su tierra a los bretones empobrecidos, tentados de marcharse al exilio. Con esto en mente, desea proponerles granjas-modelo dirigidas por formadores competentes. Acoge con él - prioritariamente - a chicos huérfanos y jóvenes fichados por la justicia. Voy a visitarle todas las veces que puedo para darle ánimos y que siga adelante con semejante obra, cuya oportunidad es evidente. Como tiene intención de fundar una congregación de Hermanos dedicados a este menester, acepto prestarle ayuda en forma de intercambio: sus novicios vendrán a formarse a Ploërmel y yo se los devolveré una vez formados. Esta colaboración durará cierto tiempo, hasta que invito al Sr. de Clézieux a que pida la colaboración de los Padres del Espíritu Santo.

Así es como nacerán los Centros de Formación de Saint-Ilan y Langonnet.

¿Puedo, finalmente, traer al pensamiento la alegría que experimentamos al ver surgir - en la llanura de Rohan - la abadía cisterciense de Timadeuc, a cuya instalación contribuimos sustancialmente, con instrumentos de labranza, asegurándoles la ayuda de nuestros Hermanos de trabajos y prestándoles ayuda económica?

A medida que voy divisando el final de mi vida, puedo decir que “he ayudado todo lo que he podido a sacar adelante proyectos semejantes y siento un gran consuelo, al ver que estas Congregaciones hacen tanto bien.”

ENTRE LÁGRIMAS Y ALEGRÍAS

Ya he alcanzado los sesenta. Mi actividad es tan intensa como mi salud me lo permite: visitar escuelas, correspondencia importante, retiros de chicos, predicaciones en las parroquias, acogida de Hermanos, sobre todo durante el verano, en época de retiros que reúnen a cientos de ellos en la Casa Madre.

Pero me doy cuenta de que mis fuerzas disminuyen. Para ser sincero, los viajes - de ahora en adelante - me agotan. Me veo obligado muchas veces a viajar de noche, pasar días enteros en la berlina o en una diligencia, por caminos llenos de baches y casi impracticables. Me alimento demasiado ligeramente: ¡me contento - muchas veces - con unas onzas de chocolate! ¡Mis noches son demasiado cortas! ¡Tengo tantos asuntos que resolver!

Al ir envejeciendo, me vuelvo cada vez más sensible a las alegrías y a las tristezas de la vida. Se alternan y se mezclan - de ahora en adelante - previsibles y repentinas. Las recibo con una confianza inalterable en la Providencia de Dios y contando con la amistad de los Hermanos, de las Hermanas y de mi gente cercana.

El 9 de diciembre de 1839, recibo una mala noticia: el Sr. Querret desaparece de repente, en el mismo momento en el que acaba de dar el último toque a su *Tratado elemental de física*. ¡Cuántos incontables servicios no había prestado a la Congregación este generoso laico!

El 28 de diciembre de 1841, sobreviene la muerte de mi íntimo amigo, el sacerdote Gabriel Deshayes. Se lo comunico a los Hermanos a través de una circular, el 1 de enero siguiente: “Os anuncio, con un profundo y vivo dolor, la muerte de nuestro venerado Padre Deshayes. Pocos días antes de su muerte, deseaba aún saber si el viaje de los Hermanos a Guadalupe había

ido bien, ...” Este mismo día, le escribo al P. Guyomard, su asistente: “Lloro con vosotros y con todos aquellos de quien ha sido su padre. Me ha dicho que conserva el Tratado de Unión que firmamos en Saint- Brieu. ¿Puedes buscarlo y mandármelo? Te lo agradecería mucho.” Recuerdo haber escrito - a este propósito - en una memoria de 1842 sobre el origen de la Congregación: “El Tratado - aquí abajo copiado - [el de 1819] prueba lo grande que era la confianza que el Sr. Deshayes y el Sr. de la Mennais tenían el uno en el otro, y hasta qué punto estaban seguros de que no se separarían nunca. En efecto, gobernaron la Congregación, con el mismo título y con los mismos poderes, durante veintitrés años, sin que se levantara ni la más ligera nube de desunión entre ellos.”

En 1843, y de aquí en adelante, me parece oportuno precisar cuál es mi deseo para asegurar la buena organización del Instituto a partir del día en que también yo, a mi vez, deje este mundo. Así que, en un escrito del 2 de febrero, fijo definitivamente la forma de la Congregación: estará compuesta, en exclusiva, por Hermanos y no será gobernada más que por Hermanos.

Me sobrevienen momentos de fuerte fatiga. No le puedo ocultar al sacerdote Ruault, a quien escribo desde París, el 29 de febrero de 1844, que después de haber pasado varias noches en la diligencia, he sentido gran malestar al llegar a la habitación. Le explico, para tranquilizarle: “Respirando vinagre y frotándome con colonia, me he recuperado enseguida y, sin echarme en la cama, voy a decir la santa misa, y después no pararé en todo el día, hasta la noche.”

Este mismo año, necesito reaccionar contra un proyecto gubernamental que, por suerte, no tendrá consecuencias. Para parar una decisión que amenaza a nuestros colegios rurales, es por lo que me tomo el tiempo de redactar un documento que no dejará de tener su influencia. Apelo al sentido común y a la necesaria adaptación a las realidades locales. Es necesario mantener el apoyo entre estos colegios cercanos, tratar de colocar en ellos a maestros capaces de responder a

las necesidades de las poblaciones y proponer programas y pedagogía que favorezcan, además de las humanidades, la formación práctica. Suprimirlos sería fallar gravemente a las esperanzas de los municipios. De ahí mi agrio reproche al ministro Villemain: “¿Qué clase de ley es la suya? ¿Una matanza de S. Bartolomé?”

El año 1847 termina dolorosamente y me obliga a reconocer la fragilidad de la existencia. Tengo 67 años. Desde el 16 al 20 de noviembre, doy un retiro a los niños de Dinan. Los tres días siguientes, voy a descansar a la Chesnaie. Del 23 al 30, visito Cancale, Saint-Méloir, Dol, Saint-Malo, Saint-Servan y Saint-Briac. Los primeros días de diciembre los paso en Dinan. Desde allí viajo a Ploërmel. Me preparo para ir a Guingamp, el 15 de diciembre, con intención de abrir, al día siguiente, el jubileo parroquial. Llegó allí el 14 por la tarde. El 16 por la mañana, quiero celebrar la Misa, pero siento un gran malestar desde el comienzo del oficio. Le ordeno al Hermano que me acompaña: “¡Llévame a la sacristía! ¡Llama a un médico!” Acabo de sufrir un violento ataque de parálisis. Los Hermanos me rodean. El doctor me atiende cuidadosamente. Experimento una sensible mejoría pero de ahora en adelante, y por esta razón, mi vida ya no podrá ser la que era; sé que puedo perderla. Considero que es prudente precisar el contenido de mi testamento y nombro cinco Hermanos encargados de administrar la Congregación cuando yo desaparezca.

Pienso en Féli, del que desde hace 11 años no he recibido señal de vida. Le escribo para informarle de lo acaecido a mi salud. En esta carta vuelco toda la ternura fraternal de la que soy capaz. Me responde amistosamente, con unas palabras en las que quiere expresar su voluntad de “dejar - de ahora en adelante - todo el pasado en el olvido.” Estas palabras me alivian más que la más cara medicina.

En Ploërmel, la vida sigue su curso, pero sé muy bien que, de aquí en adelante, ¡tendré que restringir mis desplazamientos! Mis reflejos son más lentos. Me

cuesta escribir. Los dolores musculares y articulares me obligan a guardar cama durante semanas. Como le cuento al H. Charles Labrousse, un mal crónico recorta mi actividad: “Tengo gota. Pero me permite caminar y por lo menos me puedo levantar y estar sentado en el sillón.” Algunos meses más tarde, reconozco a Mgr, Angebault, mi amigo, el obispo de Angers, que “he estado muy enfermo, sí, enfermo hasta tal punto que una mañana, me advertirían de que pusiera mis negocios en orden. Te cuento de dónde me venía el peligro: había aguantado, bastante mejor de lo que se podía esperar, la fatiga del retiro de mis seiscientos Hermanos, pero cuando llegó la hora del trabajo más difícil, el de destinar a los Hermanos, me fallaron las fuerzas.”

En 1850, ¡me vuelvo septuagenario! ¿Qué regalo de cumpleaños me harán? ¿El anuncio de la *Ley Falloux*? Se trata de una ley, a cuya preparación me ha convocado el Ministro, junto con otras personalidades del mundo de la educación. Habida cuenta de mi penoso estado de salud, obligado a un reposo forzado, me es imposible desplazarme hasta París. Me tengo que contentar con responder a un cuestionario en forma de encuesta que me llega del Ministerio. Lo relleno gustoso: este trabajo me brinda la oportunidad de exponer toda la experiencia adquirida en mis escuelas de Bretaña y de las colonias, desde hace treinta años. Se tendrá en cuenta el contenido de mi memoria en la redacción final del proyecto que llevará el nombre de su autor. Este proyecto, que cae muy mal a los ojos de determinados católicos intransigentes, como Veuillot, estipula que el Estado tiene el derecho de controlar la enseñanza primaria y secundaria pero que la Iglesia tiene completo derecho de desarrollarla. El Estado acepta por su parte, la participación de la Iglesia en la dirección de la Universidad. Se trata, entonces, de una victoria de la libertad de enseñanza, una causa por la que tanto he luchado durante toda mi vida.

Un año más tarde, en 1851, otro acontecimiento viene a colmar mi alegría y a devolverme los ánimos para aceptar el declive de mi pobre cuerpo y la

incapacidad de asumir la responsabilidad de llevar las cargas más urgentes, en especial, el seguimiento de nuestras escuelas y el de nuestras comunidades. En 1848 había pedido al Papa Pío IX la aprobación del Instituto de Hermanos de la Instrucción Cristiana. Contaba entonces con 600 Hermanos. La respuesta de Roma me llega en enero de 1851, bajo forma de *decreto laudatorio* en favor de nuestro Instituto y en febrero, bajo forma de *Breve*, una carta llena de elogios hacia la obra apostólica realizada por mis Hermanos y por mis Hermanas de la Providencia. Esta muestra de reconocimiento me hace llorar de alegría y reaviva mis energías.

Pero en este mismo año también llegan pesares que me afectan profundamente. Así se lo escribo a una religiosa de nuestra casa de Combours: “he recibido un golpe muy duro. He perdido en unas semanas a mi hermana María, a mi querida sobrina y a seis de mis Hermanos de más edad y mejores. Tengo el corazón roto y mi salud - ya de por sí mala, como bien sabes - ha empeorado todavía más.” Pero le añado para animarla: “¡No te preocupes! Pedid por mí todas las Hermanas para que tenga ánimo, paciencia y resignación.”

Efectivamente, necesito ánimo. Se lo cuento al Sr. Murat, antiguo Prefecto de Saint-Brieuc, en una carta de 1852: “Yo, pobre anciano, tengo que gobernar 800 o 900 Hermanos, 253 establecimientos en Bretaña y todas las escuelas fundadas por el Gobierno en las colonias, excepto en la Isla de Reunión. En las colonias trabajan 140 de mis Hermanos.”

El 27 de febrero de 1953, en Saint-Brieuc, tengo la suerte de celebrar la primera misa en la capilla de las Hijas de la Providencia, construida recientemente a pesar de la flaqueza de los recursos.

Con los 70 años cumplidos, todavía me quedan fuerzas para reaccionar contra una ofensiva, imprevista, contra la libertad de enseñanza. El Ministro de Instrucción Pública, el Sr. Fortoul, sucesor del Sr. Falloux, quiere atenuar los efectos positivos de la ley

que nos permitía disfrutar de una apreciable libertad. Mediante un decreto del 31 de diciembre de 1853, impone condiciones al nombramiento de maestros, que serán un desastre para nuestra Congregación: “Nadie puede ser nombrado *instructor definitivo* de un municipio, si previamente no ha sido durante tres años *instructor suplente*. Los *instructores suplentes* podrán ser encargados por el rector de la Academia de la dirección de las escuelas en las poblaciones de menos de 500 habitantes, etc ... El hecho de tener un gran número de escuelas regentadas por un Hermano, castiga gravemente a nuestra Congregación. ¡Cuántos Hermanos ejercían ya oficialmente antes de haber cumplido tres años como suplentes! Protestamos inútilmente. El sucesor del Sr. Fortoul, el Sr. Rouland, se muestra todavía más inflexible. Me veo obligado a intervenir ante Napoleón III, al que sin embargo no tengo gran simpatía: “Tengo el honor de pedir a Vuestra Majestad, que los Sres. Prefectos sean libres de nombrar definitivamente instructores en los municipios, a todos los Hermanos de mi Instituto que tengan más de veinticinco años y que posean en Certificado de Capacitación - con la condición de que los presente yo - o, en otros términos, pido que mis Hermanos no se vean excluidos, por el hecho de serlo, de la dirección de nuestras pobres escuelas municipales, que yo he fundado a costa de largos y penosos trabajos y a las que tanto quiero precisamente por ser pobres.” ¡Ganamos la partida!: nuestros maestros podrán seguir ejerciendo en el nivel competente y siempre que se den las condiciones económicas que garanticen la buena marcha de nuestras escuelas.

El año 1854 quedará como uno de los más dolorosos de mi vida. Mi hermano Féli, que reside en París, hace un año que está muy enfermo, hasta el punto de que todos temen por su vida. Sabiendo en qué disposiciones se encuentra con respecto a la Iglesia y a su fe cristiana, sólo me embarga un deseo: que vuelva a Dios antes de emprender su último viaje. Les pido a varias personas próximas a nosotros dos, que vayan a

verle para tratar de tocar su corazón. He llegado a saber que, desgraciadamente, personas que se dicen sus “amigos”, guardan celosamente la llave de su apartamento y prohíben la entrada en él a la mayoría de los visitantes. En enero de 1854, la situación de Féli se vuelve alarmante. Rezo y lloro. A finales de febrero me entero de que está muy mal. En contra de la opinión de mis amigos, de los médicos y de mi consejero el Sr. Ruault, pero movido por una ternura fraterna, hago que me lleven a Rennes, para tomar allí la diligencia con destino París: quiero acercarme a la cabecera de mi hermano querido. Enjaezan mi berlina para salir hacia Rennes. Desde la casa de los Hermanos de esta ciudad, encargo la diligencia para Angers y París. Estoy ya saliendo de Rennes cuando me entero por el diputado Duclos, que Féli ha fallecido, sin que ningún sacerdote haya podido asistirle durante sus últimos momentos y que ya ha sido inhumado en el cementerio del P. Lachaise. Inclino la cabeza. Me echo a llorar.

En los días que siguen, confío mi sufrimiento a nuestra sobrina Augustine: “Querida Augustine, como te dije, llegué ayer a Rennes y al bajar de mi carruaje reservé plaza en el que debía partir - a las cuatro de la mañana - para Angers. Pero ¡oh Señor!, ¡una hora después he leído en la “Gazette” la horrible noticia! No me quedaba otra alternativa que emprender el camino de vuelta a Ploërmel. Llegaré esta tarde. No tengo fuerzas para decirte nada más, sólo me quedan lágrimas. Espero recibir una carta tuya en Ploërmel. Necesito mucho tener noticias tuyas. ¡Ánimo! mi buena y muy querida sobrina!”

Aplastado por el peso de esta inmensa tristeza, regreso a la Casa Madre. No me puedo quitar de la cabeza - ni de día ni de noche - a mi infeliz hermano. Es verdad que me llegan muchos consuelos de mis Hermanos y amigos. Pero esta herida no cicatrizará nunca. El 18 de junio, quiero acercarme a La Chesnaie, este tan querido remanso, donde hemos pasado días tan hermosos. A la salida de la misa celebrada en la pequeña capilla donde él mismo había rezado y

exhortado tantas veces a sus discípulos a que amaran a Dios, vuelvo la vista a la ventana de su habitación y grito con voz desesperada: “¡Féli!, ¡Féli! ¿Dónde estás?” Siento un fuerte malestar y caigo en brazos de los Hermanos que me acompañan.

En septiembre de este mismo año, recibo el consuelo de celebrar la primera misa en la capilla de la Casa Madre, acabada por fin. El arquitecto ha sido el H. Cyprien, ayudado por el H. Fulbert Beauce. Los obreros de Ploërmel han sido los constructores. Veo en este edificio una promesa de futuro: Dios estará ya siempre con nosotros. “¡Moriré como los masones, con la paleta en la mano!” había predicho, en son de chanza, a una persona de mi familia.” Finalizados los trabajos, escribo al jovencísimo sacerdote Houët, que no cabe duda de que Dios nos invita al humor, signo de nuestra confianza en su presencia indefectible entre nosotros.

“Querido amigo,

A lo largo de mi larga vida, he hecho algunas cosillas que yo creía que eran buenas, útiles, loables. Por ellas he sido recriminado, criticado y condenado. En mis días de ancianidad, levanto una capilla de granito, es decir, una locura y ¡todos se quedan maravillados y me aplauden! ¡Que cómicos son los juicios del público!”

Releyendo mi vida, me doy cuenta de que mis amigos han sido para mí, un apoyo enorme a lo largo de mis días, sobre todo en las adversidades. Los amigos fieles son “tesoros” ¡dice la sagrada Biblia! ¡Qué razón lleva!

¡Cuánto debo a la familia de mi hermana Marie y de mi cuñado Ange, que me han acogido tan a menudo, sobre todo en su residencia de Trémignon, un hogar de ternura que tanto me recordaba el de nuestra madre!

EN EL HORIZONTE ENTRE DOS MUNDOS

He entrado en la ancianidad. Mis fuerzas decaen un poco cada día. Mi memoria me traiciona a veces y no me ayuda con la misma viveza. Dolores persistentes me quitan el sueño. Escribir es una dura prueba para mis dedos. Todo me anuncia que mi estancia en la tierra no se alargará mucho. El cielo se me viene a la mente y a la oración cada vez con más frecuencia. ¡Cuántas veces a lo largo de mi vida he pedido a los Hermanos y a las Hermanas que vivan pensando en su destino! Mirado con fe, da sentido a nuestras existencias tan frágiles. Yo ya habré recorrido dentro de poco, todo el camino. ¡Ojalá sea yo un ejemplo para ellos hasta el final!

He sido el hombre de las grandes caminatas por toda Bretaña, mis desplazamientos se reducirán ahora a algunas salidas a Saint-Brieuc, Rennes y Dinan. Es necesario que - de ahora en adelante - me prepare para otro largo viaje, al final del cual disfrutaré del descanso que nunca he conocido en toda mi vida. Sé que este descanso únicamente lo encontraré en Dios Solo.

Los Hermanos han tenido la delicadeza de acondicionar para mí tres locales contiguos en el ala sur de nuestra amplia casa. No deseo más que el mobiliario y los documentos indispensables. Ahí es donde - todas las mañanas - recibo a mis '*ministros*' - si les puedo llamar así - en cuyas manos pongo el futuro de la Congregación, al H. Cyprien, que me sucederá como Superior General, al H. Ambroise, vuelto de las Antillas, al H. Hippolyte, al H. Louis y al H. Brieuc. Con ellos es con quienes tomo las decisiones que conciernen a nuestro futuro. De Estados Unidos de América, de Trinidad, de la India, de la Isla S. Mauricio, del Gran ducado de Posnen Prusia nos llegan nuevas peticiones de apertura. No podemos satisfacerles. ¡El Instituto está totalmente comprometido con Francia y

con Ultramar! Reclaman todos nuestros cuidados.

¡Gracias a Dios puedo contar con estos preciosos auxiliares! Ya son ellos los que visitan las escuelas en mi lugar. En una carta circular de 1857, presento su misión a la Congregación: “Queridos Hermanos, ya lo sabéis, desde que empezamos, no he dejado de visitar cada año los diversos establecimientos tanto cuanto me lo han permitido mis fuerzas, [...] Hoy me veo obligado a descargar, sobre algunos de vuestros Hermanos, una parte de la preocupación que siento por vosotros, así que deseo asegurar cada vez más los felices resultados que me he propuesto, haciendo de la visita, uno de los puntos de vuestra Regla.” Recomendando a los Hermanos que reciban a estos *visitadores* con bondad y con confianza.

En mi retiro de Ploërmel es donde acojo también a numerosos amigos que vienen a saludarme: sacerdotes, antiguos profesores de Malestroit, en especial los sacerdotes Blanc y Rohrbacher. Traemos de nuevo a la memoria, sin nostalgia, nuestros recuerdos, pero dirigiendo la mirada a la Iglesia en marcha.

Los Hermanos que van a las misiones al otro lado del océano, vienen también a darme el último adiós a esta habitación. Cuando se despiden, me embarga una profunda emoción; la bendición que les imparto, siempre, termina mezclada con lágrimas. Los animo con palabras de fe: “Os felicito, hijos míos, por haber sido llamados a continuar la obra de nuestro Señor. ¡Cuánto bien podéis hacer y cuánto me gustaría tener vuestra edad! ¡También yo marcharía a anunciar la buena noticia!”

Los últimos Hermanos misioneros que vienen a visitarme son los que embarcarán para Tahití. En mayo de 1859, doy mi aceptación al Ministro de las Colonias:

“Sr. Ministro:

A través de vuestro comunicado del 5 de mayo, me hacéis el honor de solicitarme cuatro Hermanos para nuestro establecimiento francés en Tahití. Comprendo

muy bien, Sr. Ministro, que la presencia de tales profesores en Papeete será preciosa para la instrucción religiosa de los jóvenes de esta localidad, ya que los Hermanos obtendrán allí el mismo éxito que en las demás colonias. También estoy totalmente dispuesto a poner a disposición de vuestro departamento los cuatro Hermanos que Ud. me pide para esta colonia.” Salen de Ploërmel el 3 de septiembre, bajo la dirección del H. Alpert.

Con el corazón lleno de todos estos rostros, me preparo para el encuentro con Aquél a quien he servido con todas mis fuerzas durante mi vida, paso la mayor parte del tiempo rezando. Siempre me he mantenido fiel al rezo del breviario, esta oración, alimentada de salmos, a la que los sacerdotes y los religiosos estamos obligados. Durante este ejercicio me confundo ya muchas veces. Menos mal que el H. Philéas no se separa de mí; me pasa las páginas, me susurra los versículos que me toca recitar, repite éste o aquél que me he saltado. Con él, como siempre he hecho desde mi juventud, desgrano mi rosario, ¡jamás he dejado de rezarlo! Las lecturas son ya escasas y se centran en lo esencial: *La Imitación de Cristo* y el Catecismo de mi infancia. Estos libros me vuelven a repetir que basta con amar y que quedará de nosotros solamente lo que hayamos dado a Dios y a los hombres.

En Navidad de 1859, tengo que celebrar las tres Misas tradicionales previstas por la liturgia, pero reconozco que me tienen que llevar hasta el altar. El día de Pascua de 1860, diré mi última Misa.

Todos los días voy a la capilla para asistir a la celebración de la Eucaristía, desde mi tribuna. De vuelta, apoyado en el brazo del H. Philéas, atravieso por la sala de estudio de los novicios, no sin gastarles alguna broma con mi cachava. Esta clase de bromas no les molestan. Voy a conservar hasta el final el buen humor que he cultivado toda mi vida.

Ahora, paso la mayor parte del tiempo en Ploërmel. Hago una sola salida importante en 1859, la

última: un viaje a Nantes, en ferrocarril, con motivo de la adquisición de la propiedad de Toutes-Aides.

Me paseo, con ayuda, por los pasillos de la Casa Madre. Entiendo ahora lo que Jesús le decía a Pedro: “Otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras.” ¡Yo que siempre he rebosado vitalidad y dinamismo! Que durante tanto tiempo me he reído del cansancio, acepto esta dependencia y se la ofrezco a Dios como mi oferta vespertina.

¡Cómo dejar a mis Hermanos sin transmitirles - como testamento - los pensamientos que embargan mi alma! Antes de dejarles, un padre no puede entregar a sus hijos más que lo que lleva en el fondo de su corazón, el secreto de su vida por decirlo de alguna manera. En diciembre de 1860, le dicto al H. Cyprien este mensaje que se entregará a cada uno de los Hermanos:

“Mis queridos Hermanos,

[...] Os diré, con palabras del Apóstol: “Es tiempo de que despertéis de vuestro sueño. El Señor está próximo.” Tengo la dulce confianza de que, dóciles a la voz de mi paternal solicitud, que quizá sea la última vez que oigáis, os levantéis y avancéis con renovado ardor por los benditos caminos del fervor y de la regularidad, entregándoos, con más fuerza que nunca al cumplimiento de vuestra Regla y de las virtudes propias de vuestro santo estado. Los tiempos son malos. Rezad y consolad a la Iglesia con el buen olor de todas las virtudes. Animaos mutuamente a emplear - de ahora en adelante - los días que os quedan, en sembrar copiosamente para recoger con abundancia en el cielo. Para esperar este final de nuestra esperanza común, apoyaos cada vez más en la gracia, en la paz, en la caridad y en la humildad de nuestro Señor.

No quiero disimularlo, queridos Hermanos, mis fuerzas disminuyen sensiblemente, seguid rezando por mí. Ante Dios y ante la bienaventurada Virgen María, mi pensamiento más querido es para vosotros. Manteneos unidos con el corazón y con el alma a la

santa Iglesia y a vuestro Instituto. ¡Benditos sean para siempre Jesús y María Inmaculada!’”

Para esta fecha, los cuatro Hermanos que se habían puesto en camino por el Pacífico ¿habían llegado a esas islas del fin del mundo? Todavía no me lo han dicho. ¡Tampoco importa! Este envío final en misión se corresponde muy bien con el objetivo de la Congregación: servir a Cristo y a la Iglesia.

HIJO MÍO, ¡ACABA MI OBRA!

Este fin de año de 1860, algunos días antes de las fiestas de Navidad, allí estamos todos, reunidos en torno a él, en la habitación de la Casa Madre, donde le visitamos a menudo. Sabemos que está dispuesto para su encuentro con Dios, para el que se ha preparado fervientemente toda su vida. Durante la noche del 21 de diciembre, sintiendo que las fuerzas le faltan cada vez más, le pedimos:

- ¿No le gustaría recibirla Extrema Unción?

- ¡Claro que sí! Hijos míos, responde con emoción.

Estas últimas unciones sacramentales recuerdan las del bautismo que introdujeron a nuestro Padre en la vida cristiana hace 80 años, en la iglesia de Saint-Malo.

El día 22, por la mañana, le pedimos que nos bendiga:

- Padre, ¡denos la bendición a nosotros y a todos sus niños! Levanta la mano suavemente y dibuja un gesto de gracia.

Durante la tarde de este mismo día, el párroco de Ploërmel viene a traerle la comunión eucarística como viático para su último viaje.

El 26 de diciembre de 1869, a las 10:00 h. Juan María de la Mennais, - este sacerdote fiel, nuestro Padre - nos deja lleno de paz.

“¡Dios solo!” nos deja como divisa.

Durante cinco días, la gente, pequeños y grandes, de toda condición, vendrán a recogerse al lado del Padre difunto, con la convicción de que - de ahora en adelante - se convertirá para nosotros en un intercesor ante Dios.

Mirando este rostro cincelado por las pruebas pero que muestra a la vez las huellas de la paz de los servidores fieles, los cristianos presentes y nosotros, los Hermanos y las Hermanas, escuchamos a Cristo que nos invita a seguir su ejemplo. Pensamos también en nuestro propio tránsito.

El Padre de la Mennais había rechazado el ser inhumado en nuestra capilla, donde, sin embargo, le habíamos dispuesto una tumba. Quería a toda costa, descansar entre los Hermanos en el cementerio de la Casa Madre. ¡Respetamos su voluntad!¹

El día de sus exequias, más de 2.000 personas vienen a reunirse con nosotros para acompañarle.

H. Cyprien Chevreau,
Sucesor de Juan M^a de la Mennais.

1 En 1900, los restos mortales de Juan M^a de la Mennais, fueron trasladados a la capilla de la Casa Madre.

DATOS CRONOLÓGICOS

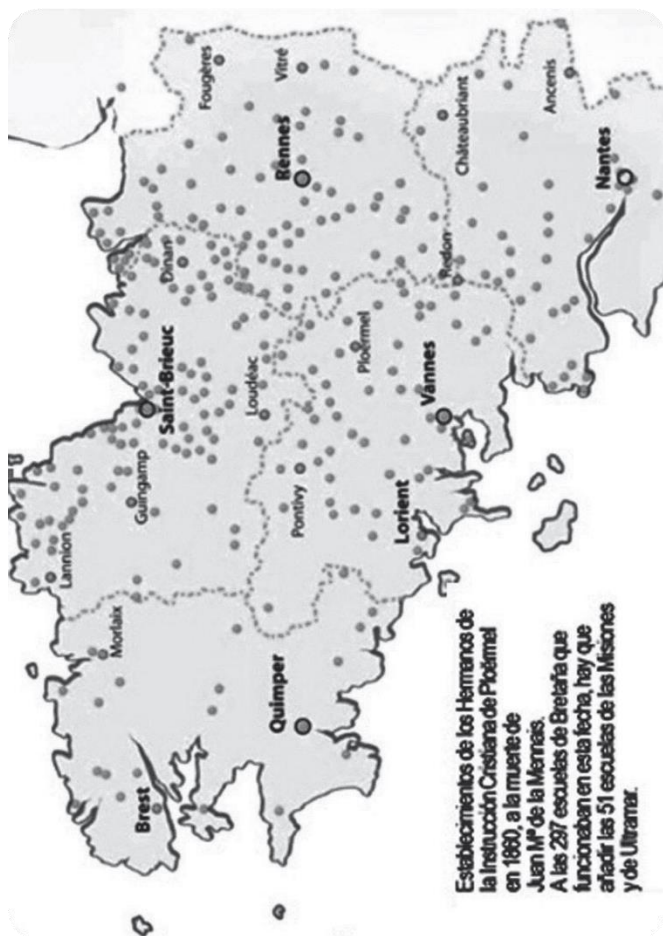
	Acontecimientos políticos	Vida de la Iglesia	Historia menesiana
1780	MONARQUÍA de derecho divino. Luis XVI	Pío VI (1775-1799)	1780: Nacimiento de Juan M ^a de la Mennais en St-Malo.
1789	Revolución francesa	Abolición de los privilegios	
1791-1792	MONARQUÍA CONSTITUCIONAL Luis XVI: <i>"Rey de los franceses"</i>	• Supresión de las órdenes monásticas y de los votos religiosos. • Votación de la Constitución Civil del Clero.	• Infancia y juventud de Juan M^a de la Mennais en • Saint-Malo. Estudios, bajo la dirección de los sacerdotes Vielle y Enguerran y de su tío Saudrais.

1792-1804	1ª REPÚBLICA Convención. 1793 Ejecución Luis XVI Guerra de Vendée 1793-1794 El Terror 1795: Directorio 1799: Consulado	Pío VII (1800-1823) 1801: Concordato entre Napoleón y el Papa. Continuación de los artículos orgánicos que atenúan la ley y convierten a la Iglesia en iglesia nacional.	El joven Juan M^a se dedica al servicio de los sacerdotes 'refractarios'. 1801: Viaje a París. 1804: JMLM es ordenado sacerdote. Es nombrado Vicario de Saint-Malo y profesor del Colegio de la misma ciudad. 1805: Descanso en La Chesnaie.
1804-1814	PRIMER IMPERIO. NAPOLÉON I	Viva oposición entre el Papa y el Emperador. El Papa quiere preservar la libertad de la Iglesia nacional. 1812: Pío VII es hecho prisionero por Napoleón en Fontainebleau. 1813: Concordato de Fontainebleau, sin consecuencias.	1806: Estancia en 'Las Misiones Extranjeras' de París. Formación en S. Sulpicio. 1807: Juan M^a redacta "<i>Torrente de ideas vagas</i>". 1807: Obra: <i>Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia</i>. 1809: Nueva estancia en París. Seminario de S. Sulpicio. 1814: Obra: <i>Tradición de la Iglesia sobre la Institución de los obispos</i>.

1814-1830	RESTAURACIÓN Louis XVIII (1814-1824) Los Cien días (Marzo a julio de 1815, regreso del Emperador). Charles X (1824-1830)	León XII (1823-1829) Pío VIII (1829-1830) <i>Entre los anglicanos Movimiento de Oxford</i>	1815: Juan M^a ejerce como Vicario Capitular de Saint-Brieuc 1819: Tratado de Unión entre JMLM y Gabriel Deshayes. 1821: Primeros votos de las Hijas de la Providencia. 1822: Autorización legal de la Congregación. 1822-1824: JMLM en la Gran Capellanía de Francia, en París. 1824: Los Hermanos se instalan en la Casa Madre, en Ploërmel 1824: Escuela de <i>La Chesnaie</i>. 1825: Congregación de sacerdotes de Saint Méen. 1828: Fundación de la Congregación de San Pedro.
-----------	---	---	--

1830-1848	MONARQUÍA DE JULIO Los tres gloriosos (julio 1830) Louis-Philippe 1833: Ley Guizot sobre la organización de la enseñanza primaria, pública y privada	Gregorio XVI (1831-1846) Período de gran expansión misionera: Padres Picpus, Hermanas de Cluny, Padres Maristas. Nacimiento de numerosas Congregaciones Docentes. 1830: octubre, periódico L'Avenir / El Porvenir 1830: noviembre. La Medalla milagrosa, calle 'du Bac' en París. 1834: Encíclica <i>Mirari vos:</i> condena de l'Avenir. 1836: Encíclica <i>Singulari nos</i> condenando <i>Palabras de un</i> <i>creyente</i> y la <i>Filosofía del sentido</i> <i>común.</i> Pío IX (1846-1878)	Fundación de numerosas escuelas de Hermanos en toda Bretaña. 1834: Disolución de la Congregación de S. Pedro 1837: Envío de Hermanos a Guadalupe 1839: Envío de Hermanos a La Martinica. 1841: Inicio de la Obra de Gascona. 1842: Envío de Hermanos a S. Pedro y Miquelón. 1843: Envío de Hermanos a Las Guayanas. 1843: Acta de última voluntad (Gobierno de la Congregación.) 1847: Congestión cerebral de JMLM en Guingamp.
---	---	---	---

1848-1851	1848: Revolución de Febrero 2ª REPÚBLICA: Luis-Napoleón 1848 (27 de abril) Proclamación de la abolición de la esclavitud.	1850: Ley Falloux: Apertura a la libertad de enseñanza. Deja lugar a la acción de la Iglesia en este campo.	1850: Inicio de la Obra de Normandía. 1851: Decreto laudatorio del Papa PIO IX en favor del Instituto.
1851-1870	2º IMPERIO Napoleón III	1854: Proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. 1858: Apariciones de Lourdes.	1854: Muerte, en París, de Féli de la Mennais. 1859: Envío de Hermanos a Tahití, donde llegarán el 17 de octubre de 1860 1860: Fallece el P. Juan M^a de la Mennais en Ploërmel.



LÉXICO

Anglicano	Miembro de la Iglesia anglicana, confesión oficial de Inglaterra, establecida como consecuencia de la ruptura de Enrique VIII con Roma, en el siglo XVI.
Artículos orgánicos	Se trata de 17 artículos del Concordato de 1801, firmado por el Papa Pío VII y Napoleón Bonaparte, que organizan el ejercicio de culto católico en Francia. El 8 de abril de 1802 se añaden a él, 77 artículos concernientes al culto católico y 44 al culto protestante. Promulgados unilateralmente por el gobierno francés, estos artículos suplementarios nunca serán aceptados por Roma por culpa de su orientación netamente galicana. Ver ‘galicanismo’.
Capitular (vicario)	Sacerdote elegido por el Capítulo (grupo de canónigos de una catedral) para administrar la diócesis a la espera de la nominación de un nuevo obispo.
Concordato	Acuerdo cerrado entre la Iglesia y el Estado para precisar sus relaciones sobre el territorio sometido a la jurisdicción de este Estado.
Constitución civil del clero	Ley del 1 de julio de 1790, votada bajo la Constituyente, que obliga a los miembros del clero a plegarse a la organización de la religión impuesta por la Revolución francesa, en desacuerdo con la de la Iglesia Católica.
Encíclica	Carta por la cual el Papa se dirige a toda la Iglesia y al mundo, para precisar un punto de doctrina o para aclarar un asunto concreto. A una encíclica se le da el nombre de sus primeras palabras. Por ejemplo “ <i>Pacem in terris</i> ”

Enseñanza individual	Sistema de enseñanza que consiste en que el maestro se dirija a cada alumno en particular y sucesivamente.
Enseñanza mutua	Sistema de enseñanza según el cual un maestro instruye a un gran número de alumnos al mismo tiempo y en el mismo local, con la ayuda de monitores escogidos entre los mejores alumnos, con el fin de ayudar a los que están menos avanzados. Se le conoce también como método 'lancasteriano'.
Enseñanza simultanea	Sistema de enseñanza según el cual los alumnos se dividen en clases o grupos en sitios diferentes, según las materias y que están dirigidos por uno o varios maestros.
Exeat	El <i>exeat</i> es una pieza obligatoria de un Informe que indica el fin del ejercicio de una persona en una determinada función en algún lugar. Debe presentar este documento para poder ejercer en otro lugar.
Exégesis	Estudio en profundidad del texto bíblico con ayuda de instrumentos desarrollados por las ciencias del lenguaje y otros saberes, que tiene por objetivo una interpretación más exacta del mismo.
Francos (XIX)	Moneda en curso en tiempos de Juan M ^a de la Mennais. Un franco de 1850 equivale a 3.27 euros actuales.

Galicismo	Del latín: Gallia, Francia. Corriente religiosa tendente a organizar la Iglesia de Francia con una determinada independencia respecto de Roma, por ejemplo, en lo que concierne a la nominación de los obispos. Se había desarrollado en Francia sobre todo después de Bossuet. La corriente opuesta es el ultramontanismo, sostenido por los La Mennais, ésta última defiende la primacía del Papa.
Jansenismo	Movimiento intelectual y religioso que data del siglo XVII, caracterizado por una moral austera y rigorista, cuyos efectos se dejaron sentir en la Iglesia hasta el siglo XX.
Maluinière (Malouinière)	Casa bastante opulenta, típica de la región de Saint-Malo, construida en los siglos XVII y XVIII por los armadores y los comerciantes de Saint-Malo.
Mandato	Escrito por el que un obispo, dentro de su diócesis o fuera de ella, puede dar órdenes relativas a la religión. Ejemplo los mandatos de cuaresma.
Novicio	Un novicio es un candidato a la vida religiosa que acaba de dar los primeros pasos en una congregación y que prepara para pronunciar sus votos temporales. Vive en el noviciado .
Postulante	Un postulante es una persona que desea entrar en una congregación. El postulantado es el período de observación al final del cual uno solicita ser recibido como novicio.

Proscritos	Se llama así a los sacerdotes que, habiendo rehusado prestar juramento a la constitución civil del clero, eran perseguidos por el gobierno revolucionario y amenazados de muerte.
Refractarios	Se califica así a los miembros del clero que habían rechazado prestar juramento a la constitución civil del clero de 1790. Ver: constitución civil del clero. Ver: proscritos.
Sacerdocio	Estado del que es sacerdote. Ha recibido las órdenes sagradas que son: sub-diaconado, diaconado y orden sacerdotal. Estas tres etapas se suceden con un determinado tiempo de separación.
Sentido común	Sistema filosófico según el cual, el consentimiento universal de la humanidad es una fuente sólida de certeza de la verdad. Féli de la Mennais defendió este criterio de verdad sobre todo en su escrito <i>Ensayo sobre la indiferencia</i> .
Votos	Se trata de promesas que hacen los religiosos cuando se comprometen con una congregación. Los votos habituales son los votos de pobreza, castidad y obediencia. Los votos son, primero, temporales y, luego, perpetuos.

Realizaciones concretas y los frutos de la historia.

A lo largo de la historia, desde 1819, los 7.000 Hermanos han fundado más de 1.000 escuelas y centros educativos, en más de 30 países.

Estas escuelas y centros de formación han sido y siguen siendo escuelas (infantil, primaria, secundaria, enseñanza superior) que garantizan una enseñanza general, profesional, agrícola y marítima, además de centros de enseñanza superior y universitaria, centros socio-educativos, de acogida, o de tiempo libre.

Y ... la aventura continua hoy.

Con los Hermanos

Son religiosos consagrados. Quieren ser “Hermanos de los niños y de los jóvenes”. Su misión es “dar a conocer y amar a Jesucristo” en las escuelas y en los diferentes lugares donde están. Están también abiertos a la formación de adultos.

Los Hermanos de la Instrucción Cristiana son hoy 760, trabajan en 26 países y están repartidos en 123 Comunidades. 317 Hermanos son africanos, 174 americanos, 231 europeos, 28 asiáticos y 9 de Oceanía. Trabajan como: animadores, docentes, directores o encargados de la formación humana y religiosa.

Están presentes, cualquiera que sea su edad, en diversas asociaciones educativas y participan en numerosos actos de solidaridad.

Con las Hijas de la Providencia

La Congregación de las Hijas de la Providencia de Saint-Brieuc está hoy presente en Francia, Canadá Oeste: Quebec, Canadá Este: Saskatchewan, en Inglaterra y en Uganda. Las Hermanas han desarrollado vínculos con los laicos de estos países.

Las Hermanas viven juntas por Jesucristo y para su Evangelio. *“Nuestra misión es dar a conocer a Cristo y colaborar en la educación de la persona en todas sus dimensiones: humana y espiritual.”*

Siguen así, fieles a Juan M^a de la Mennais que decía las primeras religiosas que acogían a chicas de la calle: *“Haced de ellas mujeres y cristianas”*

En 2014, la Congregación entra en trámites con algunas jóvenes ugandesas, que tienen un proyecto personal de vida religiosa. La comunidad así formada, lleva el nombre de “Hijas de la providencia de Nebbi.”

Con la Familia Menesiana

La Familia Menesiana es una familia espiritual fundada sobre el carisma recibido de Juan María de la Mennais y Gabriel Deshayes. Reúne a Hermanos y Laicos (familias, padres, profesionales, jóvenes, ...).

Los Laicos pueden estar unidos a la Congregación de maneras diversas. Algunos son miembros de la Asociación «Laicos Asociados Menesianos», otros forman parte de grupos o asociaciones relacionadas con el Carisma Menesiano. El nacimiento de la Familia menesiana es una novedad. Su organización en red internacional está en curso, gracias a un comité internacional encargado de su coordinación y de su animación.

Hoy, esta Familia está formada por varios centenares de Laicos, de ahora en adelante asociados a los Hermanos.

El año 2019-2020, la Congregación celebra sus 200 años: quiere señalar este aniversario abriendo nuevos caminos de fraternidad. Se presenta como desafíos:

- Intensificar la vida fraterna en las comunidades.
- Animar escuelas abiertas a todos y creadoras de vínculos entre las personas y con el mundo.
- Hacer descubrir la actualidad de la vocación de Hermanos como religiosos consagrados, educadores y signos de fraternidad.
- Formar a los actores de la misión: Hermanos y Laicos juntos.
- Infundir un nuevo impulso misionero en la Congregación: fundar 4 nuevas misiones: una en África, una en América, una en Asia y una comunidad internacional en Francia

Juan M^a de la Mennais ¿será beatificado pronto?

La causa de beatificación de Juan M^a de la Mennais se abrió en Ploërmel en 1899 y todas las etapas del proceso habitual ya han sido franqueadas, hasta el decreto firmado en 1966 en el que fue declarado Venerable. Para que sea declarado Beato, actualmente es necesario el reconocimiento de un milagro.

Está en curso el estudio de un caso: se trata de la curación inexplicable de una niña de Combours, el 23 de enero de 1955. También hay otros casos en estudio.

Los responsables de la postulación son: el H. Dino De Carolis, postulador y el H. Michel Bouvais, vice-postulador.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y publicaciones

- **LAVEILLE (A.)**, *Jean-Marie de la Mennais* (1780- 1860), 2 vol., Librairie Lafolye Frères, Vannes, 1910.
- **MERLAUD (André)**, *Jean-Marie de la Mennais, la Renaissance d'une chrétienté*, Ploërmel, 1960
- **H.C. RULON et PH. FRIOT**, *Un siècle de pédagogie dans les écoles primaires* (1820-1940), 1962
- **LE GUILLOU (Louis)**, *Correspondance générale de Félicité Lamennais*, 9 v, A. Colin, Paris, 1971-1982.
- **CUEFF (F. Célestin-Paul), MORVAN (Sr Simone)** *Deux congrégations mennaisiennes*, 1980
- **DOUCET (Marcel)**, *Jean-Marie Robert de la Mennais, anthologie tirée de ses œuvres*, Ed. Etchemin, 1980
- **FRIOT (F. Philippe)**, *Jean-Marie de la Mennais* (1780- 1860), *La Spiritualité d'un homme d'action*, Rome, 1992
- **GENDROT (Marcel)**, *Gabriel Deshayes, l'audace de la foi*, Centre international montfortain, 1995
- **PERRIN (Pierre)**, *Les idées pédagogiques de Jean- Marie de la Mennais*, Presses Universitaires de Rennes, 2000
- **FRIOT (F. Philippe)** (sous la direction de) *Correspondance générale de Jean-Marie Robert de la Mennais*, 7 vol, PUR, 2001- 2002
- **PEROUAS (Louis)**, *Gabriel Deshayes, un grand pionnier de la restauration catholique dans l'ouest de la France*, Don Bosco, 2003
- **FRIOT (F. Philippe)**, *Les Frères de l'Instruction Chrétienne sous la Monarchie de Juillet, Études mennaisiennes*, 2003
- **DENIAUD (F. Yvon)**, *Prier 15 jours avec JM de la Mennais*, Nouvelle Cité, 2006
- **OLABARRIETA (F. Josu Fernandez)**, *Jean-Marie de la Mennais, Guetteur d'avenir*, Éditions Don Bosco, La Mennais Éditions, 2012
- **CHÉORY (Jean)**, *Gabriel Deshayes, prêtre de la Providence*, Airelle Éditions, 2012
- **ABÉCÉDAIRE de pédagogie mennaisienne**, Institut Mennaisien de formation, 2015
- **Album du bicentenaire des Frères de l'Instruction Chrétienne**, 2019

Documentos digitales y videos.

- Un film de 26 mm: **«GRANDIR, 200 ans d'esprit La Mennais»**, sur l'esprit de Jean-Marie de la Mennais aujourd'hui – Versions en FR-ENG-SPA
www.youtube.com/watch?time_continue=13&v=oK6y7hI0Msw
- **Dibujos animados** destinados a niños 6-12 años
Versiones en FR-ENG-SPA-ITA-INDON-EUSK
www.youtube.com/watch?v=eKc-N7RcKXs
- **Revista *La Mennais Magazine***, números trimestrales en
www.lamennais.org

Página WEB internacional de la Congregación de Hermanos y de la Familia Menesiana:

www.lamennais.org

Contactos

Casa General de los Hermanos en Roma

Contacto: secretariat@lamennais.org

Casa Madre de los Hermanos en Ploërmel

1, boulevard Foch 56800 Ploërmel

Contacto: accueil.ploermel@mennaisien.org

ÍNDICE

Prólogo (H. Hervé Zamor, Superior General)	6
Invitación a salir a alta mar	8

Las preparaciones

Ni francés, ni bretón ¡maluino!.....	11
Arriesgando su vida.....	14
Con el entusiasmo de mis 22 años.....	19
¡Saber para servir!.....	23
Mi “Torrente de ideas vagas”	27

Hacer el bien a lo ancho y a lo largo

Con la pluma y con los hechos.....	31
Los jóvenes, ¡los primeros!.....	38
No sabíamos lo que estábamos emprendiendo	43
Una alianza fundadora	49
También algunas mujeres se comprometen	53
¡De ahora en adelante seréis Hermanos!.....	58
¡Cuánto admiro a estos primeros Hermanos!	62
¡La labor es enorme!	66
En París, una valiosa red de relaciones	72
La Casa Madre, como un manantial	78
“Hermanos ¡venid a nuestra casa!”	84
A la escucha del tiempo presente.....	89

La libertad, un bien precioso

Féli, Féli ¿dónde estás?.....	94
Lucha por la libertad.	102
Diversas iniciativas sobre el terreno	109
Para que se conviertan en hombres libres	115
De los Trópicos al Ártico	122
En compañía de los jóvenes	127
Formar maestros.....	132

Una vida que compartir	
Iré a veros	138
Siempre en contacto.....	143
¡Sed fundadores vosotros también!.....	147
 El período de la pascua	
Entre lágrimas y alegrías	153
En el horizonte entre dos mundos	161
Hijo mío, ¡acaba mi obra!	166
 Datos cronológicos.....	169
 Léxico	175
 Juan M^a de la Mennais	
y Gabriel Deshayes hoy.....	179
 Bibliografía	182

« A nuestro alrededor nada es estable y también nosotros cambiamos como todo lo demás » escribía Juan M^a de la Mennais, en 1835.

Esta obra que se ofrece en forma de viajero acompañante, cuenta una vida, aventuras, acontecimientos, ...
Juan M^a de la Mennais abre horizontes, suscita interrogantes, guía y da ánimos. Bretón con raíces marítimas, sacerdote, es un constructor y un fundador.

La pasión de su vida es salvar y ayudar a la juventud a crecer por la educación. Tras su huella, los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel (1819) y las Hijas de la Providencia de Saint-Brieuc (1818) han abierto cerca de 1.000 escuelas en una cuarentena de países durante 200 años.

Hoy, Juan M^a de la Mennais continúa siendo un inspirador. Invita al compromiso.
Propone hitos que den sentido a la acción y a la educación.

Un libro puente.

El autor.



H. Jean-Pierre Le Rest es un religioso educador. Hermano de la Instrucción Cristiana, profesor de filosofía y animador de pastoral, acompañando a grupos de jóvenes y de adultos en Haití, en Bretaña y en Polinesia.